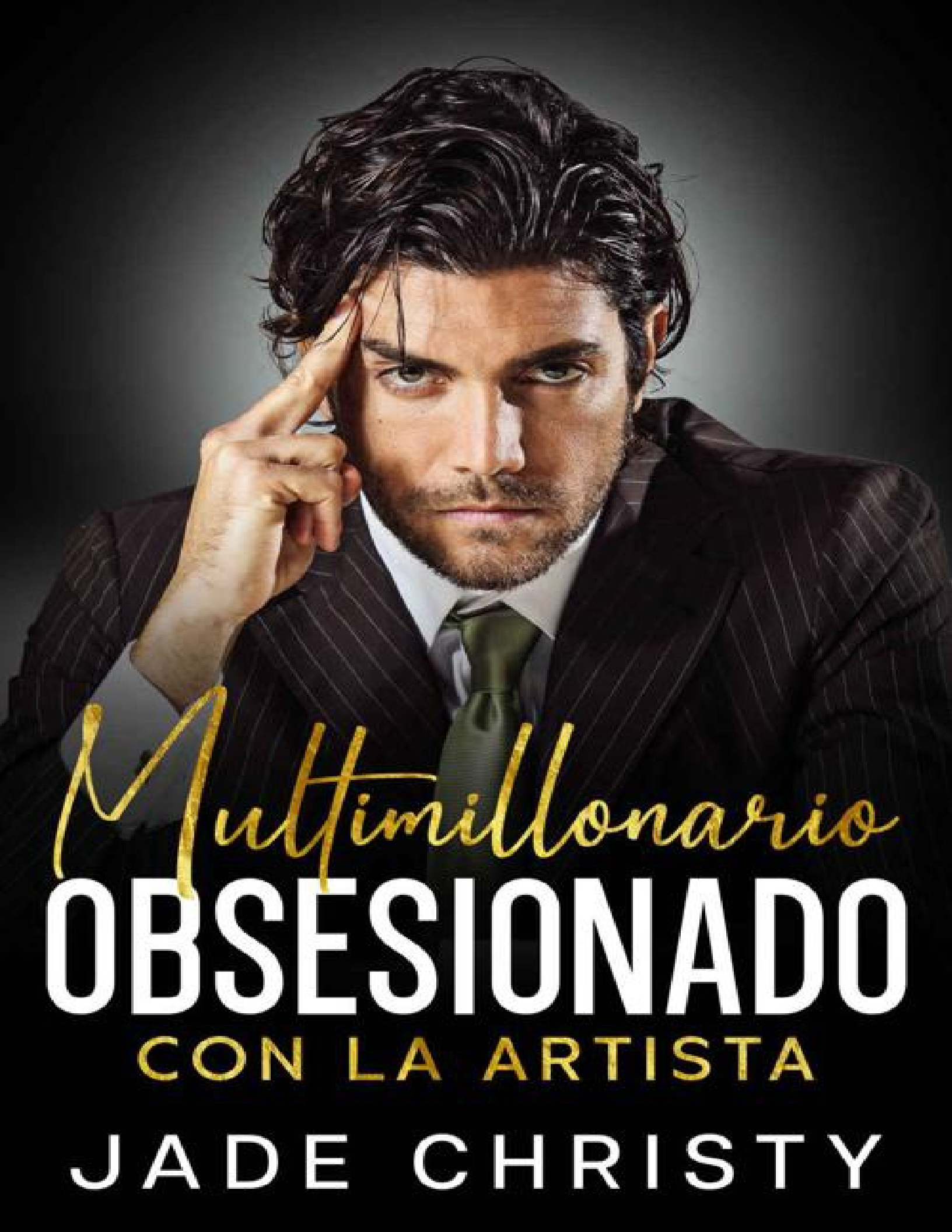




Multimillonario
OBSESIONADO
CON LA ARTISTA

JADE CHRISTY

Multimillonario obsesionado con la artista

Jade Christy

Copyright © 2024 por Jade Christy

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma sin el permiso escrito del editor o autor, excepto en los casos permitidos por la ley de derechos de autor de EE. UU.

Contenidos

1. [1. Sophia](#)
2. [2. Gabriel](#)
3. [3. Sophia](#)
4. [4. Gabriel](#)
5. [5. Sophia](#)
6. [6. Gabriel](#)
7. [7. Gabriel](#)
8. [8. Sophia](#)
9. [9. Gabriel](#)
10. [10. Sophia](#)
11. [11. Sophia](#)
12. [12. Gabriel](#)
13. [13. Sophia](#)
14. [14. Gabriel](#)
15. [15. Sophia](#)
16. [16. Gabriel](#)
17. [17. Sophia](#)
18. [18. Gabriel](#)
19. [19. Sophia](#)
20. [20. Gabriel](#)
21. [21. Sophia](#)
22. [22. Gabriel](#)
23. [23. Sophia](#)

Capítulo uno

Sophia

¡Arte, hermoso arte! Es por lo que vivo, sueño y creo.

En medio del caos y la energía de Nueva York, mis sueños artísticos se arremolinan como colores en un lienzo, vibrantes pero amenazados por la dura realidad de mi menguante cuenta bancaria. Estoy en una etapa de crisis, financieramente.

Las opciones se ciernen sobre mí; o el éxito o el fracaso y la oscuridad.

Nueva York, la ciudad de los sueños y el ajetreo implacable, ha sido mi hogar durante siete años, incluyendo cuatro en la Escuela de Diseño Parsons estudiando pintura.

Soy una chica de un pequeño pueblo de Kansas con grandes sueños. De hecho, el único sueño que tuve desde que era niña fue vivir como artista en Nueva York o París, rodeada de color, movimiento y belleza en los lienzos que creaba. Llevar alegría a quienes cuelgan mi arte en sus hogares u oficinas. Pedazos de mí esparcidos por el mundo...

Afortunadamente, una beca de la prestigiosa Escuela de Diseño Parsons me catapultó a un mundo donde cada pincelada llevaba el peso de mis aspiraciones. Absorbí la energía de Nueva York, la incorporé a mi psique. Me hice cercana a un pequeño círculo de amigos artistas.

Pero ahora, me equilibrio en un precario borde entre mis sueños y la realidad de unos pocos cientos de dólares. Trabajo a tiempo parcial en una cafetería solo para mantener encendida mi llama artística.

Vivo con un presupuesto muy ajustado, siempre ha sido así. Ahora, tres años después de graduarme, apenas me gano la vida. He vendido algunas obras en el camino, pero aún no he tenido mi gran oportunidad. Sí, el mundo del arte es competitivo como el infierno y no es un camino fácil. Sabía que sería difícil, el camino que había elegido. Pero es mi camino en la vida y lo es todo para mí.

Trabajo abajo en la cafetería Breakfast Brew para pagar las facturas y mantener la cabeza fuera del agua, apenas. El propietario que me contrató se apiadó de mí. Héctor, un alma pragmática con debilidad por los artistas en apuros, me alquila mi pequeño apartamento, o debería decir, más bien un armario, y el espacio adyacente que uso como mi estudio. Es un humilde arreglo, pero es mío.

Pinto y creo todas las tardes, a menudo hasta la noche. Pero mi verdadera alegría llega todo el domingo y el lunes, mis días libres, cuando me sumerjo en la pintura, doy vida a visiones en el lienzo. Empiezo el sábado por la noche y me pierdo en el tiempo y el espacio, creando y pintando y siendo productiva pero soñando, hasta que tengo que volver a servir café el martes por la mañana.

Héctor me deja quedarme con todas las propinas, pero no son mucho en una pequeña cafetería con mínimos desayunos. Dice que gracias a mí, atraemos a muchos clientes habituales que parecen gustarles. Y a él le gusta mi arte. Bueno, eso es algo, supongo.

Pero ahora estoy en una encrucijada, mi momento decisivo.

El reloj está corriendo mientras mi pequeña cuenta bancaria jadea por aire, y Kansas intenta atraerme de vuelta. El pequeño pueblo de Kansas, el lugar del que escapé con sueños en mis ojos y cicatrices en mi corazón. Las llamadas semanales de mi madre me recuerdan la vida que dejé atrás, aquella en la que Jack, mi ex estrella de fútbol, me cambió por una familia.

Ella me apoya, pero por supuesto le gustaría que volviera a casa. Amo a mi madre, pero no soporto la idea de volver a Kansas. Desearía que las cosas no fueran tan desesperadas.

Odiaría volver por otra razón también. Mi padre humilló a mi madre y a mí. Era dueño de dos concesionarios de coches y le iba bien, pero luego engañó abiertamente a mamá y lo atraparon robando a sus clientes. Lo rastrearon y cumplió un tiempo en la cárcel. Cuando salió, huyó con su antigua secretaria, con la que estaba engañando. Yo estaba en la escuela secundaria y tenía suficientes amigos e integridad personal para sobrevivir, pero eso no significaba que tuviera que gustarme.

Mi padre plantó en mi mente la idea de que la mayoría de los hombres engañan, y noté la mirada errante de mi antiguo novio Jack en la escuela secundaria, especialmente cuando yo no cedía. Así que basta decir que la traición de papá y los regaños de mamá alimentan mi fuego. No puedo volver como una fracasada; no lo haré.

Sacudo la cabeza, desechando estos pensamientos. Tengo que triunfar aquí; el arte es mi vida y propósito; puedo hacerlo. Ese es mi mantra.

Hay algo de esperanza. Un avance. Una gran oportunidad, gracias a mi amiga Vanessa. Podría ser capaz de evitar el espectro inminente de la derrota financiera.

Vanessa me ayudó a conseguir una gran exposición en una galería, mi primera de importancia, con un pequeño grupo de nuevos artistas abstractos en una prestigiosa galería. Ella trabaja en el MOMA (Museo de Arte Moderno) y aún pinta retratos de perros en su tiempo libre. Resulta que estaba charlando con Chad Henderson, el reconocido dueño de la galería, sobre una próxima exposición de jóvenes artistas, ¡y habló bien de mí! ¡Le debo una grande!

Acababa de terminar diez de las mejores piezas que he creado jamás. Pinturas abstractas acrílicas sobre lienzo. Son muy grandes: seis pies por ocho pies, e impresionantes con fuertes tonos rojos y mis pasiones más profundas incrustadas en ellas.

Estas diez obras maestras nacidas de mi alma me han ganado una oportunidad. Chad vio cuatro de las piezas y me aceptó inmediatamente en la exposición. Él cree en mi trabajo. La exhibición es mi oportunidad de demostrar que puedo triunfar como artista.

Es mi oportunidad en las grandes ligas, de asegurar un punto de apoyo en este despiadado mundo del arte.

Chad puso precios a mi trabajo más altos de lo que yo hubiera imaginado, pero por otro lado, él maneja la crema y nata de la sociedad neoyorquina y sabe cómo comercializar y adular. Si puedo vender al menos algunas de las piezas, me permitirá quedarme en Nueva York, revivir mi cuenta bancaria y posiblemente conseguir suficiente exposición y clientes para seguir adelante. Para vivir la vida de artista que amo.

La lista de invitados de Chad incluye a la élite de Nueva York, multimillonarios, tipos de Wall Street, socialités, coleccionistas, estrellas de Broadway, tipos creativos. El código de vestimenta era más formal que algunas de las inauguraciones a las que estoy acostumbrada, así que Vanessa me está prestando un vestido espectacular para usar en la apertura. Ella es de Nueva York, y aunque no extremadamente rica, su familia tiene recursos. Ha sido un salvavidas para mí desde nuestro primer día juntas en Parsons.

Ahora estoy contando los últimos días antes de mi propio juicio final y futuro.

Los nervios bailan tango con la emoción. New York Magazine exhibió mi trabajo, y el rumor de Chad está pintando mi nombre por toda la ciudad. Pero bajo la superficie, la duda persiste. ¿Podré vender lo suficiente para mantenerme a flote, o mis sueños se harán añicos, dejándome con un boleto de ida a Kansas y una etiqueta de derrota?

Mi destino pende de un hilo. Las apuestas son altas.

Soy Sophia Givens, una artista obsesionada.

Capítulo dos

Gabriel

Soy un lobo solitario, un depredador. Un multimillonario en la cima de mi juego.

Mirando el horizonte de Manhattan desde mi elegante sillón de cuero, la extensa ciudad rebosante de gente y oportunidades se extiende ante mí. Pero me encuentro en una encrucijada.

Mi vida, antes un torbellino de acuerdos de inversión, eventos de alto perfil y sexo constante, ahora se siente extrañamente vacía, haciendo eco de la soledad que persiste después de una ruptura desastrosa hace cuatro meses. Es la última de una larga lista de relaciones rotas, y necesito hacer un balance de mi vida.

Los restos de la última relación están esparcidos como escombros por mi mente. No la amaba, y de hecho, creo que nunca he amado a nadie excepto a mi madre. Ninguna mujer ha tocado mi corazón. Todo lo que me importa es ganar más millones para añadir a mis miles de millones, triunfar y dominar en cada aspecto de mi vida. ¿Por qué me resulta tan difícil el amor?

Le entregué a mi ahora ex novia una tarjeta de crédito, un gesto de culpa por mi implacable horario de trabajo. A cambio, ella transformó mi ático en una pesadilla beige, un marcado contraste con el caos vibrante de la ciudad que se extiende abajo. Se cargó de joyas y ropa, todo a mi costa. La culpa se arraigó y mi depresión se profundizó.

Como si eso no fuera suficiente, la mujer me traicionó con otro hombre, un competidor. Los tabloides se cebaron con los sórdidos detalles de nuestra fea ruptura. Yo, generalmente hábil en controlar mi imagen pública, me encontré en la portada de revistas de chismes por todas las razones equivocadas.

A menudo he buscado satisfacción sexual con prostitutas de lujo, además de la novia del momento, o a pesar de ellas. Me encantaba controlar, dominar, buscar esa liberación. Pero sin acercarme a ninguna de ellas. No me interesa conocer a ninguna de las mujeres porque si me enamoro de ellas y las pierdo, el dolor podría ser demasiado para soportar. Es más fácil dejar que usen mi cuerpo como yo uso el suyo.

Aunque mi poderoso exterior es el de un rudo multimillonario alfa, he llegado a la conclusión de que soy un desastre cuando se trata de relaciones y de la vida. Cuando se trata de mujeres.

Un suspiro de descontento se me escapa mientras miro alrededor de mi ahora dominio beige. La necesidad de algo real, alguien genuino, me carcome. Anhelo una conexión que vaya más allá de mi estatus de multimillonario como banquero de inversiones, distanciado de su padre. Quiero una mujer que vea al hombre detrás del dinero. Una mujer que encienda mi chispa, que encienda mi fuego interior. Y tengo tanto fuego. Disfruto del sexo y disfruto dando placer a las mujeres.

Pero no he encontrado la mezcla adecuada. Encuentro mujeres sexys que me usan como yo las uso a ellas. Antes era suficiente, pero ya no. Veo a mis pocos amigos cercanos y a muchos de mis colegas y competidores con mujeres que los adoran, felices, construyendo vidas para envejecer juntos. ¿Por qué no puedo tener eso, maldita sea? Me siento perdido, pero soy

demasiado fuerte para dejar que el mundo lo vea. Tengo una fachada alfa de fortaleza.

Tal vez temo la pérdida. Mi madre murió en un accidente de helicóptero cuando yo tenía solo 14 años. Aprendí que lo que más amas puede desaparecer en un segundo, así que tal vez no dejar que nadie se acerque es la jugada correcta, siempre he razonado. Mantendrá alejado el dolor. No soy psicoanalista, pero parece que mis problemas surgieron de no lidiar con ese dolor y pérdida. Y mi padre es igual. De tal palo, tal astilla. Ese es probablemente el problema, si soy honesto. Es difícil cambiar lo que siempre ha sido.

Estoy seguro de que soy un imán para el tipo equivocado de mujer, y no me he tomado el tiempo para enfocarme en lo que debería. Intentar buscar una mujer que conozca su valía y no pise a la gente ni se aproveche. Una mujer que no me quiera por mi dinero. Una mujer que sea interesante por derecho propio y con quien pueda soportar pasar tiempo. Esas últimas relaciones, si soy honesto, ¿qué eran? Eran mujeres alfa impresionantes, sexys y malhumoradas, pero estaban vacías por dentro y eran egoístas. No teníamos nada de qué hablar. Eran relaciones vacías, egoístas y desprovistas de cualquier significado.

Bueno, tal vez yo también era egoísta y estaba vacío. ¡Mierda, algo tiene que cambiar!

Necesito recomponerme. Aparto la mirada de la vista del ático de la ciudad y vuelvo a mi teléfono.

Mis dedos se deslizan ociosamente por mi teléfono y, entre las innumerables llamadas perdidas y correos electrónicos sin leer, un artículo en New York Magazine llama mi atención. Arte abstracto, una exposición en galería con prometedores artistas jóvenes. Sigo desplazándome y me detengo abruptamente en una vívida obra maestra, sus tonos rojos resplandecientes. Mi corazón empieza a latir más rápido. Conecto inmediatamente con esta obra. Debo tenerla.

—Chad —ladro al teléfono, marcando rápidamente a mi amigo y dueño de la prestigiosa galería —. Soy Gabriel. Necesito que hagas algo por mí.

La voz de Chad crepita a través del teléfono:

—¿Qué pasa, Gabe? —Éramos compañeros de escuela hace mucho tiempo y nos conocemos bastante bien, ahora en el mismo circuito social.

—Acabo de ver el artículo de New York Magazine. Hay una pieza en esa próxima exposición. ¿Una artista llamada Sophia Givens? Resérvamela. No me importa lo que cueste.

—¿Tienes debilidad por el rojo, Gabe? —se burla Chad.

Sonrío con suficiencia.

—No, Chad. Tengo debilidad por el arte que me hace sentir algo. Esta Sophia, ella tiene ese algo.

Chad se ríe.

—Lo tiene. Por eso estoy mostrando su trabajo. Podrías decir que la descubrí. —Sé que a mi

amigo le gusta exagerar un poco, pero es su mundo. Se lo permito.

—Considéralo hecho, te reservaré la que sale en el artículo, amigo mío. Tiene diez piezas en la exposición, así que echa un vistazo a todas ellas para decidir. Te espera una sorpresa. La exposición se inaugura a las 6 p.m. el viernes. No llegues tarde. Otros también querrán su trabajo.

Mientras la llamada termina, mi mente se queda en la imagen de la obra de arte de Sophia. La anticipación de esta pieza y la emoción detrás de ella, la pasión, enciende una chispa de emoción en mí. La tendré.

Capítulo tres

Sophia

En medio de la belleza desenfrenada de mi pequeño estudio, me encuentro rodeada de lienzos más pequeños de un rojo vibrante, piezas similares a las grandes para la exposición. Observo otras obras anteriores y aprecio otra serie que hice, la de tonos verdes y azules profundos con motas negras que contienen fragmentos de mi alma.

La inminente exposición en la galería me emociona y aterra a la vez. Cada pincelada ha sido una liberación emocional, un viaje apasionado que estoy a punto de compartir con los ojos críticos de la escena artística de Nueva York.

Las pinturas de temática roja son más que una simple elección de color; son los matices de mis deseos, los tonos de mis luchas y los tintes de mis sueños. Todas están ahora a salvo en la elegante galería de Chad, colgadas a la perfección para la inauguración de esta noche a las 6 p.m.

Esta mañana estuve en la galería para hablar con Chad, quien ahora es también mi agente y promotor, y me quedé impresionada por lo imponentes que se veían. ¡Mi trabajo, en una gran exposición, para que toda la sociedad artística de Nueva York lo vea!

Trazo mentalmente las líneas de cada lienzo, sintiendo el pulso de mis emociones correr por mi cuerpo. Me pregunto si la ciudad entenderá las historias y la pasión entretejidas en mi arte. Me pregunto si resonarán con alguien. ¿Podré vender alguna?, pienso nerviosa. ¿O será un fracaso?

Vanessa irrumpe en el estudio, sosteniendo una funda de ropa y una sonrisa que iguala el resplandor de mis pinturas.

—¡Chica, vas a arrasarlo en esta exposición!

Vanessa, mi mejor amiga, también artista y curadora en el MOMA, siempre ha sido mi pilar de apoyo. Trajo lo que ella llama el vestido perfecto para la noche perfecta que se avecina.

El vestido que revela es una obra maestra impresionante en sí misma, un vestido rojo de diseñador que resalta mi cuerpo alto en todos los lugares correctos.

—Pensé en este vestido cuando aceptaron tu serie roja —dice Vanessa—. ¿No refleja tu arte? ¿No soy brillante? —se ríe, y me uno a ella.

Admito que complementa mi pasión ardiente. Es el vestido más hermoso que he usado jamás. Al ponérmelo, siento una oleada de confianza y poder.

—Vanessa, eres una maga —exclamo, girando frente al espejo.

—Vamos, ahora te toca el cambio de imagen. ¡Traje maquillaje y un spray especial para el cabello. Déjame transformarte, Soph!

Dejo que me aplique maquillaje en los ojos, delimite mis cejas, ponga un toque de rubor en lo alto

de mis pómulos y añade un toque de lápiz labial rojo. Cepilla mi cabello, pero lo despeina un poco y añade algo de spray. El efecto es mi cabello ondulado largo cayendo sobre mis hombros en un arreglo ordenadamente desordenado. No demasiado arreglado, pero tampoco demasiado casual. Como una artista.

Mis tacones negros son el toque final. Me miro en el espejo y me sorprendo gratamente. Si pudieran verme ahora en Kansas, pienso.

Vanessa sonríe ampliamente.

—Bueno, te ves simplemente increíble, Soph. Los vas a dejar boquiabiertos. Ahora, cuéntame. ¿Cómo te sientes sobre esta noche?

Trajo vino y nos sirvió unas copas, acurrucándose en mi sofá gastado pero cómodo.

Respiro profundamente, mi emoción teñida de energía nerviosa.

—Tengo una mezcla de emociones, Nessa. Esta exposición podría ser la oportunidad que he estado esperando, pero también es exponer mi alma al mundo. ¿Y si no les gusta lo que ven?

Vanessa se sienta, sus ojos reflejando genuina admiración.

—Sophia, tu arte es poderoso. Habla a la gente de una manera que va más allá del lienzo. Esta noche, van a ver la magia que siempre hemos sabido que tienes. Amiga, tienes un talento que va más allá de la razón. Ya es hora de que la gente lo vea.

Es una amiga tan buena y siempre me apoya. La quiero muchísimo.

Mientras charlamos sobre el mundo del arte, amigos en común y los inevitables nervios que preceden a una gran exposición, Vanessa revela su satisfacción con su vida. Trabajar en el MOMA y pintar retratos de perros para los ricos puede que no sea mi camino, pero es el de Vanessa, y ella ama cada momento de ello.

Me cuenta sobre su última cliente, que se rumorea que es una condesa, y su cachorro Cavalier King Charles.

—Hizo que Chloe, la cachorra, se sentara en una silla roja y posara. La dulce chica se quedó quieta como rara vez lo hacen los perros. Aunque no dejaba de mover la cola. Pinté más lento de lo habitual porque era tan dulce estar con ella. ¡Hasta que el gato entró en la habitación. Entonces se desató el infierno! —se ríe.

Vanessa siempre me relaja y pienso en nuestros días en Parsons, navegando por todas las clases de arte y aventuras juntas. Chicos incluidos. Tuve algunos novios en la universidad, artistas como yo. También tuve algunos buenos revolcones.

Doy otro sorbo al vino y miro mi reloj.

—Ya casi es hora de que me vaya, Nessa —digo nerviosa.

—¡Tú puedes! Solo sé tú misma, y la ciudad se enamorará de ti y de tu arte —me asegura Vanessa—. Chad te presentará y te ayudará a navegar esta noche. Me aseguré de ello.

Con un último retoque de lápiz labial y una risa compartida, bajamos las escaleras. Héctor estaba afuera y soltó un pequeño silbido.

—¡Te ves como un millón de dólares, Sophia! Oye, rómpete una pierna esta noche. Oh, supongo que eso es para los actores de Broadway, pero ya sabes a qué me refiero. Déjalos boquiabiertos.

—Gracias, Héctor —me río mientras me despido de Vanessa con un beso y subo a un taxi.

La ciudad bulle a mi alrededor, la energía de Nueva York amplifica mi anticipación. Esta noche es una gran noche.

Capítulo cuatro

Gabriel

La noche neoyorquina se extiende ante mí mientras llego a la inauguración de la galería, una visión de poder y riqueza envuelta en un traje impecablemente confeccionado. Mi chófer me dejó puntualmente a las 6:00 p.m. y estará disponible para recogerme cuando le envíe un mensaje. Tener un chófer en Nueva York es un lujo al que estoy acostumbrado.

Mi cuerpo esculpido, ojos vivaces, traje Armani, reloj Rolex y zapatos de Londres son algunos de los detalles que me delatan como el multimillonario que soy. Escaneo la multitud, reconociendo algunas caras, saludando con un gesto a los conocidos mientras me abro paso hacia el interior. Noto que algunos desvían la mirada o esconden sus rostros de mí; intimidado a la gente. Ese aura de depredador alfa y mi reputación.

Mi mirada se detiene en los vibrantes tonos rojos que adornan los lienzos al fondo de la galería. Mi premio me espera. De hecho, anoche soñé con el maldito cuadro que vi en la revista.

Chad, el dueño de la galería y mi viejo amigo, se acerca con dos copas de champán.

—Gabriel, ¡mi hombre! Bienvenido.

Acepto una copa, las burbujas ascendiendo como mi anticipación.

—Menuda concurrencia.

—Sí, la prensa se enganchó a esta exposición de novatos. Mucho revuelo, exactamente lo que me gusta para mis artistas.

Doy otro sorbo pero busco los cuadros, observándolos desde la distancia como una presa que debo tener. Como un lobo o un león al que se le hace la boca agua ante el antílope en la distancia.

Chad se ríe, viendo la mirada en mis ojos. Hace chocar su copa con la mía.

—Vamos, Gabe, déjame que te saque de tu miseria. He visto esa mirada antes. Vayamos a ver los cuadros de Sophia.

Mientras navegamos por el espacio lleno de arte, mis ojos se ensanchan al acercarme a las obras maestras de Sophia. La intensidad de los rojos, la emoción cruda que emana de cada lienzo, el movimiento y la pasión dentro de cada uno tocan una fibra profunda en mi interior. Es más que arte; es una experiencia visceral.

Chad sonrío, detectando mi fascinación.

—Incluso mejor que las fotos de la revista, ¿no? Mira la textura que ha construido, las capas de pintura, el sentimiento detrás de las pinceladas, la vida dentro de ella. Sophia Givens es muy

talentosa. Es un nombre que estará en la mente de todos pronto, espero.

Me quedo sin palabras, absorbiendo la obra, caminando junto a cada una. Los sonidos de la sala, las conversaciones y el descorche de champán se apagan en el fondo. Se siente como si solo fuéramos yo y estas obras apasionadas, hablándome directamente.

—Tienes que conocer a la artista, Gabe. La buscaré para ti.

Chad charla con varias personas entre la multitud mientras se mueve entre ellos, localizando a Sophia por fin. Está conversando con un antiguo profesor de Parsons que colecciona arte, y un autor superventas que suele frecuentar las inauguraciones de galerías.

—Sophia, quédate ahí. Voy a traerte a alguien. Le encanta tu trabajo. No te muevas —dice Chad.

Chad regresa a mí poco después.

—Vamos, he localizado a nuestra talento. Déjame presentarte. Sígueme, Gabe.

Me guía a través del mar de gente. Mientras nos acercamos, veo la visión de una mujer con un vestido rojo. Es hermosa; su melena ondulante y sus pómulos altos destacan. Me gusta su cuerpo y puedo imaginármela desnuda. Siempre me imagino a las mujeres desnudas, es lo mío.

Es alta y esbelta, y parece una modelo con ese vestido. Puedo imaginar sus largas piernas envueltas a mi alrededor. Sus ojos son grandes y lo absorben todo, incluyéndome a mí mientras nos acercamos.

Sus ojos parecen más inocentes o al menos más amables que los de la mayoría de las mujeres con las que paso tiempo. Su lenguaje corporal me muestra que no es una esnob desagradable. Es encantadora, pero tengo la sensación de que no lo sabe, o tal vez no le importa. Me siento instantáneamente atraído. Es unos años más joven que las mujeres con las que he estado. Es mi tipo físicamente, pero parece un poco nerviosa. La mayoría de las mujeres que persigo no están nerviosas, nunca. Ellas mismas son alfas.

—Sophia, te presento a Gabriel Ashford. Es un gran admirador de tu trabajo y uno de los mejores banqueros de inversión de Nueva York. Gabriel, saluda a la artista más talentosa y hermosa de la sala, Sophia Givens.

Extiendo mi mano bien cuidada para tomar la suya y siento una descarga instantánea cuando nos tocamos. Su piel es suave y cálida, sus dedos largos y elegantes. Noto que su dedo índice todavía tiene una pizca de pintura roja que no logró quitar. Es un poco entrañable.

—Un trabajo muy impresionante, Sophia. Estas piezas son una rareza. Las vi en la revista New York y simplemente tenía que verlas de cerca.

Sophia, aunque reservada, me sostiene la mirada con una sutil intensidad.

—Gracias, señor Ashford. Me honra su apreciación.

—Mi padre era el señor Ashford. Llámame Gabriel. Insisto.

Ella sonríe un poco ante eso.

—Eh, de acuerdo. Gracias, Gabriel.

Chad me guiña un ojo antes de disculparse para atender a otros invitados, dejándome a solas con Sophia. El aire chisporrotea con una tensión no expresada.

—Tengo que decir, Sophia, que tu arte tiene un impacto innegable. No son solo los colores; son las emociones que has vertido en cada pieza —comento, con mis ojos fijos en ella. Intento que mi mirada no vague por su cuerpo, como haría normalmente. Por alguna razón, quiero ser mejor que eso.

Me pregunto cómo será su personalidad, en el fondo. Me gusta lo que veo en la superficie, eso es seguro. Y me gusta lo que ha creado. Insinúa profundidad, emoción, pasión.

Sophia mantiene la compostura, pero veo que se sonroja un poco ante mi atención y mis cumplidos. No puedo negar la chispa de atracción.

—Creo que el arte debe evocar algo genuino, algo real —dice con voz baja.

—Justo lo que yo pienso, Sophia.

Me inclino hacia ella y huelo su aroma natural, lo que me excita totalmente. Siento que mis emociones se encienden, e incluso me pongo un poco duro al imaginar mis manos enterradas en ese cabello suyo. Bajo la voz a un tono conspiratorio.

—Bueno, Sophia, quiero comprar dos de tus piezas esta noche. Los números 3 y 7. Pero aquí está el truco: necesito una visita privada a tu estudio y quiero ver tus otras obras. Llámalo una condición de un hombre que aprecia las cosas más finas de la vida.

Puedo ver que está sorprendida, incluso conmocionada.

Sophia arquea una ceja y ahora sonríe un poco.

—¡Muchas gracias! Pero debo decirte que no hay mucho que recorrer. Tengo un estudio muy pequeño en Bedford Street en el West Village. Está al lado de mi apartamento aún más pequeño. ¿Una visita privada de unos pocos metros cuadrados? Soy una artista muerta de hambre, Gabriel. Nada grandioso, ya ves.

—Ah, pero tu talento sí es grandioso. Aun así, necesito ver tu trabajo y estudio. Es un requisito para la venta. Y, podría querer una o dos piezas más para las oficinas de inversión.

Veo que toma aire. Sus mejillas están sonrojadas.

—Tendrás que viajar al centro para ver un espacio diminuto, eh, Gabriel. Dudo que valga la pena tu tiempo —hace una pausa por un momento, luego continúa—. ¿Es este un privilegio de un mecenas del arte que debo conceder? —dice un poco juguetonamente. Me gusta. Parte de su

nerviosismo parece estar desapareciendo y se muestra un poco de confianza. Tal vez un poco de humor.

Sonríó, sin apartar la mirada de la suya.

—Digamos que ya estoy obsesionado con tu arte, Sophia. No puedo resistir el encanto de la artista detrás de él. ¿Qué dices?

Nuestro intercambio queda suspendido en el aire, una danza de palabras y deseos, preparando el escenario para algo. No estoy muy seguro de qué.

Capítulo cinco

Sophia

Chad llamó a Gabriel para que se ocupara de algunos trámites y asegurara sus piezas. Observo a Gabriel desde la distancia con una sutil intensidad, mi mente un torbellino de emociones contradictorias. Doy un sorbo al champán, sintiendo las burbujas bajar por mi garganta.

La atmósfera vibrante de la galería nos envuelve, pero mi atención permanece en el hombre que estoy examinando desde lejos: una figura poderosa y adinerada cuya atención se siente simultáneamente peligrosa y atractiva. Es increíblemente guapo, sin duda. Seguro de sí mismo. Probablemente de mediados a finales de los treinta. Un hombre en control. Vestido para la ocasión.

Me gusta su cabello oscuro, espeso y ligeramente rizado, y sus intensos ojos oscuros. Mi tipo físico favorito. Es atlético, puedo verlo a través de su ropa.

Cuando me habló, el sonido de su voz fue directo a mi corazón. Es una voz rica que hipnotiza.

No puedo celebrar una venta todavía, hasta que sepa que realmente está hecha, pero me siento aliviada y alegre más allá de toda razón. ¡Esperaba vender algunas piezas esta noche y lo hice!

¡Luego veo a Chad poniendo un marcador de "vendido" en los cuadros número 1 y 8 también! Y cómo pude haberlo pasado por alto: las piezas de Gabriel ya están marcadas como vendidas también. Supongo que le dijo a Chad lo que quería antes de decírmelo a mí. Así que al menos 4 piezas vendidas, cada una una venta más grande de lo que jamás había hecho.

Bueno, mi cuenta bancaria se reactivará y no tendré que volver a Kansas con el rabo entre las piernas. ¡Me siento tan eufórica! Podré continuar mi camino como artista. Siento que un peso se levanta de mis hombros. No puedo esperar para contarle las buenas noticias a Vanessa.

Ahora, este hombre, Gabriel Ashford. Lo miro de nuevo cuidadosamente. Sí, es sexy, con un aire especial. Parece tener algo de humor, lo cual me gusta, oculto detrás de su poderoso exterior. Y huele muy bien. Pude sentir su aroma cuando se inclinó para susurrarme. Siento una extraña atracción hacia él, aunque definitivamente es unos años mayor que yo. Sí, es muy sexy.

Sin embargo, es un hombre, y no confío en muchos de ellos. Gracias a mi padre y sus payasadas y muchas otras pruebas a lo largo de mi vida.

Si Gabriel quiere venir a mi estudio, probablemente sea un juego para conquistarme. Lo sé. Pero puedo resistirme a él. Necesito hacerlo. Sería demasiado peligroso de otro modo. Podría verme enamorándome de alguien como él, pero vamos, es un multimillonario ligeramente mayor fuera de mi liga. Y probablemente sea uno de esos tipos que aman la cacería y luego desaparecen cuando consiguen lo que quieren en la cama.

Pero parece amar mi arte, así que me agrada por eso. Terminemos la transacción y cumpliré con lo que requiere: una visita al estudio. Tengo pocas opciones.

Lo veo volver hacia mí, con una mirada segura en su rostro. Sus ojos oscuros se funden con los míos mientras se acerca.

—Señor Ashford, quiero decir Gabriel —comienzo, con voz serena—, organizaremos una visita privada a mi pequeño estudio, como usted solicita. Pero seamos claros, la visita no es a cambio de nada más que un agradecimiento por la venta. Ciertamente no a cambio de mí o algo físico. Prefiero ser directa al respecto.

Gabriel se ríe, sus ojos brillando con diversión. —Eres una negociadora dura, Sophia. Respeto eso.

Me sonrojo un poco. Tal vez su intención no era hacer un movimiento conmigo. ¡Mierda! Bueno, quiero ser fuerte con este tipo, así que es lo que es.

Mi guardia permanece alta, un escudo formado por decepciones pasadas y las lecciones aprendidas de la traición de mi padre.

Me admito a mí misma que me siento atraída por este hombre, al menos superficialmente, pero escondo mi atracción bajo una capa de cautela. No sé si Gabriel está genuinamente cautivado por mi arte o simplemente jugando un juego. Porque puede. Porque está hecho de dinero. Porque tal vez está aburrido.

—¿Estás disponible el lunes para la visita? Ese día no trabajo y normalmente pinto todo el día —explico, con mis ojos fijos en los suyos—. ¿Te vendría bien a las 3 p.m.?

La sonrisa de Gabriel no vacila. —Absolutamente. Sophia, no soy cualquiera jugando contigo. Realmente veo algo especial en tu arte. Una conexión. Quiero saber más sobre ti, ver más de tu trabajo. Mejorará el significado de las obras que compré.

No puedo negar el atractivo de sus palabras, la promesa de reconocimiento y éxito tirando de mis sueños. Empujo un poco mis sospechas, reconociendo que vender mi arte es el salvavidas que necesito para mantener mi pasión en el bullicioso caos de Nueva York.

Y estoy agradecida de que esté tan interesado.

Chad se une a nosotros y estrecha la mano de Gabriel. —Felicidades, eres el orgulloso propietario de dos obras maestras de Sophia Givens. Una gran inversión.

Mientras conversan, siento una oleada de emoción bajo mi exterior compuesto. Las piezas se están vendiendo y hay una reacción positiva a mi trabajo. La perspectiva de cumplir mis sueños, teñida con el peligroso atractivo de la obsesión de Gabriel, baila en el borde de mi conciencia.

Pronto otros en la inauguración piden hablar conmigo y me veo envuelta en una miríada de conversaciones, seguidas de una entrevista con un periodista de una revista de arte. Siempre noto a Gabriel por el rabillo del ojo, y puedo ver que él también me observa.

A lo largo de mis conversaciones en la galería, decido interpretar el papel de la artista enigmática, que es quien soy. Pero coqueteo con el peligroso juego de la atracción mientras

mantengo un delicado equilibrio. Entiendo las dinámicas de poder en juego, sabiendo que tengo que mantener a Gabriel a raya físicamente, incluso cuando la emoción de su interés despierta una excitación secreta dentro de mí.

La noche se desarrolla como un lienzo, cada pincelada revelando una capa de mi viaje. Mientras la galería zumba con energía y la promesa de éxito y mi futuro, me preparo para la intrincada danza que me espera: una danza con un multimillonario.

Capítulo seis

Gabriel

Está de pie frente a mí, su cabello castaño rojizo salvaje cayendo sobre sus hombros en suaves ondas. Lleva un diminuto bikini negro. Sus largas piernas, su trasero redondo y sus pechos perfectos están a mi alcance. Su piel es suave y resplandeciente. Irradia sensualidad. Yo no llevo camisa, solo un simple pantalón holgado, mi dureza ya empujando contra él. Deseo a esta criatura frente a mí.

Sus penetrantes ojos están fijos en los míos y bajan hacia mi fuerte pecho, y puedo sentir el calor que irradia su cuerpo. Extiendo la mano para tocarla, pero ella da un paso atrás, con una sonrisa pícaro jugando en sus labios.

Ella corre y yo la persigo. Mi corazón se acelera mientras la sigo, la emoción de la persecución solo aumenta la intensidad del momento. Me guía a través de una playa blanca, el sol brillando sobre nosotros mientras corremos y reímos. La atrapo, atrayéndola hacia mí, y caemos en la suave arena, nuestros cuerpos entrelazados.

Le quito el bikini, luego me quito el pantalón holgado. Mi pene duro ya está palpitando de deseo. Estamos desnudos en la playa, listos para esto, deseando esto.

Sus labios están carnosos y húmedos cuando encuentran los míos, y me pierdo en su sabor. Su lengua baila con la mía, el beso es intenso. Sus manos vagan libremente por mi cuerpo y finalmente alcanzan mi pene duro. Oh, la sensación cuando lo toca.

Mi lengua encuentra el camino hacia su sexo. Inhalo su aroma y siento que se tensa de placer. La controlo, tendida en la arena debajo de mí, la brisa acariciándonos. Coloco mis manos en sus costados y comienzo a lamerla, pasando mi lengua sobre su clítoris de un lado a otro. La escucho gemir y gritar. Pone sus manos sobre las mías y las aprieta.

Trabajo mi lengua cálida sobre ella, sus pliegues y su centro de placer. Siento que arquea la espalda y que se entrega a mí. Su clítoris está de un rojo intenso, húmedo y cálido y temblando. Libero una de mis manos y la muevo hacia su monte de Venus, acariciándola al unísono con mi lengua. Pronto introduzco tres poderosos dedos dentro de ella y grita de inmediato. Siento que está cerca, sus caderas se sacuden. Muevo mis dedos dentro y fuera, dentro y fuera mientras mi lengua continúa sus caricias.

Su respiración es muy rápida y grita de nuevo, y finalmente se corre en un arrebató, su sexo temblando, sus paredes apretando mis dedos.

La llevo a través de su orgasmo, sintiéndome poderoso.

—Tómame, Gabriel. Ahora; fóllame duro —susurra.

Inmediatamente entro en ella, húmeda y brillante y apretada, mi enorme pene empujando dentro de ella. Gime y luego susurra mi nombre. Me pierdo en el sonido, mi cuerpo moliéndose contra

el suyo mientras ella empuja contra mí.

Se siente tan bien, sus paredes apretadas alrededor de mi pene, y sus gemidos se hacen más fuertes. Va a correrse de nuevo, y me siento a punto de estallar.

Un fuego se está encendiendo dentro de nosotros que no puede ser contenido. Está creciendo y está fuera de control. Voy a correrme, fuerte...

Me despierto sobresaltado por el sonido de mi alarma.

Me siento en la cama, mi pecho agitado mientras trato de recuperar el aliento. Jadeando y desorientado, me doy cuenta de que todo había sido un sueño. Pero la viveza de este me dejó incapaz de sacudirme el intenso anhelo y deseo que corría por mis venas. Se sintió tan real, tan vívido, que no puedo evitar sentir una punzada de decepción. Me acuesto en mi cama, las suaves sábanas acariciando mi piel. Mi mente divaga hacia Sophia, la mujer que ya ha capturado mi corazón y mis deseos. Mi obsesión.

Termino con mi pene duro, perdiéndome en la liberación, pensando en ella.

Finalmente, respiro profundamente y balanceo mis piernas sobre el borde de la cama, mi mente aún dando vueltas. Estoy perdido en el recuerdo de mi sueño, y no puedo evitar sentir una oleada de deseo que me invade. Quiero a Sophia de una manera en que nunca había querido a nadie antes. Quiero explorar cada centímetro de su cuerpo, sentir su piel contra la mía, probar sus labios y escuchar sus gemidos mientras la comprendo. Ella es un alma más suave de lo que estoy acostumbrado. Sé que debo proceder con cuidado, lentamente.

Parece inexperta, más joven. No la asustes, pienso. Ella es alguien que puede valer la pena conocer, explorar. Estaba intrigado al conocerla en la galería, y estoy intrigado por sus indicios de profundidad evidenciados en su arte.

La mayoría de las mujeres y relaciones que he tenido eran mujeres sofisticadas, mujeres que daban el primer paso o morían por llevarme a la cama. Mujeres atraídas por mi estatus y dinero. Mujeres con experiencia. Siento que Sophia es más inocente y lo encuentro de alguna manera refrescante mientras me da un pequeño subidón sexual.

Este podría ser el nuevo comienzo en la vida que necesito, el nuevo camino que he empezado a anhelar secretamente. He tenido tantos fracasos, siempre he elegido a la mujer equivocada. Probablemente porque no quería acercarme.

Con determinación, finalmente me levanto de la cama. Debo encontrarme con Sophia a las 3 p.m. esta tarde para nuestro "recorrido por el estudio".

Ese pensamiento por sí solo fue suficiente para enviar un escalofrío por mi columna y no podía esperar para verla de nuevo. Tengo una personalidad obsesiva y puede que necesite contenerme un poco. Lo sé. Quizás pueda aprender de los errores pasados.

Maldita sea, una parte de mí quiere follarla inmediatamente, poseerla, tomarla, seducirla, hacer que me necesite. Pero otra parte me dice que la conozca y avance poco a poco.

Tengo la parte final de un gran acuerdo de inversión para cerrar al mediodía. Es el trato más grande de este año, asistiendo a mi importante grupo de inversores de Los Ángeles en la adquisición de una compañía farmacéutica. Mi parte de la acción está cerca de un millón de dólares, y ha sido una negociación de siete meses.

En la oficina, tomando los últimos pasos del gran cierre, todo en lo que puedo pensar es en ella. Mi equipo y clientes clave celebran. Ahora he agregado otro gran acuerdo a la firma, cementando su reputación como el mejor grupo en Nueva York, pero solo puedo pensar en mi reunión de la tarde con el nuevo objeto de mi deseo.

La tarde llegó, finalmente. Mi chofer me deja a una cuadra de distancia. Mientras camino hacia el lugar de Sophia, mi corazón latiendo con anticipación, no puedo evitar esperar que esta vez, un nuevo camino que he anhelado pueda estar por delante.

Capítulo siete

Gabriel

Llego a la puerta del estudio de Sophia justo antes de las 3 p.m., sintiendo una mezcla de excitación sexual y unos nervios muy poco característicos en mí. Recordando nuestro primer encuentro en la galería y luego el sueño de esta mañana, mi corazón late con anticipación. Con obsesión.

Ella me había advertido que su estudio era pequeño. Subo las escaleras, pasando por la cafetería, en un edificio antiguo común en el West Village. Me paro frente a la entrada del modesto estudio de Sophia, un marcado contraste con la opulencia a la que estoy acostumbrado. La puerta de su estudio está abierta. Al entrar, la veo en medio del estudio, con el pelo recogido en una coleta y un pincel en la mano. Se ve aún más adorable y sexy de lo que recuerdo.

La visita privada, aparentemente para apreciar el arte de Sophia, es por supuesto un pretexto para que yo desentrañe las capas de la enigmática artista. Observo a Sophia con ojo crítico, reconociendo la vulnerabilidad bajo su exterior sereno.

—Has llegado —me saluda—. Bienvenido a mi humilde estudio, Gabriel.

Me tomo un momento para mirar alrededor del estudio, absorbiendo la luz, los olores de las pinturas y la trementina, y veo varias obras de arte que adornan las paredes. Otras están apiladas y apoyadas contra las paredes. Yo, normalmente rodeado de rascacielos elegantes, mármol pulido y vidrio, me encuentro cautivado por la autenticidad del pequeño refugio artístico de Sophia.

—Sabes, señor Ashford, quiero decir Gabriel, este estudio podría ser más pequeño que uno de tus armarios, pero es el lugar donde mis sueños cobran vida. Y los sueños, como habrás oído, no pagan el alquiler en Nueva York.

Me río, admirando la resiliencia de Sophia. —Puede que los sueños no paguen el alquiler, pero sí crean obras maestras. Las tuyas, por ejemplo.

Ella sonríe ante eso.

En un momento de conexión tácita, los ojos de Sophia se encuentran con los míos con una mezcla de vulnerabilidad y deseo. —Eres persistente, Gabriel. La mayoría de los hombres en tu alta posición se habrían ido inmediatamente al ver este viejo y diminuto estudio.

Sonrío, mi mirada se detiene en sus labios. —No soy como la mayoría de los hombres, Sophia.

Ella se sonroja un poco.

Sophia ha colgado una selección de obras alrededor del estudio. Cada pieza es única y cautivadora, atrayéndome con sus colores y formas. Están llenas de emoción y sentimiento. No puedo evitar sentirme atraído por ellas, como me sentí atraído por las obras rojas en el momento

en que las vi. Sus creaciones tocan una fibra sensible dentro de mí.

—En el corazón del centro creativo —digo con ligereza, dando un paso adelante para tomar su mano—. Gracias por complacerme. Sophia, tus dos pinturas llegaron a mi casa esta mañana. Se ven espectaculares. Tendrás que venir a ver su nuevo hogar.

Ella se sonroja ligeramente de nuevo y no dice nada.

Mientras miro alrededor de su estudio las diversas obras, puedo notar que cada pieza es un reflejo de su alma.

—Bueno, aquí está mi trabajo —dice mientras comienza a sacar piezas y hablar sobre ellas—. Mira, estas son las piezas rojas de tamaño más pequeño que hice antes de crear las grandes.

Me entrega una, una pieza pequeña que claramente forma parte de la serie que compré. Es impresionante.

—Por favor, quédatela, como agradecimiento. Pertenece a las piezas grandes —dice.

—Eso es muy generoso, Sophia —digo, conmovido por su gesto—. Nunca he visto obras como estas. Me hablan. La forma en que interpretas los sentimientos y usas los colores es muy única.

Noto algunas piezas verdes y azules y las saco de donde están apiladas contra la pared. —Wow, pienso en la playa más hermosa cuando miro esta —digo maravillado, sintiendo una sensación de relajación que me invade mientras la observo.

—Ah, bueno, ¡me inspiré en la playa en estas! Mi amiga Vanessa me invitó a los Hamptons el verano pasado, a la casa de sus padres. Allí obtuve la inspiración. Los colores profundos del verano, la sensación y los sonidos de las olas, los azules y verdes a mi alrededor —dice mientras su voz se apaga.

Mientras estamos de pie en el pequeño espacio, nuestros cuerpos casi tocándose, no puedo resistir el impulso de alcanzarla y tocarla. Mi mano roza su brazo, enviando escalofríos a través de mí. Ya no puedo tener suficiente de ella; es embriagadora para mí.

Sophia se sonroja un poco y me indica un pequeño rincón para sentarse en la esquina del estudio.

—¿Espresso? —pregunta mientras asiento y absorbo el acogedor aroma mientras ella opera la pequeña máquina de espresso. Nos sirve una taza a cada uno y comenzamos a hablar sobre su arte. Le pregunto sobre su proceso, sus inspiraciones y las historias detrás de cada pieza. Habla con tanta pasión y entusiasmo que no puedo evitar aferrarme a cada palabra que dice. Estoy cautivado. Observo sus labios carnosos mientras habla y me pregunto cómo se sentirán cuando la bese. Si será como el sueño de esta mañana.

No tiene ninguna pose, nada fingido. Es auténtica, pienso, viéndola hablar. Me encanta que cite frases de la literatura o la historia, y hable sobre lo que ha influenciado su trabajo. Es inteligente y creativa. Lo cual para mí es excitante. Y sí, también lo son esas malditas piernas largas suyas.

Nuestro intercambio crea una intimidad cómoda mientras bebemos el café. Puedo visualizarnos en la cama, con un intercambio similar. Me encuentro atraído por los labios de Sophia, sus ojos, la melodiosa cadencia de su voz. Anhele entender las complejidades de la mujer detrás de las apasionadas pinceladas.

—Sophia, ¿de dónde eres originalmente? —pregunto, tratando de mantener mi voz casual aunque me muero por saber.

Sophia parece tímida pero se abre más y más mientras hablamos. Quiero conocer cada pequeño detalle sobre ella. Puedo notar que casi la estoy abrumando con mis preguntas, pero no puedo evitarlo. Es mi lado obsesivo. Necesito saber, tener, entender.

Ella me cuenta sobre su infancia en un pueblito de Kansas y cómo siempre amó el arte. Me habla de su madre allí, y de cómo consiguió una beca para Parsons, el inicio de sus sueños.

—¿No tienes padre? —pregunto, y veo que su rostro se ensombrece un poco.

—No está en el panorama. No es una buena persona —dice mientras su voz se apaga.

—Oh, lo siento —murmuro, preguntándome sobre él—. Pero amas Nueva York, eso se nota.

Sophia se anima de nuevo.

—Es una ciudad tan maravillosa, tanta energía de la que alimentarse, tanta gente interesante, tanto carácter e inspiración. No podía creerlo cuando me mudé aquí. Recuerdo haberle dicho a Vanessa "Ya no estoy en Kansas" y estallamos en carcajadas. Se convirtió en mi mejor amiga desde el primer día.

—Lo bueno de Nueva York es que siempre hay un nuevo lugar por descubrir, una nueva zona por encontrar, un nuevo restaurante por probar, Sophia —digo, pensando que quiero llevarla a cenar.

Una gata blanca y regordeta entra paseando.

—Esta es Princess. Es toda una diva. Es la gata de mi casera, y cree que es dueña de todo el edificio —Sophia se ríe mientras se inclina para recoger a Princess. Escucho un fuerte ronroneo mientras Sophia le susurra. Extiendo la mano para acariciar a la gata y nuestros dedos se tocan accidentalmente. Sus dedos se sienten eléctricos, pero ella retira la mano de inmediato. Tal vez ella también sintió la electricidad.

—¿Tienes mascotas, Gabriel? —me pregunta, aún mirando a Princess.

—No, estoy demasiado ocupado, desafortunadamente. Mi negocio de inversiones lo abarca todo y es intenso... Teníamos un pastor alemán, Duke, cuando era niño. Era mi chico —le cuento mientras recuerdos de lanzar frisbees y correr por ahí destellan en mi mente. No había pensado en Duke en mucho tiempo—. Mi madre me sorprendió en Navidad cuando tenía seis años. Le encantaban los perros. ¿Y tú?

—Siempre quise uno, pero mi padre estaba en contra. Decía que eran demasiado caros y difíciles —dice con algo de resentimiento en su voz—. Así que tuve que conformarme con los perros de mis amigos.

Hmm, conflicto con su padre de nuevo, pienso. Probablemente hay más en esa historia.

Se levanta para llevar a Princess a la puerta, y yo la sigo.

—Vete a casa, Princess —dice, y cuando se da la vuelta, estoy justo ahí.

—Sophia, he pensado en ti constantemente —confieso, con voz apenas por encima de un susurro—. Necesito besarte.

La tensión en el aire es palpable mientras el comportamiento juguetón de Sophia cambia. La atracción magnética es demasiado fuerte para resistirse. Acuno su rostro entre mis manos, mis labios capturando los suyos en un beso que enciende un fuego entre nosotros.

Los ojos de Sophia se abren de sorpresa mientras se echa hacia atrás, pero puedo ver el deseo y el interés en ellos. Sin dudarlo y sin darle otro minuto para pensarlo, me inclino y cubro sus labios carnosos con los míos de nuevo para otro beso. Se siente como fuegos artificiales explotando en mi pecho, y puedo decir que ella también siente la sensación. Todo lo demás se desvanece mientras nos perdemos en el beso.

Atraigo su cuerpo cerca del mío mientras continuamos besándonos. Esta es la verdadera razón por la que quería "el recorrido", la verdadera razón por la que organicé la visita. Necesitaba estar cerca de ella, besarla, tratar de poseerla.

Sus labios de capullo de rosa son más suaves que cualquiera que haya besado. Sé que no tiene mucha experiencia, pero tampoco es una inocente. No por la forma en que me está devolviendo el beso y apoyándose en mi cuerpo.

Nunca he sentido una atracción tan fuerte hacia una mujer antes.

Sophia se derrite en mi abrazo. Ahora muevo mi boca a su cuello, detrás de su oreja y la beso allí.

—Sabes tan bien, Sophia —murmuro.

Sus manos me rodean y acarician mi espalda, enviando ondas de placer por mi columna. Siento sus manos subir lentamente por mi espalda, luego hacia mi cabello. Pasa sus dedos por mi espeso cabello mientras continúo besando su cuello.

Estoy cautivado por ella y dejo de besarla para mirar cada curva y contorno de su rostro. Mi corazón se acelera mientras la siento cerca de mí, la beso de nuevo. La necesito y la deseo. Me estoy poniendo duro.

—Sophia, tu lugar está al lado. Llévame allí. Ahora —ordeno, con urgencia.

Sophia parece un poco nerviosa, pero también parece como si hubiera tomado una decisión. Está llena de deseo y puedo decir que ella también me desea. La forma en que me mira envía un escalofrío por mi espina dorsal y directamente a mi polla. Esos ojos abrasándome.

Mi corazón late con fuerza mientras me lleva a su pequeño lugar y directamente a su cama. La desnudo rápidamente, con urgencia. Y me quito la ropa rápidamente. Luego paso mis manos por su cuerpo, tocando sus pechos perfectos, apretando sus pezones, deslizando mi palma sobre su vientre plano y luego más abajo, hasta su monte de Venus.

—Hermosa. Tu cuerpo es hermoso, Sophia —Mi toque la está haciendo respirar más fuerte, gemir y retorcerse.

La empujo hacia atrás en la cama y luego me pongo a horcadas sobre ella, mi aliento caliente tocando su piel. No pierdo el tiempo.

Dejo que mis dedos encuentren sus pliegues, su clítoris. Ella inhala bruscamente pero mueve su clítoris ligeramente hacia mí. Siento su calidez y humedad, y comienzo a mover mis dedos sobre ella, masturbándola mientras gime y extiende la mano para estabilizarse, agarrando mis brazos.

—Sí, sí, eso se siente tan bien, Gabriel —gime. Deslizo los dedos dentro de ella, sintiendo su apretada humedad y no puedo esperar hasta que la esté follando allí.

Mi lengua ahora la busca, para devorarla. Mi lengua está hambrienta de ella y sabe exactamente cómo excitar a mi premio. El nivel de intensidad se dispara. La oigo gritar de sorpresa y placer, tensándose, pulsando mientras mi lengua trabaja en ella. Huele tan bien, el olor del sexo. Me pongo más y más duro, llevándola a un clímax y escuchándola gritar en un placer agonizante.

—Ahora eres mía —gruño, y mientras ella aún está pulsando en las secuelas de su orgasmo, entro en ella duro y rápido. Mi gran polla la toma, empuja profundamente dentro de ella, la posee. Comienzo un ritmo al que pronto se une, nuestros cuerpos moviéndose al unísono.

Más y más rápido, más y más fuerte, la follo a mi antojo, finalmente llegando con intensidad. Mientras estoy terminando mi orgasmo, ella también llega de nuevo. Puedo sentir sus paredes vibrando contra mí.

Nos quedamos allí, cuerpos calientes uno contra el otro, escuchando nuestra respiración agitada, sintiendo piel contra piel.

Capítulo ocho

Sophia

Le dije en la galería que no podía tenerme. Pero cedí.

¡Mierda! No pude resistirme a él. Hay algo en él, su intensidad, su interés en mí, su atractivo sexual.

Cuando Gabriel me besó, me encantó sentir la fuerza dominante de sus labios suaves apoderándose de mí. Su cuerpo poderoso y en forma sosteniéndome. Su aroma a riqueza abrumándome. Su intenso interés en mí. Esos ojos oscuros ardiendo de deseo salvaje por mí.

Mi corazón latía con anticipación, pero al mismo tiempo, sabía que esto era peligroso.

Ya puedo sentir cómo pierdo el control, cómo pierdo mi corazón por este hombre que apenas conozco. Y probablemente me arrepentiré.

De todos modos, estoy segura de que no lo volveré a ver después de hoy. Los de su tipo cazan, toman y desaparecen, listos para la siguiente presa fresca.

Pero esta intensidad de ser tomada me hace estremecer. No he dormido con nadie en un tiempo. Demasiado centrada en sobrevivir. El novio que tuve en Kansas y los dos estudiantes de arte con los que me acosté no tenían esta intensidad, esta experiencia, este poder. Gabriel es un poco mayor y claramente experimentado. Los hombres con los que he estado eran más bien niños comparados con él.

El poder emana de Gabriel, lo rodea. Es atractivo, al menos para mí. Un alfa.

No creo que nadie me haya mirado nunca con tanto deseo y admiración como él. Eso llega directamente a mi alma. Mi corazón late con fuerza.

Me siento viva y libre, por la forma en que este hombre me besa, me toca y me folla. Deseada. Querida.

Cuando me miró —primero en la galería y ahora hoy— veo el anhelo en sus ojos oscuros, y enciende un fuego en mí. Es una sensación que ni siquiera sabía que echaba de menos o que deseaba, tan envuelta como estaba en mi arte y en mi propia supervivencia.

Sí, quiero esto. Es por eso que decidí acostarme con él cuando hizo un movimiento, entregarme a él. Pensé en resistirme durante unos 3 segundos, luego lo rechacé.

Ahora, mientras yago a su lado después de nuestro encuentro sexual, disfruto la sensación de estar cerca de él, bajando de nuestros orgasmos. Incluso si no lo vuelvo a ver porque consiguió lo que quería, valió la pena.

¿La forma en que me besó y la forma en que me tocó y me folló? Quiero más. Mucho más. Puede que no lo consiga, pero estoy absorbiendo la sensación ahora mismo.

—Hermosa. Tu cuerpo es hermoso, Sophia —extiende la mano de nuevo y toca mis pechos, apretando los pezones para endurecerlos y hacerme retorcer.

Cuando me desnudó en mi habitación, y luego a sí mismo, no perdió el tiempo. Me empujó hacia atrás en la cama y se puso encima de mí, a horcajadas sobre mí, su aliento caliente sobre mí.

Empezó a explorar mi cuerpo con su lengua caliente de inmediato, bajando por mi centro desde los pezones duros. Lo oí gemir y pude ver cómo se ponía más duro y grande.

Cuando su lengua se acercó a mi monte, las ondas de placer más increíbles se extendieron por todo mi cuerpo. Cerré los ojos y absorbí la sensación de su boca y su lengua chupándome, provocándome, tomándome. Las sensaciones eran abrumadoras. Eran deliciosas.

Sabía que ese momento quedaría grabado en mi memoria para siempre, la entrega a una intensidad de deseo. Su lengua era talentosa y sabía exactamente cómo excitarme.

Gabriel es abrumador e intenso de la mejor manera posible. Me dejé derretir en él, me entregué a él. Él me tomó.

Sé que no debería haberlo hecho. Me cuesta confiar en cualquier hombre, especialmente en uno que acabo de conocer. Pero con Gabriel, podría ser un poco diferente. Sentí algo especial entre nosotros, algo que no pude ignorar.

Me deshice de todas mis inhibiciones. En ese momento, con Gabriel, nada más importaba. Sabía que debía tener cuidado, pero todo lo que quería era a él. Sentir cómo me tomaba, entregarme a él, llegar al clímax. ¿Quizás el hecho de que no tenga que preocuparme por mi supervivencia después de la exposición me ha relajado para disfrutar de esto? ¿Quizás él está aquí en el momento exacto?

Y mientras yacemos juntos, agotados y satisfechos, sé que ha sucedido algo especial, aunque nunca vuelva a verlo.

Capítulo nueve

Gabriel

Estoy acostado en la cama, pensando en esta tarde.

Estar con Sophia me ha revitalizado, me ha dado esperanza. Tenerla cerca, poseer su cuerpo, conocer un poco de su alma, es lo que quiero. Lo que necesito.

Debo tener cuidado porque tengo una personalidad obsesiva, que generalmente se manifiesta en los negocios. Así es como he llegado tan lejos, acumulando millones sobre mis miles de millones.

Nunca había sentido esto por una mujer antes, y estoy sorprendido. Algo se ha encendido dentro de mí. Ella me ha iluminado.

Después de dejar su casa, llamé yo mismo a la floristería y pedí un lujoso ramo de rosas rojas para ella. Pero siento que no es suficiente.

Mientras camino de un lado a otro en mi ático, pienso en ella y en la necesidad de tenerla y complacerla. Decido enviarle un exquisito collar con diamantes y rubíes rojos que se verá hermoso en ella. Y envío una nota escrita a mano, entregada por mensajero, con una invitación a cenar en Nobu a las 7:00 pm mañana. La invitación se entrega con un vestido negro de diseñador de Givenchy. Vi su armario y sé lo que necesita.

Quiero impresionarla. Necesito tenerla. Estoy obsesionado con ella.

Mis ojos vagan hacia las dos pinturas recién adquiridas. Su belleza es verdaderamente impresionante. Una ahora adorna la sala de estar de mi ático, colgada sobre la chimenea. La otra engalana mi dormitorio, proporcionando una vista impresionante mientras me quedo dormido y me despierto cada día. Estoy nervioso y miro fijamente la pintura mientras me quedo dormido esa noche.

A la mañana siguiente, sintiéndome muy enérgico, me visto y camino hacia la oficina de mi ático, llevando un café fuerte y pensando en Sophia.

Suena mi teléfono y reconozco inmediatamente el identificador de llamadas como Sophia. Mi corazón comienza a acelerarse mientras contesto la llamada, esperando que haya recibido los regalos y la invitación a cenar que le envié.

—Hola, buenos días, Sophia. ¿Recibiste mis regalos? —pregunto, tratando de mantener la calma en mi voz.

Hay una breve pausa antes de que responda:

—Sí, los recibí. Gracias, Gabriel —pero su tono no es tan entusiasta como esperaba. Puedo sentir la incomodidad en su voz, y mi corazón se hunde un poco. ¿Me excedí con los regalos? Empiezo

a entrar en pánico.

—Me alegro de que te hayan gustado. Solo quería mostrarte cuánto te aprecio —digo, tratando de sonar sincero.

—Es que... es demasiado, Gabriel. No sé si puedo aceptar todo esto —duda—. Es excesivo.

Puedo sentir mi ansiedad aumentando mientras habla. No quería abrumarla, pero lo hice. Solo quería hacerla feliz.

—Por favor, Sophia. No quise hacerte sentir incómoda. Solo quiero verte, pasar tiempo contigo. Y quería mimarte un poco —explico.

—Lo sé, pero se siente como si estuvieras tratando de comprarme o algo así —dice, su voz volviéndose más firme.

—No, no, no es eso en absoluto. Solo... solo quiero hacerte feliz. Te aprecio —suplico.

Vamos y venimos por unos minutos, ambos tratando de explicar nuestras perspectivas. Puedo notar que ella está dudosa, pero finalmente acepta encontrarse conmigo para cenar en Nobu.

El alivio me invade. Sé que debo ser cuidadoso con Sophia. No es como otras chicas o mujeres con las que he salido. Es inteligente, independiente y no acepta tonterías. No puedo dejar que se me escape. Apenas estoy empezando a conocerla, y me gusta lo que veo.

Mientras me dirijo a Nobu esa noche, no puedo evitar sentirme nervioso, una sensación nueva para mí. Rara vez me pongo nervioso por las mujeres o por cualquier otra cosa.

Quiero que esta noche sea perfecta. Quiero hacerla feliz, hacer que me desee. Quiero mostrarle que estoy decidido a conocerla. Ella es alguien que debo tener. Siento que la necesito.

Cuando llego, veo a Sophia sentada en la mesa, luciendo impresionante en el vestido que le había enviado. Respiro hondo y me acerco a ella, tratando de mantener mi actitud serena.

—Buenas noches, Sophia. Te ves muy hermosa —digo, tomando asiento frente a ella.

—Gracias —responde, dedicándome una pequeña sonrisa.

Puedo sentir la tensión entre nosotros. Hablamos de cosas triviales, tratando de evitar el elefante en la habitación. Pero finalmente, Sophia habla.

—Gabriel, solo quiero asegurarme de que estamos en la misma página. Me gustas, pero no te conozco. No quiero que pienses que puedes comprarme o que soy una especie de trofeo —dice, mirándome directamente—. Apenas nos conocemos. —Hace una pausa por un minuto y luego dice—: Pero estoy muy agradecida de que te guste mi arte.

Tomo su mano entre las mías y la miro a los ojos.

—Sophia, sé que quizás me he excedido con los regalos, pero no estoy tratando de "comprarte".

Solo quiero mostrarte lo mucho que significas para mí. Esto es parte de mi mundo, ¿sabes? Y no espero nada a cambio. Solo quiero hacerte feliz y pasar tiempo contigo —digo, aunque en realidad, sí espero algo a cambio. La quiero a ella.

Me mira por un momento antes de asentir.

—De acuerdo. Pero vayamos despacio, ¿vale?

En ese momento, un fotógrafo de la ciudad pasa por el restaurante y nos toma una foto. Page Six siempre está buscando fragmentos de chismes e historias, y yo siempre he sido un objetivo.

—Oye Anthony, podrías haber pedido permiso primero —digo.

—¿Por qué empezar ahora? ¿Quién es esta hermosa criatura? —pregunta, dirigiendo su atención a Sophia, quien parece sorprendida y un poco abrumada.

—La artista nueva más candente de la ciudad. Sophia Givens. Llama a Chad, obtén los detalles sobre su trabajo y su gran éxito en su última exposición. Mejor aún, incluye una de sus pinturas en tu periódico. Ahora vete, estás interrumpiendo nuestra cena.

—Lo siento por eso, Sophia. Los paparazzi son parte de mi vida, para bien o para mal. Pero espero que la atención pueda ayudar a vender algunas de tus pinturas. Haré lo que pueda para ayudar.

Ella está callada pero parece impresionada de que yo haga esto por ella.

—Sophia, quiero conocerte. No, necesito conocerte mejor —digo—. Verás, estoy intrigado por ti. O quizás obsesionado sería una mejor palabra.

No puedo leer su mirada o reacción. ¿Tal vez está un poco asustada cuando digo obsesionado? Bueno, será mejor que me contenga un poco. No quiero asustar a esta criatura. La quiero.

El camarero nos sirve algo de vino. Mientras continuamos con nuestra cena, voy despacio y la involuco en la conversación. Empieza a fluir con más facilidad entre nosotros a medida que ella se relaja en mi presencia. Sophia se abre más, contándome sobre sus pasiones y sueños. Nos reímos sobre algunas películas favoritas y hablamos sobre la música que nos gusta. Estoy intrigado por ella. Observo sus labios mientras habla, sus grandes ojos cuando recuerda cosas de su pasado, su increíble cabello. Recuerdo lo receptivo que era su cuerpo.

Puede que Sophia haya sido reticente al principio, pero estoy decidido a hacerla mía. Y no puedo esperar para ver adónde nos llevará esto.

Al final de la noche, llamo a mi chófer y le indico que la lleve a casa de manera segura. Me inclino para besarla profundamente y luego la ayudo a entrar en la limusina.

—Espero verte pronto, Sophia.

Eso fue difícil. Quiero follarla, ahora, poseerla. Pero estoy jugando a largo plazo y tratando de

evitar errores. Esto es lo correcto.

Pero la tendré.

Capítulo diez

Sophia

Mis ojos recorren la habitación, reflejando cómo me siento. Observo los detalles del elegante apartamento de Vanessa mientras nos acomodamos para charlar. Respiro hondo y luego doy un sorbo al vino que nos ha servido, saboreando los ricos aromas mientras ordeno mis pensamientos.

—Ya lo sé, pero siento como si estuviera tratando de controlarlo todo. Me compró un collar de diamantes, me envió rosas rojas y este vestido carísimo para nuestra cita de anoche. Es como si intentara moldearme según su imagen perfecta —digo—. Es demasiado. Quiero decir, solo nos hemos visto dos veces.

Vanessa se inclina hacia adelante, sus rizos oscuros cayendo sobre su hombro mientras habla.

—Pero no puedes negar que te está tratando como a una reina. Y seamos realistas, a todas nos vendría bien un poco de estabilidad financiera y regalos bonitos de vez en cuando. Nos hace sentir especiales.

Hace una pausa y da otro sorbo al vino.

—¿Cuántas veces hicieron esto tus novios anteriores? —pregunta.

—Ja, ninguno de ellos podía permitírselo. Nessa, ya sabes que mi primer novio era el mariscal de campo del instituto que vivía en casa de sus padres. Supongo que él no cuenta. Pero los novios de Parsons, todos eran artistas muertos de hambre como yo, más o menos.

—Así que déjate mimar un poco. Te lo mereces, Soph.

Asiento, mis dedos trazando el tallo de la copa de vino. Doy otro sorbo, el calor del líquido me calma.

—Bueno, no quiero perderme en el proceso. Mi arte, mis sueños, mi independencia, significan todo para mí. Un tipo así podría intentar controlarme y yo podría perderme a mí misma. Además, vamos, Vanessa, este tipo está fuera de mi liga. Se va a divertir y luego me dejará. He oído hablar de ese tipo.

La expresión de Vanessa se suaviza, comprendiendo el peso de mis palabras.

—Lo entiendo, Soph. Pero tal vez realmente le gustes. Tal vez esté interesado en ti. Y si es así, quizás puedas encontrar una manera de llegar a un acuerdo. Parece que vale la pena que lo investigues, ¿sabes? Que este hombre esté interesado en ti es, bueno, emocionante, ¿no?

Mi mente se llena de posibilidades, recordando nuestro episodio en la cama que fue tremendamente excitante. Nunca había tenido un orgasmo así antes. Fue increíble, realmente. Y él fue tan atento. Mi corazón está dividido entre la practicidad y la pasión.

—Tienes razón.

Mientras el sol se pone sobre el horizonte de la ciudad, Vanessa y yo seguimos hablando, el vino fluye mientras compartimos nuestras últimas historias, sus citas más recientes, nuestras esperanzas y sueños. Vanessa me da fuerza. Me doy cuenta de que con el apoyo de Vanessa y mi propia determinación, puedo encontrar una manera de hacer de mi vida mi propio lienzo, con o sin los colores del multimillonario, su control o sus caprichos.

Chad llama por la mañana. Dos revistas, una de Nueva York y una revista de arte nacional, quieren entrevistarme. Lo estaba organizando para la próxima semana y me dio los detalles. También me informó que dos de mis pinturas más se vendieron ayer y que revisara mi cuenta bancaria para la transferencia.

¡Estoy emocionada de estar recibiendo prensa y realmente lanzando mi negocio artístico con las ventas de mi trabajo!

Un enorme peso se levanta de mis hombros.

Mientras tomo mi café de la mañana, de repente noto una tarjeta escrita a mano que habían deslizado por debajo de mi puerta.

Era de Gabriel. Escribió: "¿Puedo invitarte a cenar en mi casa esta noche? Deberías ver de primera mano el nuevo hogar de tus pinturas. Mi chofer Edward te recogerá a las 7 p.m. No puedo esperar para verte. Gabriel"

Bueno, no envió regalos ostentosos. Tal vez me escuchó en Nobu cuando le dije que no quería regalos caros ni ser comprada. Me admito a mí misma que quería ver su casa y dónde mis pinturas han encontrado su nuevo hogar. Y sí, verlo a él de nuevo.

Había buscado a Gabriel en internet y encontré todo tipo de historias y artículos. Algunos discutían sus movimientos magistrales en el mundo de las inversiones. Otros lo mostraban luciendo poderoso en su oficina o ático. Había artículos de chismes y fotos de él con esta o aquella mujer en eventos sociales y galas, cenando fuera o en fiestas en los Hamptons. Uno lo mostraba frente a un helicóptero, y aparentemente es piloto. Nunca se veía feliz en las fotos con las mujeres, y todas parecían bastante mimadas y desagradables, si era honesta. ¿O tal vez estaba un poco celosa?

Bueno, lo vería esta noche y aprendería más sobre él, y vería mis dos pinturas.

A las 7 de esa noche, la limusina se detuvo suavemente frente a mi apartamento, y dudé solo por un momento antes de adentrarme en el mundo de la extravagancia del Upper East Side. Me estaban guiando hacia el ático de Gabriel, un reino de opulencia y lo desconocido. El viaje en limusina fue tan suave y cómodo, a diferencia de los viajes en metro o los locos taxis que a veces tomaba.

Mientras nos deslizábamos por las venas resplandecientes de la ciudad, mis pensamientos oscilaban entre la emoción nerviosa por ver a Gabriel de nuevo y la realidad de mi nuevo futuro artístico. Esta cena contenía promesas pero también lo desconocido. ¿Estaba Gabriel jugando

conmigo y pronto me dejaría por lo siguiente, o estaba realmente interesado en mí?

Llegamos y Edward dio la vuelta para abrir la puerta de la limusina. El alto edificio de cristal del ático se alzaba sobre nosotros, un símbolo del mundo de Gabriel. Respiré hondo mientras el portero me escoltaba al ascensor. Mientras subía, me preguntaba cómo se verían mis pinturas en este lujoso espacio.

Cuando las puertas se abrieron, fui recibida por un mayordomo llamado Thomson, quien me hizo pasar.

Gabriel me estaba esperando en la enorme sala de estar. E inmediatamente vi una de mis pinturas rojas en un lugar destacado, sobre la chimenea. La habitación era en su mayoría beige, por lo que realmente resaltaba. Mi corazón dio un vuelco al ver mi creación exhibida en este elegante entorno.

Jadeé de placer. —¡Vaya!

—Sophia, bienvenida —resonó la voz profunda de Gabriel, rompiendo el hechizo de asombro. Su mirada se detuvo en mí, con una intensidad que insinuaba deseos más allá del lienzo. No pude evitar sentir un aleteo de nervios cuando se acercó para abrazarme.

Su cuerpo estaba cálido y siempre olía tan bien. Hipnótico.

—Estoy tan contento de que estés aquí. Déjame mostrarte el lugar primero. Por supuesto, tu hermosa pieza domina mi espacio aquí, como puedes ver. Espero que te guste dónde vive ahora —se ríe. La habitación era ciertamente grande e impresionante, con una línea de grandes ventanales con vistas a Nueva York.

—A menudo organizo eventos aquí, especialmente cócteles y eventos de negocios. La gente quedará deslumbrada por tu obra. Espero que otros quieran una Sophia Givens original una vez que vean esta obra maestra.

Trago saliva y me siento un poco abrumada. Y agradecida.

—Gracias, Gabriel. Y tu lugar es impresionante, tan grande y hermoso. Me siento como si estuviéramos en las nubes sobre la ciudad aquí —digo mientras me muevo hacia las ventanas y miro hacia afuera.

—Es una gran vista, sin duda. Pero la mejor vista está aquí —dice mientras gira mi cuerpo y me enfrenta a la pintura.

—Vamos, tomemos una copa. Thomson, por favor sírvanos dos copas de champán.

—Por supuesto, señor —Destapa una botella de Veuve Clicquot y pronto cada uno tiene una copa en la mano.

—Por ti, Sophia, y tu primera visita a mi casa. Por la artista más talentosa que conozco —dice mientras levanta su copa hacia mí. Choco mi copa con la suya y tomo un sorbo, sintiendo las

burbujas cosquillear en mi garganta.

—Gabriel, estoy abrumada. Gracias por invitarme. Y no podría estar más feliz de ver mi arte aquí.

Su carisma y la opulencia de su hogar hacían que mi corazón se acelerara, y no podía evitar sentirme atraída hacia él. Y ver mi obra expuesta de manera tan prominente. El contraste entre los tonos neutros de la habitación y el estallido vibrante de mi obra sobre la chimenea me intrigaba, y sentí una oleada de orgullo.

—Tenía que asegurarme de que tu arte tuviera un lugar donde todos pudieran apreciarlo, especialmente yo —Gabriel se rió con su voz profunda, sin apartar sus ojos de los míos—. Es el escenario perfecto para algo tan cautivador como tu obra.

Me llevó de nuevo a las ventanas del suelo al techo, mostrando el impresionante panorama de las luces de la ciudad y la tranquila extensión de Central Park. Me señaló varios puntos de referencia y edificios famosos, algunos que solo había visto desde la calle. La belleza era casi abrumadora. Y todo era un marcado contraste con mi humilde apartamento en West Village.

—Vamos a ver la otra obra ahora, antes de la cena. Está en mi dormitorio —dice mientras me guía. Lo sigo, pero estoy nerviosa. La última vez que estuvimos en un dormitorio, me tomó y yo se lo permití.

Sintiendo mi reticencia, dice: —Escucha, Sophia. Tuve que poner la obra donde la vería lo primero por la mañana y lo último por la noche. Ahora es parte de mi ritual diario.

Entramos en su dormitorio tenuemente iluminado, opulento y elegante. No se veía beige por ningún lado. Esta habitación estaba en tonos oscuros y masculinos con una gran cama robusta, muebles finos y ricas alfombras dispersas. Hablaba de poder y sexo. Tuve un destello de mí en esa cama con él, pero rápidamente lo aparté parpadeando.

Mi pieza estaba directamente frente a la cama para que, efectivamente, pudiera verla fácilmente. Había instalado dos pequeños focos para resaltar la pintura.

Estoy impresionada de que realmente parezca estar atraído por la obra. —¿Qué ves cuando miras la pintura, Gabriel?

Sin pausa, dice: —Veo pasión, un poco de tumulto, sexo, vida, energía. Desde el momento en que la vi por primera vez en el artículo de la revista, me habló, Sophia.

Me sonrojo un poco y tomo otro sorbo de champán.

—Vamos, tengo una cena agradable para nosotros. Disfrutémosla —Toma mi mano y me lleva de vuelta donde Thomson está dando los toques finales a la mesa, incluyendo encender algunas velas. Es una mesa bastante acogedora y romántica. Me está seduciendo de nuevo.

Durante la cena, Gabriel intenta hacerme sentir cómoda, como hablando con un animal nervioso para que confíe en él. Pero me relajo.

La cena se desarrolló en una sinfonía de sabores, nuestra conversación una danza de risas compartidas y vistazos al mundo del otro. Él es intenso, sin duda. El aura poderosa de Gabriel era a la vez intimidante y atrayente, una fuerza magnética que tiraba de los bordes de mi incertidumbre.

En un momento dado, abordo el tema que tengo en mente. —Gabriel, como probablemente hayas adivinado, tengo grandes problemas con mi padre. No confío en los hombres y sus motivos. Él traicionó a mi madre, y a mí, y nos abandonó. Nunca para volver. Ser abandonada es un sentimiento que no quiero experimentar de nuevo.

Había expuesto un poco más de lo que esperaba, probablemente gracias al champán y el vino, pero él escuchó y pareció entender.

—Entiendo ese sentimiento. Es como me sentí cuando mi madre murió. Abandonado. Vacío. No estoy seguro de haberme recuperado jamás —Parece un poco avergonzado y sorprendido de haber dicho esto. Y toma un trago de vino.

—Sophia, no quiero comprarte. Me interesas. Espero que puedas ver eso. Espero que podamos llegar a ser cercanos, pero lo haré a tu ritmo.

Me preguntó más sobre mi vida y profundizó más allá de la superficie, explorando las capas. Su genuino interés despertó una conexión que iba más allá de lo superficial.

A medida que la noche avanzaba, las luces de la ciudad abajo parpadeaban y reflejaban las chispas entre nosotros, cada pregunta y momento compartido pintaba un retrato de una conexión que tenía potencial.

No pude evitar ser seducida. Había venido aquí porque él me invitó, porque quería darle una oportunidad después de hablar con Vanessa, pero aún no confiaba en él y no quería entregarme al atractivo del dinero ni perder mi independencia.

Pero a medida que avanzaba la noche, ese nerviosismo se derritió bajo el calor del genuino interés y encanto de Gabriel. Quería conocer a la artista detrás de las pinturas, y me encontré abriéndome, revelando capas de vulnerabilidad y pasión.

Thomson trajo un soufflé de chocolate para el postre, un verdadero manjar.

—Este es mi favorito, Sophia. Quería que lo probaras —toma su cuchara, la sumerge en el soufflé y procede a darme una probada. Los sabores explotan en mi boca.

—Vaya, es increíble.

Se levanta y se acerca a mí, dándome otra cucharada. Era un poco sexy, lo admito. Este alfa alimentándose el postre, dándome placer.

Dejó la cuchara y se inclinó para besarme.

¿Cómo podía resistirme?

Le devolví el beso, nuestros labios encendiendo la habitación. Su boca era tan plena, cálida, sexy y exigente. Me besó como si no hubiera un mañana y yo le devolví el beso con la misma pasión. Luego me levantó de la silla, me besó de nuevo en sus brazos y me llevó al dormitorio.

Mi corazón latía rápidamente, y pensé en resistirme a él por aproximadamente 1 segundo, luego cedí. Me sedujo, y lo deseo sin cuestionamientos. Quería más de lo que tuvimos en mi apartamento. Este hombre poderoso tenía un aura de sexo de pies a cabeza; un hombre en control, que sabe lo que quiere y sabe cómo dar placer. Sí, lo quiero.

Me tendió en la cama y comenzó a desvestirse, de pie frente a mí. Lentamente desabotonó su camisa, luego se la quitó y la arrojó al suelo, observándome todo el tiempo. Su pecho liso, sus abdominales, su poderoso torso hicieron que mi respiración se acelerara.

Se quitó los zapatos. Luego, se quitó el cinturón, lentamente, observándome, y desabrochó sus pantalones. Mantuvo sus ojos en los míos mientras se los quitaba. Es mi propio espectáculo privado de striptease, y es excitante. Veo que su miembro ya está completamente erecto y grande, presionando contra sus calzoncillos y suspiro. Ya estoy húmeda.

Se inclinó sobre la cama y extendió esas manos fuertes y seguras. Recorren todo mi cuerpo, acariciándome, sintiéndome. Sentí que el calor aumentaba. Su toque era electrizante, enviando escalofríos por mi columna. Arqueo mi espalda, suplicando silenciosamente por más.

—Ponte de pie. Voy a desvestirte, Sophia —ordena. Obedezco inmediatamente.

Me paré junto a la cama y él levantó mi vestido en un solo movimiento fácil sobre mi cabeza, dejándolo caer a mis pies. Me quedé allí solo con mis bragas negras, sostén y tacones negros.

Da un paso atrás.

—Sí, eres deliciosa. Eres tan hermosa —escuché un gruñido bajo.

Besa mi cuello mientras sus manos recorren mis senos, bajan por mi estómago y luego sobre mi monte de Venus. Estoy tan húmeda en anticipación.

Me quita el sostén, liberando mis senos, y desliza mis bragas hacia abajo. Siento su aliento caliente en mi piel mientras me desviste. Ahora de rodillas frente a mí, extiende su lengua hacia mi monte. Sus fuertes manos están en mi trasero, atrayéndome hacia su boca hambrienta.

—Sabes tan bien —murmura y comienza a lamerme, excitando mi clítoris, chupando mis pliegues, introduciendo su lengua en mis profundidades. Aprieta mi trasero en concierto con sus movimientos, y comienza a enfocarse en mi clítoris mientras gimo de placer.

—Sí, Gabriel, sí. Más —susurré. Continúa su atención hasta que estoy casi al borde, luego se detiene abruptamente.

Gimo. Quiero más. Ahora.

Me empuja de vuelta a la cama, excitada y desnuda y lista.

Sus labios capturan los míos en un beso feroz, su lengua ahora explorando cada centímetro de mi boca. Gimo contra sus labios, mis manos enredándose en su cabello. Él toma el control, sus manos recorriendo mi cuerpo, continuando avivando el fuego que ha encendido dentro de mí.

Siento su dureza presionando contra mí, y sé que no puedo resistirme a él. No lo haré.

Lo deseo, lo necesito. Quiero sentirlo dentro de mí otra vez, llenándome completamente.

Estoy completamente expuesta ante él y vulnerable, y nunca me he sentido más deseada.

Se mueve sobre mí y se posiciona entre mis piernas, sus manos agarrando mis muslos mientras se inclina para besarme de nuevo. Puedo sentir su dureza presionando contra mi entrada, y jadeo mientras entra lentamente en mí con su gran miembro.

La sensación es abrumadora, y envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo más cerca de mí. Comienza a moverse, lentamente al principio, pero luego aumenta el ritmo mientras nuestros cuerpos se mueven juntos en perfecta armonía.

Estoy completamente perdida en el placer, en la sensación de él dentro de mí. No puedo controlar mis gemidos mientras continúa moviéndose, sus manos agarrando mis caderas, guiándome con cada embestida. Tiene el control total de mí. Estoy bajo su poder.

Su duro miembro se hunde en mí, embistiendo más fuerte y profundo mientras sus grandes manos tiran de mi trasero hacia adelante con cada embestida.

Puedo sentir mi clímax construyéndose, y sé que él también está cerca. Comienzo a moverme en un frenesí, queriendo sentir el orgasmo y extenderlo bajo este poderoso alfa. Empiezo a llegar y grito.

—¡Sí, Gabriel. ¡Sí! ¡Me estoy corriendo!

—Hmmm, eres mía, Sophia. Córrete para mí, siéntelo —gruñe mientras continúa embistiendo, mientras siento su estómago plano contra el mío y su palpitante miembro profundamente dentro de mí. Me pierdo en el orgasmo y grito.

Luego, con una última embestida, alcanza su punto máximo. Su respiración entrecortada y gemidos señalan su orgasmo, nuestros cuerpos temblando de placer.

Se derrumba sobre mí, su respiración pesada mientras besa mi frente. Lo rodeo con mis brazos, sintiéndome completamente satisfecha y contenta en sus brazos. Mientras yacemos allí, enredados en el abrazo del otro, supe que esto podría ser el comienzo de algo apasionado pero tal vez algo peligroso. O fugaz.

Gabriel había despertado en mí un deseo que nunca supe que existía, y sabía en lo profundo de mí que quería explorar más de lo que él tenía para ofrecer.

Capítulo once

Sophia

Las siguientes dos semanas pasaron rápidamente. Habían aparecido artículos y entrevistas muy positivos sobre mí y mi arte. Chad vendió ocho de los diez cuadros hasta ahora, un sueño que no me habría atrevido a creer.

La foto de Nobu apareció en Page Six y empezó a circular chismes sobre mí por toda la ciudad. ¿Quién era esta nueva artista que había captado la atención del famoso Gabriel Ashford? También aparecieron otras fotos nuestras en cenas y en la galería.

Gabriel me llevaba a cenar con regularidad, pero también paseábamos por el parque, visitamos el museo de ciencias (uno de sus favoritos) y dimos un paseo en su helicóptero sobre Manhattan. Su apodo para mí es conejita. Me gusta bastante. Siempre está atento y, sí, hay mucho sexo. Me estoy volviendo adicta a ello, a él.

No pasó a una nueva presa, como pensé que haría. No tomó lo que quería y se fue inmediatamente. Es atento, y estoy empezando a confiar en él.

Al principio me sorprendí, pero luego me tranquilicé cuando dijo que quería ayudar a proteger mi estabilidad financiera. —Una de las mejores de mi equipo para finanzas personales es Andrea Cane. Creo que deberías verla. Has tenido éxito con tus primeras grandes ventas. Habrá altibajos en tu vida como artista. Ella puede ayudarte a invertir algo para que no tengas que preocuparte por los tiempos difíciles, Sophia. Puede ayudarte a proteger tu dinero. Me contaste sobre tu vida mientras crecías. No quiero que nunca te sientas necesitada, conejita.

Me conmovió, en realidad. Quería protegerme. Ahora mismo, todo el dinero de las ventas está simplemente en mi cuenta bancaria. Se lo dije. —Bueno, querida, tenemos que salvaguardar eso. Hay demasiadas estafas y fraudes en línea. Vamos a protegerte.

Gabriel concertó una cita con Andrea para más adelante en la semana. Me sentí realmente aliviada. Este alfa, este hombre fuerte, estaba pensando en mí.

Tuvimos una cena divertida con Vanessa. Quiero que se conozcan, y la cena fue un éxito. Ella es muy graciosa y animada, y tuvimos demasiadas historias sobre nuestros locos días universitarios en Parsons. Gabe estaba relajado y disfrutó viéndome con mi mejor amiga. A Vanessa también le gusta Gabe.

La noche siguiente, me invitó a cenar a su casa para que pudiéramos tener una velada acogedora juntos, solo nosotros dos, y estaba segura de que terminaríamos en su cama. Lo deseaba cada vez más.

Oí que llamaban a mi puerta. Gabriel dijo que enviaría a su chófer a recogerme. Abrí la puerta, esperando ver a Edward.

¡¿Qué demonios?!

Ante mí está mi padre, largamente perdido y desacreditado. El hombre que me falló, que me enseñó a no confiar en ningún hombre. El hombre que nos traicionó a mí y a mi madre, dejando cicatrices que el tiempo no ha logrado curar completamente. El hombre que nunca fue un buen padre para mí. El hombre que robó a sus clientes y esencialmente robó la vida de mi madre. Está de pie en mi puerta con una fachada de remordimiento y arrepentimiento.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —Es todo lo que se me ocurre decir, paralizada en mi lugar.

—Sophia, querida —comienza, con una voz impregnada de una sinceridad ensayada—. He venido a hacer las paces. Ha pasado demasiado tiempo. No me estoy haciendo más joven, y el peso de mis errores pasados se está volviendo demasiado para soportar. Simplemente tenía que buscarte. —Deja caer su pequeña maleta a sus pies.

Mis ojos se entrecierran con una mezcla de shock e ira. Las heridas de la traición de mi padre siguen frescas después de todo este tiempo, y su aparición inesperada me hace cuestionar sus motivos. Sin embargo, una pequeña chispa de esperanza parpadea dentro de mí, preguntándome si esta es una oportunidad de redención y reconciliación. De dejar atrás los dolores pasados.

—Estoy a punto de salir a cenar ahora —digo secamente. ¿Cómo puedo confiar en este hombre que acaba de aparecer de la nada? ¿Cómo puedo estar emocionada de verlo o incluso darle la bienvenida? Han pasado demasiadas cosas y han fermentado dentro de mí.

—¿Tal vez pueda acompañarte?

Dudo. ¿Qué debo hacer? Llamo a Gabriel y le explico quién ha aparecido. Intrigado por la llegada del invitado inesperado, Gabriel dice que debo traer a mi padre a cenar.

No estoy segura de esto, pero le digo que puede acompañarme a cenar. Guardamos su maleta en mi apartamento cuando llega Edward, y tomamos la limusina para ir al norte de la ciudad.

—Muy bonito. Una limusina. Tu novio debe tener algo de dinero, ¿eh? —pregunta mi padre—. Bueno, me alegro de que estés bien atendida.

No digo nada. Todavía estoy en shock. Me siento tensa y confundida. ¿Por qué está aquí? ¿Después de todo este tiempo?

Llegamos y tomamos el ascensor. Miro a mi padre por el rabillo del ojo. Ha envejecido. Su cabello está salpicado de gris; tiene arrugas donde no existían la última vez que lo vi. Tiene un poco de barriga.

Las puertas del ascensor se deslizan y Gabriel está esperando allí.

—Bienvenido a mi hogar, señor Givens. Es un placer conocer al padre de Sophia.

Mi padre mira alrededor del ático, claramente impresionado.

—Sí, bueno, me alegro de que estés cuidando de ella —dice mientras estrecha la mano de

Gabriel—. Bonito lugar el que tienes.

Mi estómago se revuelve al recordar cómo estafaba a los clientes, cómo fue a la cárcel, cómo engañó a mi madre y se fugó con esa mujer. Cómo nos maltrataba. ¿Podría haber cambiado? ¿Querría hacer las paces ahora que se está haciendo mayor?

La mesa de Gabriel está puesta con una mezcla de tensión y anticipación mientras observo cada movimiento de mi padre. Gabriel, siempre el observador astuto, nota las sutilezas en el comportamiento del hombre que levantan señales de alarma.

Durante la cena, mi padre teje historias de remordimiento y transformación, relatos de su pasado un tanto vagos, construyendo una narrativa de un hombre cambiado que busca el perdón.

Gabriel, sin embargo, no muestra emoción alguna. Observa a mi padre como si fuera un experimento científico. Ha oído suficiente sobre él por mi parte, sobre lo que ha hecho.

Mi padre pide indicaciones para ir al baño y se excusa de la mesa.

Tan pronto como se va, digo:

—Gabriel, gracias por ser tan amable. Estoy en shock y no sé qué pensar. Tal vez está tratando de compensar su pasado. Tal vez esta es una oportunidad para superar mi desconfianza y mis malos recuerdos. Simplemente no lo sé.

—Solo respira, conejita. Sé que esto debe ser estresante para ti. Deberías escuchar tus instintos, no saques conclusiones apresuradas en ningún sentido. Deja que se gane tu confianza. Tienes razón en estar alerta.

Sirve otra copa para nosotros. Se inclina y me da un beso.

—Gabe, quería estar contigo esta noche, a solas. Lamento esta sorpresa. Probablemente puedas notar que soy un manojo de nervios. Tenerlo en mi puerta así, sin previo aviso. No estoy segura si debería decírselo a mamá o llamarla más tarde. Podría molestarla.

Me aprieta la mano.

—Déjame ir a ver a tu padre. Ha tardado bastante.

Gabriel desaparece y regresa un momento después con un señor Givens sonrojado.

—Oh sí, estaba buscando el baño. Bonita oficina la que tienes allá atrás —dice nervioso. Su cara está un poco roja.

Gabriel parece enojado.

—Tu padre se tomó la libertad de revisar mi escritorio mientras buscaba el baño.

—Soy un hombre viejo, me confundo.

No sé qué pensar. ¿Tiene alguna enfermedad como Alzheimer que lo haría estar tan confundido? ¿O estaba tramando algo? Todavía estoy en shock, viéndolo después de tantos años.

—Entonces, ¿dónde te estás quedando en Nueva York? —pregunta Gabriel fríamente.

—Oh, aún no estoy seguro —responde, mirándonos con esperanza—. Tal vez con todas esas pinturas vendidas, podrías permitirte alojarme, ¿Sophia?

—¿Así que sabes de mi éxito, de la venta de mis pinturas? —No había dicho nada anteriormente sobre mi arte o éxito, y yo no iba a anunciárselo. De hecho, no había preguntado nada sobre mí o mi vida. Si lo sabía, no me había felicitado ni indicado que estuviera orgulloso de mi éxito.

—Oh —tartamudea, poniéndose un poco más rojo—. Claro, escuché sobre el gran éxito de mi hija. Tomando la ciudad por asalto —tose y toma otro trago. Ha estado bebiendo mucho desde que llegó aquí.

Miro a Gabriel y él me devuelve la mirada.

—Bueno, mi lugar es demasiado pequeño. Podría pagar una noche o dos en un hotel cerca de mí —digo, arrepintiéndome.

—Sophia, déjame encargarme de esa cuenta. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Oh, ¿no eres todo un caballero? —dice mi padre, con demasiado entusiasmo pero sin verdadera sinceridad. Los recuerdos me inundan: así es como solía hablarle a mi madre. Toma otro trago de su bebida, que ahora hace cuatro.

—Bueno, creo que es hora de terminar la noche. Vamos, papá. Vamos a registrarte y a que te instales. Hay un hotel a una cuadra de mi casa. ¿Sabes cuál, Gabriel? Pasaremos por mi casa a recoger tu maleta, papá.

—Edward los llevará de vuelta al centro. Sophia, llámame cuando regreses.

El viaje al centro fue incómodo. Mi padre huele a alcohol con cada respiración.

—Estoy tan feliz de ver a mi niña después de tanto tiempo —dice—. Y tan económicamente segura. Qué cambio desde Kansas, ¿eh? Espero compensar el pasado. Dame una oportunidad, ¿eh?

Asiento, sin estar segura de qué decir o qué pensar. Recogemos su pequeña maleta de mi casa y caminamos hacia el pequeño hotel en la siguiente cuadra. Lo registramos en el modesto hotel, y le pido a la recepcionista que se ponga en contacto con Gabriel para el pago. Están encantados de que un nombre tan eminente sea el anfitrión, y explican que ya ha llamado para hacer los arreglos.

Tengo una sensación inquietante mientras camino de regreso a mi casa. No estoy segura si mi padre me ofrecerá redención o más angustia.

Capítulo doce

Gabriel

Después de la cena, llamo a un investigador privado que ha trabajado para mí. Decido tomar medidas discretas y averiguar qué se trae entre manos el padre de Sophia. Puede que quiera hacer las paces con ella y reconstruir su relación, pero lo dudo. Me huele a estafador por todas partes. Especialmente cuando lo encontré husmeando en mi escritorio.

Siento la necesidad de proteger a mi Sophia. Es un poco ingenua, inocente de espíritu y herida por su pasado.

El investigador no tardará más de una semana o menos en indagar en su pasado, dándole prioridad, y descubrirá cualquier cosa que se esté tramando.

No le diré nada a Sophia todavía. Decido esperar los resultados, y entonces sabré si hay algo de qué preocuparse.

Ella me llama, como prometió.

—Gabriel, gracias por ser tan comprensivo con mi padre. Me siento muy inquieta con todo esto. Ya conoces nuestra historia.

—No te preocupes, conejita. Te ayudaré. Ten cuidado, pero date tiempo para ver si es sincero. Tienes que darte una oportunidad, ¿sabes?

—Tienes razón. Bueno, lamento no estar en tu cama esta noche —dice con pesar. Y yo siento el pesar aún más fuerte. Estoy adicto a ella.

—Que duermas bien. Soñaré contigo.

Capítulo trece

Sophia

Mi carrera artística se eleva a nuevas alturas, impulsada por el éxito de mi reciente exposición y el patrocinio de Gabriel. Nuevos clientes buscan mi talento único, y mis vibrantes pinturas de temática roja ahora adornan las paredes de prestigiosos hogares y oficinas.

Un spa de lujo con dos sedes en la ciudad aparentemente está hablando con Chad sobre la compra de las dos últimas series rojas de la exposición.

Ahora estoy trabajando en una nueva serie, con algunos nuevos encargos que llegan a través de Chad. Un gran banco quiere una pieza para su entrada (secretamente creo que fue una recomendación de Gabe); una mujer de sociedad en Park Avenue ha encargado una obra grande en azules y verdes, similar en estilo a mi serie roja. Chad y yo también estamos hablando de una nueva exposición en unos cinco meses.

Ha organizado más entrevistas y cobertura de prensa. —Sophia, estoy emocionado por ti. Eres un talento especial. Y oye, no hace daño que te hayan visto por la ciudad con Gabriel.

Me sonrojo. —Bueno, es muy atento, Chad —es todo lo que le diré al respecto.

—Está organizando un cóctel en su ático pronto. Me invitaron. Seguro que quiere mostrar tu trabajo, Sophia. Él está de tu lado, eso vale oro —dice Chad con intención.

Sin embargo, con mi nuevo éxito viene el escrutinio, particularmente de los ojos críticos dentro del círculo íntimo de Gabriel. He estado apareciendo con él en varias fiestas de cóctel, en restaurantes y por la ciudad.

Me encuentro con escepticismo y dudas de aquellos que cuestionan mis motivaciones y nuestra relación. Algunos de sus conocidos me aceptan y son amables e interesados. Pero otros asociados adinerados, acostumbrados a un mundo de privilegios, no pueden comprender la pasión genuina detrás de mi arte. Me ven a mí, una don nadie más joven de la sociedad, como alguien que intenta aprovechar su influencia para tener éxito. Especialmente las mujeres que siempre están persiguiendo a este premio alfa. Sus comentarios condescendientes y cejas levantadas se convierten en obstáculos que enfrento con resiliencia.

Gabriel siempre me defiende, me presenta, me exhibe cuando puede. En medio de estas batallas sociales, Gabriel emerge como mi protector. Su apoyo inquebrantable silencia las voces críticas, y su influencia me protege de los juicios de su círculo íntimo. Agradecida por su defensa, encuentro consuelo en la conexión que compartimos, la conexión física a la que somos adictos, y un vínculo que trasciende las expectativas sociales. Todo una grata sorpresa para mí.

Al final, no me importa lo que la gente piense. Siempre he sido así. Pero Gabriel también me dice: —No importa lo que diga la gente. Ellos no importan. Solo preocúpate por aquellos a quienes amas, y preocúpate por ti misma para ser fuerte —Es un buen consejo.

Confío en él cada vez más.

Nuestro sexo ha inspirado realmente mis próximas obras de arte. Vuelco los profundos sentimientos de pasión que tengo en cada pincelada.

También ahora enfrento otro desafío que es menos agradable: la presencia de mi padre distanciado. Aparece en la cafetería cada mañana y se queda por ahí, luego a veces visita mi estudio. A veces parece que está haciendo un esfuerzo, pero otras veces, solo veo a la persona que nos engañó y nos abandonó. Se mantiene en las sombras, intentando obtener información sobre mi recién encontrado éxito y Gabriel, quien se ha convertido en una parte integral de mi vida.

Lidio con las complejidades de mi relación con Gabriel y ahora con mi padre. Él no tiene un plan claro sobre cuánto tiempo estará en Nueva York, o cómo puede vivir. O incluso cómo puede "hacer las paces" conmigo. Evita mis preguntas sobre su vida. Solo sigue repitiendo que quiere recuperar el tiempo perdido conmigo, su única hija.

Hoy, regreso de una reunión con Chad para encontrar a mi padre en mi apartamento.

—¿Cómo entraste aquí?

—Oh, le dije al casero que era tu padre y que querías que te esperara aquí, Sophia —dice con suavidad. Como de costumbre, parece alterado y se ha servido un trago.

—Bueno, preferiría que no hicieras eso. Hablaré con Héctor para que no vuelva a suceder —No quiero a mi padre en mi espacio. Se siente como una violación.

No dice nada por un momento.

—Me gustaría saber más sobre tu vida, Sophia. Sobre lo que estás haciendo. ¿Por qué no me muestras algunas de tus pinturas y me hablas de ellas? Vamos a tu estudio.

Es la primera vez que muestra un verdadero interés en mi arte, aunque ha estado rondando por el estudio durante algunos días. Lo llevo allí y le muestro las nuevas obras que me encargaron.

—Vaya, tu carrera está despegando. Siempre supe que lo haría —dice con astucia. Sabía poco sobre mi talento artístico y nunca mostró interés antes. De hecho, en Kansas siempre me decía que los artistas no ganan dinero y que sería una tonta si lo perseguía.

Sin embargo, ¿tal vez lo está viendo de manera diferente y está tratando de entenderme? ¿Está acercándose a hacer las paces? Me hace un poco feliz. ¿Tal vez está realmente interesado y está haciendo un esfuerzo?

No confío en mi padre, pero le estoy dando una oportunidad. Conozco lo suficiente a Gabriel para saber que no le agrada mi padre. No puedo evitar preguntarme si la desaprobación proviene de una falta de riqueza. En momentos de vulnerabilidad, me cuestiono si la postura protectora de Gabriel está obstaculizada por la sociedad. O tal vez está influenciada por todas las historias que le conté de mi juventud. Tal vez es mi culpa que no le agrada mi padre.

Vanessa está de acuerdo conmigo en que debería darle a mi padre una oportunidad mientras soy cuidadosa.

Capítulo catorce

Gabriel

En la tranquila soledad de mi ático, me encuentro reflexionando sobre Sophia todo el tiempo. Estoy obsesionado con ella. Me encanta su aspecto, amo su cuerpo y cómo responde al mío, adoro su talento, su forma de hablar. Su presencia y cómo me siento cuando estoy con ella. Esta mujer se está convirtiendo en parte del tapiz de mi vida.

Los ecos de las expectativas sociales y los juicios de mi círculo íntimo no importan en absoluto. Me conocen como el alfa, acostumbrado a estar con mujeres alfa. El poderoso y a veces brusco negociador que es despiadado. Pero estoy resuelto en mi convicción de que Sophia es la mujer que quiero, sin importar las normas que buscan definirnos. Algunos de mi círculo íntimo comienzan a aceptarlo.

La realización de mi necesidad por Sophia me golpeó como un rayo en una noche tormentosa. Sophia no es solo una artista; es la musa que ha dado vida a mi existencia. Su autenticidad, su resiliencia, han tejido una narrativa que trasciende todo. En ella, veo una especie de alma gemela, un espíritu que anhela el reconocimiento más allá de los límites de las normas sociales y detrás de nuestros antecedentes: yo sintiéndome abandonado por la muerte de mi madre, ella sintiéndose abandonada por su padre infiel que sí abandonó a la familia.

Me sentía tan vacío antes de que ella entrara en mi vida; ninguna de las relaciones que tuve fue profunda en absoluto. Esas mujeres estaban en mi brazo para exhibirlas, en mi cama sin pasión real. Bien podrían haber sido prostitutas. No compartían sus pensamientos o sueños conmigo, me usaban.

A medida que mis sentimientos por Sophia se profundizan, también lo hace el peso de la verdad que debo revelar. El conocimiento sobre los motivos ulteriores de su padre carcome mi conciencia. He visto las sombras que acechan en los rincones de sus intenciones, una oscuridad que amenaza la potencial felicidad recién descubierta que Sophia está tratando de encontrar.

El informe del investigador privado sobre su padre está ahora completo y es feo.

Lucho con las palabras que deben ser dichas. Sophia merece la verdad, y no puedo seguir protegiéndola de la tormenta que se avecina en el horizonte.

Pero antes de que pueda reunir el coraje para revelar la verdad sobre su padre, el destino interviene en un giro de los acontecimientos.

Contesto el teléfono, que suena incesantemente, interrumpiendo mis pensamientos. Es el banco de Sophia.

—Señor, usted figura como el contacto para cualquier actividad irregular en la cuenta de Sophia Given. No podemos contactarla en este momento.

—Sí, por supuesto. Está con un nuevo cliente discutiendo un encargo. ¿Qué sucede?

—Tenemos aquí a un caballero con un comprobante de depósito solicitando retirar todos los fondos de su cuenta. Dice que es su padre y que ella le pidió que manejara la transacción. Cuestionamos la firma, y parece muy irregular.

—Gracias. Por favor, no tomen ninguna acción, reténganlo allí. Estaré allí en los próximos 15 minutos.

Maldito sea, pienso. Haciendo un movimiento para estafar a su propia hija. ¡Qué bastardo!

Justo entonces, Sophia me envía un mensaje de texto y su reunión con el nuevo cliente ha terminado.

—Déjame recogerte, conejita. Tenemos algo importante que hacer —le respondo por mensaje. Y estamos en camino al centro instantáneamente. Tengo la carpeta del investigador conmigo.

Lo que sé con certeza es que ella necesita ver lo que él le está haciendo para terminar con él. Para confrontarlo. Para limpiar su pasado. Para conocer la verdad.

Sophia se sorprende cuando nos detenemos en su banco. —¿Por qué estamos aquí, Gabriel? —pregunta, confundida.

Tomo su mano y la guío adentro.

Su padre está esperando frente a un escritorio, con una expresión de suficiencia en su rostro, seguro de que los fondos están siendo preparados para él. Nos ve y se pone de pie inmediatamente, sobresaltado y enojado.

—¿Qué está pasando aquí? —ladra.

—Podríamos preguntarte lo mismo. Sophia, tu padre está tratando de retirar todos tus fondos del banco. ¿Le pediste que hiciera esto?

Sophia se pone blanca, y luego roja de ira mientras mira a su padre.

—Pensé que querías hacer las paces, que querías conocerme de nuevo, que estabas orgulloso de mí por mi éxito. Está claro que solo querías tomar lo que pudieras de mí, otra vez. ¡Cómo te atreves! —Da un paso adelante y le da una bofetada en la mejilla.

Él se recupera rápidamente, aunque parece un poco sorprendido.

—Es todo un malentendido, te lo aseguro —dice mientras mira al banquero.

—Obtuviste mi información y firma cuando accediste a mi apartamento, ¿no es así? —grita ella ahora—. ¿Cómo pudiste?

Arrojo la carpeta que he estado llevando a sus pies. —Señor Givens, esta es una copia de un informe de un investigador privado sobre sus recientes actividades poco honorables. Sophia no lo ha visto, pero se lo mostraré más tarde. Queremos que salga de su vida y nunca más la contacte —digo con toda la fuerza que puedo.

Veo lágrimas comenzar a correr por el rostro de Sophia.

—Podemos llamar a la policía ahora mismo si no acepta nunca más intentar ser parte de su vida —agrego.

—Señor, ya hemos hecho la llamada —afirma el banquero sin emoción.

La realización del engaño de su padre golpea a Sophia como una ola. Se ve pálida y las lágrimas continúan corriendo por su rostro.

Es en este momento vulnerable que la encuentro, de pie en medio de las ruinas de la confianza. Su dolor se vuelve palpable, y mi corazón se aflige al ver su angustia. La mujer que me importa, la artista cuyo espíritu resuena con el mío, ahora está lidiando con una traición profunda y confirmada.

Sophia se vuelve hacia mí, sus ojos buscando consuelo en la tormenta. La tomo en mis brazos, sosteniéndola mientras libera el peso de sus lágrimas.

Escucho a su padre decir: —Sí, siempre fuiste débil. Igual que tu madre. Buen viaje, digo — mientras llega la policía para llevárselo.

Intercambio unas palabras en voz baja con el banquero, luego guío a Sophia hacia la limusina y la llevo rápidamente a mi lugar para consolarla.

Capítulo quince

Sophia

El clip-clop de los cascos contra el camino empedrado complementa el susurro de las hojas en Central Park. Gabriel y yo nos acurrucamos bajo una manta compartida en la parte trasera de un carruaje tirado por caballos, abriéndonos paso por el parque. El aire es fresco, trayendo consigo el aroma del otoño, y los árboles son un estallido de colores—amarillos, naranjas y rojos pintando una perfecta tarde de otoño.

—Dios, necesitaba esto —suspiro, apoyándome en el costado de Gabriel. El calor de su cuerpo bajo la manta ofrece un fuerte contraste con el aire fresco que pellizca mis mejillas y mi alma, gracias a mi padre.

Gabriel me rodea con su brazo, acercándose más. —¿Quieres hablar de ello, conejita?

Dudo, sin saber exactamente qué decir. Finalmente admito: —No puedo dejar de pensar en lo que pasó en el banco. Cómo intentó robarme. A su propia hija.

El cuerpo de Gabriel se tensa a mi lado, y siento que su agarre se aprieta solo una fracción. — Ese bastardo —murmura, su voz baja pero cargada de ira—. Lo siento, no debería haber dicho eso.

Niego con la cabeza, restándole importancia a su disculpa. —No, tienes razón. Es un bastardo. Es solo que... duele, ¿sabes? Pensar que volvió después de todo este tiempo, solo para mentirme y usarme.

Caemos en silencio, el único sonido es el ritmo de los cascos del caballo y el suave murmullo del parque a nuestro alrededor. Veo caer un par de hojas, girando en el aire antes de aterrizar en el suelo. Se siente como una metáfora de mis emociones—flotando, luego estrellándose.

Gabriel rompe el silencio, su voz suave. —Eres fuerte, Sophia, ¿lo sabes? No todo el mundo podría manejar ese tipo de traición con tanta gracia y resiliencia.

Resoplo, el sonido más amargo de lo que pretendo. —¿Gracia? Quería gritarle a todo pulmón, hacerlo sentir tan pequeño e inútil como él me hizo sentir a mí.

—Pero no lo hiciste —señala Gabriel—. Te mantuviste firme. Estás lidiando con ello, y no estás dejando que te destruya. Eso es fortaleza.

Apoyo mi cabeza en su hombro, dejando escapar un largo suspiro. —Tal vez. Es solo que siento que estoy constantemente esperando que caiga la otra zapatilla.

—Te ayudaré a lidiar con ello, conejita —dice Gabriel, su voz firme—. Pase lo que pase, lo manejaremos. Juntos. Ahora, ¿llamaste a tu madre?

—Decidí no hacerlo. ¿Por qué abrir más dolor y angustia para ella? No ayudaría, solo lastimaría.

—Tiene sentido. Estoy aquí para ti, conejita. Cada día será mejor. Es mejor saber la verdad y seguir adelante.

Lo miro, encontrando su mirada. Hay una promesa en sus ojos, un juramento de que estará allí, pase lo que pase. Es reconfortante saber que no estoy enfrentando todo sola. He llegado a confiar en este hombre. El primer hombre en quien realmente he confiado.

Confío en Vanessa y le conté todo lo que pasó y bebimos mucho vino y nos abrazamos mientras le contaba la historia. Ella me había dicho que le diera una oportunidad a mi padre pero que fuera cuidadosa y escuchara mis instintos. Ella lo entiende y me entiende a mí, como Gabe.

Mientras el carruaje se dirige a la Terraza Bethesda, Gabriel y yo descendemos, caminando de la mano hacia el mirador. La vista del lago, enmarcada por los árboles coloridos y los arcos de piedra de la terraza, es impresionante.

—Guau —exhalo, acercándome a la barandilla—. No vengo aquí lo suficiente. Esto es hermoso. Es justo lo que necesitaba.

Gabriel está de pie a mi lado, su presencia sólida y tranquilizadora. —No tan hermosa como tú, conejita —dice, y puedo escuchar la sonrisa en su voz.

Pongo los ojos en blanco, dejando escapar una risa. —Eso es tan cursi.

—Pero cierto —replica, su tono juguetón. Nos quedamos allí, uno al lado del otro, contemplando la vista. Siento su cálida mano encontrar la mía, nuestros dedos entrelazándose naturalmente.

Después de un momento, Gabriel se aclara la garganta. —Conejita, ¿qué tal una cena más tarde? Sé que quizás quieras estar sola, pero déjame estar contigo. Hay un nuevo lugar que me muero por probar.

Me giro para mirarlo, intrigada. —¿Oh? ¿Qué tipo de lugar?

—Es una sorpresa —me provoca, sus ojos brillando con picardía—. Confía en mí, te va a encantar.

Pensé en estar sola esta noche, revolcándome en mi dolor e intentando superarlo. Pero la idea de pasar más tiempo con Gabriel, especialmente después de la montaña rusa emocional de lidiar con mi padre, es exactamente lo que necesito. —De acuerdo —acepto, una sonrisa encontrando su camino hacia mis labios—. Cuenta conmigo.

—Perfecto —dice Gabriel, su sonrisa ensanchándose. Se inclina, presionando un beso en mi frente—. Es una cita, entonces.

Mientras nos dirigimos de vuelta al carruaje, siento un aleteo de emoción ante la perspectiva de otra cena con Gabriel. A pesar de todo—el drama con mi padre, las inseguridades que brotan de vez en cuando—me siento feliz, genuinamente feliz de pasar más y más tiempo con él. Cada vez es como la primera.

El paseo en coche de caballos de vuelta por Central Park nos envuelve en calidez contra el frío del atardecer. Gabriel tiene el don de hacer que todo se sienta como una aventura, incluso el simple acto de ir de un lugar a otro. A medida que nos acercamos al borde del parque, la anticipación se agita en mi estómago. Ha mencionado una sorpresa para la cena, pero las sorpresas de Gabriel nunca son pequeñas.

Cuando el carruaje se detiene y me ayuda a bajar, un elegante auto negro se acerca. —Para nuestra siguiente parada —dice, con los ojos brillando de emoción.

El viaje es corto, y cuando nos detenemos frente a Per Se, mi boca se abre. —¡Dios mío, Gabriel! ¿Per Se? —No puedo ocultar el asombro en mi voz. Este lugar es legendario, un sitio de ensueño para cualquiera que ame la comida. Gracias a Dios que iba vestida lo suficientemente bien para el lugar.

Él sonríe, claramente complacido con mi reacción. —Pensé que te gustaría.

El ambiente del restaurante me impacta en cuanto entramos, una mezcla de sofisticación y calidez que es tan rara como acogedora. El anfitrión saluda a Gabriel y nos conduce a una mesa con una impresionante vista de Central Park, ahora un lienzo de sombras y luces.

Mientras nos acomodamos en nuestros asientos, Gabriel rechaza los menús con un gesto. —Tomaremos el menú de degustación, con maridaje de vinos, por favor.

Mis cejas se alzan. —¡Siempre he querido probar el menú de degustación! —Gabe ha logrado distraer mi atención y hacerme sentir mejor.

Se recuesta, con una sonrisa juguetona en los labios. —Cuando se trata de comida, siempre confía en el chef.

Los platos comienzan a llegar, cada uno una obra maestra de sabor y presentación. Entre bocados, nuestra conversación fluye tan fácilmente como el vino. Hablamos de todo y nada: Nueva York, las rarezas de la gente que ambos hemos encontrado en nuestros diferentes mundos, los pobres Jets y si los Mets se recuperarán la próxima temporada, su último negocio. He estado preguntándole cada vez más sobre su trabajo y quiero saber qué lo motiva, de qué se trata su trabajo. Y su vida mientras crecía.

—Conejita, lo he mencionado antes. Me sentí abandonado por mi padre después de que murió mi madre. Mi tía Priscilla, hermana de mi madre, se mudó y me crió. Mi padre entraba y salía, pero estaba principalmente en Suiza y Mónaco por sus negocios. Se alejó de nosotros, de mí. Así que es una situación diferente a la tuya con tu padre, pero sin embargo yo también me sentí abandonado. Así que lo entiendo.

—Pero tu padre nunca intentó robarte, ¿verdad?

—Concedido. Era un hombre poderoso, pero se alejó de nosotros. Y a veces escucho de colegas que su estrella se apagó, que perdió el apetito por los negocios y la acumulación de riqueza. Mi tía murió cuando estaba en la universidad, y toda esa parte de mi vida se fue. Vendió nuestra casa familiar cuando estaba fuera sin mucho aviso. Pero de todos modos solo sentía dolor cuando

estaba allí. Sé que mi padre amaba mucho a mi madre y estaba sufriendo. Mi madre era muy especial. Éramos unidos, los tres. Cuando ella murió, todo se desvaneció. He estado muy enojado por eso, pero sé que podría haber sido peor.

El camarero sirve otro vino y probamos el siguiente plato. Me alegro de que me haya contado más sobre su padre y su infancia. Suena como una historia triste. Parece que su padre se alejó debido al amor y el dolor.

En algún momento, Gabriel se inclina sobre la mesa, sus dedos rozando los míos. —Sabes, nunca he conocido a nadie como tú.

Me río, derramando un poco de vino de mi copa. —¿Eso es bueno o malo?

—Definitivamente bueno —dice con un brillo en los ojos. Su pulgar traza círculos en el dorso de mi mano—. Me desafías, me haces ver las cosas de manera diferente. Me haces sentir protector. Y puede que no lo hayas notado, pero NECESITO verte a menudo. Te has metido bajo mi piel, conejita.

El calor de su toque se extiende por mi brazo, mezclándose con el resplandor del vino. —Bueno, tú me haces... No sé, sentirme más viva, supongo. Protegida. Más feliz. Como si todo fuera más brillante, más nítido —digo, en términos de artista.

Levanta una ceja. —¿Incluso mis ronquidos?

Suelto una risita, casi atragantándome con un bocado de pescado perfectamente cocinado. —Especialmente tus ronquidos. Es más como una canción de cuna.

La risa de Gabriel llena el espacio entre nosotros, fácil y genuina. No se ríe muy a menudo y es un buen sonido. Por un momento, el resto del restaurante se desvanece, dejándonos solo a nosotros dos en nuestra pequeña burbuja.

Llega el postre, una creación tan decadente que gimo con el primer bocado. Gabriel me observa, con una sonrisa divertida en su rostro. —¿Tan bueno, eh?

—Mejor —logro decir entre bocados—. Tienes que probar esto.

Le ofrezco una cucharada, y nuestros dedos se rozan de nuevo, enviando esa familiar descarga de energía a través de mí. Verlo probar el postre, con sus ojos fijos en los míos, se siente extrañamente íntimo, un momento compartido que es más que solo comida.

Mientras la comida llega a su fin, Gabriel llama al camarero y firma la cuenta con un floreo. Le envía un mensaje a su chofer.

—¿Lista para irnos? —pregunta, poniéndose de pie y ofreciéndome su mano.

La tomo, sintiendo la ya familiar oleada de anticipación. —Guía el camino, Romeo. —Él sonrío ante eso.

Afuera, el aire se ha vuelto más fresco, los ruidos de la ciudad amortiguados por la hora. El auto de Gabriel llega para nosotros, para llevarnos a su casa.

El viaje es tranquilo, un silencio cómodo que se siente como una promesa. Cuando llegamos a su edificio, toma mi mano, ayudándome a salir del auto y me guía adentro, su gran mano sosteniendo la mía protectoramente.

El viaje en ascensor hasta su ático está lleno de una energía sexual que no tiene nada que ver con los nervios y todo que ver con lo que ambos sabemos que viene, y lo que ambos queremos. Cuando las puertas se abren, no suelta mi mano, tirando suavemente de mí tras él.

En el interior, el ático está a oscuras excepto por las luces de la ciudad que se filtran a través de los ventanales del suelo al techo. Gabriel me conduce al sofá, pero ninguno de los dos se sienta. En cambio, nos quedamos de pie, frente a frente, con la ciudad como testigo silencioso del momento que se desarrolla entre nosotros.

—Te necesito —dice Gabriel, con voz grave.

Alzo la mano, mis dedos recorriendo la línea de su mandíbula.

Y entonces me besa, un beso lento y profundo que dice más que las palabras. Mis dedos se enredan en su cabello oscuro y espeso mientras le devuelvo el beso, desvaneciendo todos los pensamientos sobre la cena, la ciudad y todo lo demás hasta que no queda nada más que la sensación de él, su sabor, la innegable certeza de que esto es lo correcto. Mi necesidad por él me llena por completo.

Cuando finalmente nos separamos, sin aliento, los ojos de Gabriel buscan los míos.

—Te quiero en mi cama —dice, no como una pregunta sino como una súplica.

No hay decisión que tomar, en realidad.

—Sí —susurro, y su sonrisa es como el amanecer.

Con una sonrisa pícara, toma mi mano y me conduce al dormitorio, donde comienza a besarme de nuevo, sus manos recorriendo mi cuerpo y tirando suavemente de mi ropa, como si quisiera arrancármela pero se estuviera conteniendo.

—No lo hagas —le suplico.

—¿Que no haga qué? —susurra en mi oído mientras sus labios encuentran el punto sensible de mi cuello.

—No te contengas.

Me mira y, con un pequeño gruñido, sus labios vuelven a mi cuello, pero con más ferocidad. Sus dientes muerden suavemente la piel, enviando oleadas de éxtasis por todo mi cuerpo y haciendo que mi centro palpite por él.

Giro en sus brazos, dándole acceso a la cremallera de mi vestido, que baja antes de tirar de él, dejándolo caer a mis pies, revelándole que he optado por no llevar nada debajo.

Gime y cae de rodillas, arrastrando sus labios por mi torso mientras lo hace. Luego, como si estuviera hambriento de mí, levanta mi pierna sobre su hombro para abrirme para él y presiona su rostro contra mi sexo.

Se me corta la respiración cuando juega con mi clítoris con su lengua, y luego la hunde dentro, lamiendo y succionando hasta que creo que voy a explotar. La sensación es demasiado buena para soportarla.

—Más —suplico—. Más.

—Tendrás más —promete, y bajo la mirada para ver que se ha desabrochado el botón y la cremallera y se está acariciando dentro de sus pantalones, añadiendo un nuevo nivel de calor al fuego que arde entre mis piernas. Me excita verlo hacer esto mientras su lengua trabaja en mí. Pienso en el gran miembro que estará dentro de mí, cómo se siente, el placer que me dará - mi primer orgasmo de la noche. Mi clítoris se tensa de placer y hormiguea, y me dejo llevar, experimentando los sentimientos de deseo y anticipación.

Clavo mis uñas en sus hombros mientras ola tras ola de orgasmo se estrella repentinamente sobre mí. Grito mientras me corro, aferrándome a Gabriel como si me fuera la vida en ello mientras continúa dándome placer con su lengua y sus dedos, empujándome cada vez más alto hasta que siento que mi clímax finalmente comienza a desvanecerse.

Baja mi pierna pero no me suelta.

—Quiero mostrarte algo, hacerte algo —dice con cierta urgencia, tomando mi mano una vez más y llevándome a la cama.

Me acuesta en el centro, luego se mueve hacia el cabecero, donde alcanza debajo del colchón y saca unas ataduras que obviamente están unidas a la cama, una en cada esquina.

—¿Me dejarás tomar el control total, Sophia? —pregunta Gabriel ferozmente en un ronroneo bajo.

Mi corazón se hincha de anticipación, con emoción mezclada con un poco de miedo. Veo el puro deseo sexual brillando en sus ojos y su miembro duro y grande. Mi clítoris palpita de excitación.

—Sí.

—Buena chica.

Nunca antes me han atado durante el sexo, y la sensación es nueva y emocionante.

Ajusta las ataduras con fuerza alrededor de mis muñecas y tobillos, asegurándolas en su lugar. Me quedo quieta, sintiendo cómo crece la anticipación dentro de mí, sabiendo que Gabriel me tendrá muy pronto. Sabiendo que él tomará su placer y que el mío está creciendo. Tiro un poco

de las ataduras, añadiendo emoción.

Se sienta a horcajadas sobre mi pecho, acercándose lo suficiente como para que pueda sentir la dureza de su miembro presionado contra mi esternón. Mientras se cierne sobre mí, sus dedos recorren mi rostro hasta mi barbilla, que tira suavemente hacia abajo, abriendo mi boca.

—Quiero que me tomes en tu boca —agarra su miembro y lo acaricia justo frente a mi cara.

—Sí, señor —digo, las palabras apenas más que un suspiro. Este es el momento más erótico de mi vida.

Quiero que me folle, pero en su lugar me está pidiendo que le dé placer, y confiando en mí para darle lo que necesita.

Desliza su miembro dentro de mi boca. Siento su pene palpitando y lo oigo gruñir y gemir mientras muevo mi lengua y mis labios sobre él. Mientras lo succiono lentamente y gimo mientras lo hago.

—Oh, sí —lo oigo susurrar—. Mmm —gime mientras trabajo en su miembro, atada debajo de él.

La sensación de su miembro allí es abrumadora, un placer tan intenso que me deja mareada. Él me está controlando, pero yo estoy controlando su placer.

Sus caderas se mueven más rápido, y mi lengua sigue el mismo ritmo, ansiosa por llevarlo al éxtasis.

De repente, se detiene, embistiendo una vez antes de retirarse por completo. Se mueve más abajo para capturar mis labios en un beso ardiente.

—Para nuestro siguiente acto... —dice, moviéndose hacia la mesita de noche y sacando un largo dispositivo blanco con una bola en el extremo.

Una Magic Wand.

Joder...

Mis piernas comienzan a temblar antes incluso de que la encienda. Luego saca tiras de tela. Una la ata alrededor de mi muslo, atando el vibrador a mí de modo que queda presionado contra mi clítoris sin que él tenga que sostenerlo, y la otra tira de tela la coloca sobre mis ojos, vendándome. Ahora siento todo con más intensidad. Todos mis sentidos están agudizados.

—¿Estás bien? —susurra profundamente, sus labios contra mi oreja.

—Sí... —gimo, desesperada por más mientras siento las lentas vibraciones provocando placer. Nunca había estado tan mojada o tan excitada. Muevo mis caderas arriba y abajo para jugar con el vibrador, moviendo sus vibraciones por varias partes de mi coño.

De repente, está sobre mi pecho otra vez, su longitud de vuelta en mis labios. Abro la boca y en el momento en que su punta toca mi lengua, siento que cambia el vibrador a una velocidad más

alta.

Las sensaciones son irreales. El placer del juguete en mi clítoris mientras su polla se mueve en mi boca, todo mientras estoy completamente a su merced, atada y con los ojos vendados, es lo más sexualmente libre que me he sentido, a pesar de estar inmovilizada.

Mis brazos y piernas están restringidos, pero no mi pelvis. Empiezo a empujar hacia adelante y hacia atrás con el vibrador, creando deliciosas sensaciones.

Se mueve dentro de mi boca con propósito, aumentando lentamente la velocidad, y de repente no puedo evitar gemir, incapaz de controlar mis reacciones por más tiempo.

Con fuegos artificiales explotando detrás de mis ojos, me corro de nuevo, muy fuerte. Todo mi cuerpo tiembla mientras siento el vibrador haciendo su trabajo implacable y mi boca tomando la polla de Gabriel y dándole un placer profundo. La intensidad de mi orgasmo parece interminable.

Finalmente, libera mi boca y deja que el vibrador continúe mi clímax sin fin. Lo oigo gruñir de placer profundo mientras observa.

Cuando el orgasmo finalmente se desvanece, detiene el vibrador y lo quita. Sin desatar la tela alrededor de mis ojos, deshace las ataduras de mis piernas y las levanta. Un segundo después, siento su polla presionando contra mi entrada.

—¿Estás lista para que te folle? —pregunta.

—Dios, sí, ¡ahora! —suplico—. Por favor, fóllame hasta que no pueda soportarlo más.

—Como desees —gruñe, antes de presionar hacia adelante, llenándome de una sola embestida con su enorme polla.

Me arqueo hacia arriba, tratando de conseguir más de él dentro de mí, pero no es posible. Mis músculos internos se aprietan a su alrededor, obligándolo a salir casi por completo antes de volver a entrar. Estoy tan mojada, chorreando.

Es un proceso lento, tortuoso, pero oh tan placentero, y me encuentro gimiendo involuntariamente. Mis caderas se mueven frenéticamente mientras continúa empujando dentro de mí, llevándome más cerca de mi tercer clímax de la noche.

—Córrete para mí, Sophia —exige, levantando sus caderas para hundirse más fuerte en mí.

Grito, y el sonido resuena por la habitación. Un segundo después, siento que sus movimientos se vuelven erráticos, y sé que él también está cerca.

—Lléname, fóllame —digo entre jadeos y resoplidos—. Córrete duro dentro de mí.

Y entonces él gime, levantando sus caderas para embestir una vez más. Mi clítoris aún está vivo por el vibrador, sumándose a las sensaciones de su polla en mí ahora. La sensación de él corriéndose dentro de mí, cubriendo mis paredes internas con su semen, me lleva al límite, y un

grito escapa de mi garganta. Cabalgo la ola de éxtasis hasta que pasa, dejándome débil y satisfecha y totalmente alucinada. Mi clítoris se siente al rojo vivo y aún palpita.

Gabriel se desploma sobre mí. Después de unos momentos, me libera de las ataduras y me quita la venda de los ojos. Envuelvo mis brazos alrededor de él, amando la sensación de su calor contra mí.

—Maldición, Gabriel... —digo sin aliento—. Eso fue...

—Increíble —termina por mí en voz baja y sin aliento.

Nos quedamos en los brazos del otro, envolviendo nuestros cuerpos juntos mientras el subidón comienza a disminuir y nos sentimos entrelazados como uno solo.

Después de un rato, Gabriel se pone de pie, extendiéndome su mano. —Ven, vamos a limpiarte —dice, su voz un eco tierno en el vasto espacio de su ático.

Tomo su mano, sintiendo una mezcla de agotamiento y euforia, cada músculo de mi cuerpo zumbando por las actividades de la noche. Me lleva al baño, donde la luz parpadea, revelando una gran y lujosa bañera ya llena de agua humeante, con burbujas espumosas en la superficie. El aroma a lavanda llena el aire, calmante y vigorizante a la vez.

—¿Planeaste esto? —pregunto, genuinamente sorprendida por la previsión.

Él sonríe y un sonido bajo sale de su garganta que envía escalofríos por mi columna. —Tal vez —admite, con un brillo juguetón en sus ojos—. Tener un ayudante ayuda. Pensé que podrías necesitar algo de mimos.

No puedo evitar sonreír, conmovida. Este hombre tiene capas, cada una más intrigante que la anterior. Me ayuda a entrar en la bañera, sus manos suaves pero firmes, un contraste con el fervor de nuestros encuentros anteriores. Mientras me hundo en el cálido abrazo del agua, un suspiro se me escapa, el calor se filtra en mis músculos, desatando la tensión que se había asentado allí.

Gabriel se arrodilla junto a la bañera, desnudo, con las manos sumergiéndose en el agua para recoger calidez y derramarla sobre mis hombros. La acción, tan simple pero tan íntima, hace que mi corazón se hinche. Aquí hay un hombre que puede llevarme a las alturas de la pasión y luego cuidarme con el toque más suave. Sus ojos oscuros y rizos desordenados son entrañables y sexy como el infierno.

—¿Se siente bien, conejita? —pregunta, su voz baja, casi un susurro contra el telón de fondo del suave chapoteo del agua.

—Increíble —murmuro, cerrando los ojos para sumergirme completamente en la sensación, en el momento. Gabe continúa bañándose, sus manos ocasionalmente rozando mi piel, enviando ondas de placer a través del agua y mi cuerpo por igual.

—Entra conmigo —suplico.

Él se sube y se sienta frente a mí. Ambos nos recostamos, nuestras piernas tocándose, cómodos en el agua caliente y relajante.

Empezamos a hablar un poco, mientras suena una música suave de jazz de fondo. Tiene altavoces en el techo de muchas habitaciones, incluida esta. Charlamos sobre música y arte y Per Se, e, inevitablemente, sobre mi padre. Gabriel escucha mientras expreso mis sentimientos una última vez como una especie de purga, liberándome al fin del dolor y la traición.

—Está jodido, ¿no? —digo, las palabras amortiguadas por el vapor—. Cómo alguien que se supone que te ama, ya sabes, un padre, puede simplemente... lastimarte así.

La mano de Gabriel se detiene en el agua, y cuando abro los ojos, veo la seriedad en su mirada. —Sí, lo está. Pero ya no estás sola, no más. Te tengo.

La sinceridad en su voz es suficiente para derribar cualquier muro que aún tuviera levantado. — Lo sé —respondo, mi voz firme a pesar de la emoción que crece dentro de mí—. Y yo también te tengo a ti.

Capítulo dieciséis

Gabriel

Observo a Sophia desde el otro lado de la habitación, sus movimientos dulces e inciertos mientras empaca una maleta para nuestra escapada de fin de semana. La idea de llevármela lejos surgió en un arrebato de inspiración, una necesidad de desconectarnos del mundo que conocemos y explorar las profundidades de nuestro vínculo en soledad.

Estoy entre acuerdos de inversión y siento la necesidad de estar a solas con Sophia.

—¿Un bikini es demasiado optimista? —me pregunta, sosteniendo un trozo de tela brillante que capta la luz.

Me río, apoyándome en el marco de la puerta.

—Considerando adónde vamos, diría que es perfectamente apropiado.

Sus cejas se fruncen de esa manera adorable cuando está desconcertada.

—¿Y todavía no me vas a decir dónde es eso?

—Es una sorpresa —le recuerdo, disfrutando de la intriga y su creciente emoción. Hay algo emocionante en mantenerla en suspenso, en ser el arquitecto de una aventura que es solo para nosotros.

Mientras cierra su maleta, siento una oleada de anticipación. Este viaje no es solo una escapada; es un testimonio de mis sentimientos por ella, una oportunidad para profundizar nuestra conexión lejos del ruido de la ciudad y las sombras de nuestros pasados. Esto es parte de mis nuevos comienzos, lo que decidí cuando conocí a Sophia —de hecho, justo antes de conocerla. Sabía que necesitaba un cambio. Y ahora lo estoy viviendo.

—Bien, estoy lista —declara, con una mezcla de resignación y entusiasmo en su voz—. Pero si terminamos en el Ártico o en el Monte Everest, te haré personalmente responsable.

Me hace reír. Agarro su maleta y la guío hacia el coche que nos espera abajo.

—Confía en mí, no necesitarás botas de nieve adonde vamos.

El viaje al aeropuerto está lleno de sus intentos por adivinar nuestro destino. Esquivo cada conjetura con respuestas vagas y desvíos, deleitándome en el jugueteo que se ha convertido en la piedra angular de nuestra relación.

Cuando llegamos a la terminal privada, sus ojos se agrandan al darse cuenta.

—¿Un jet privado? —pregunta, con un toque de incredulidad en su tono.

—Solo lo mejor para nosotros —digo, guiándola al interior donde la tripulación espera para darnos la bienvenida a bordo.

Mientras nos acomodamos en los lujosos asientos, la realidad de nuestra partida parece golpearla.

—Esto está pasando realmente, ¿verdad? —murmura, mirando por la ventana mientras los motores comienzan a zumbir.

Tomo su mano, apretándola suavemente.

—Sí, y te lo mereces, conejita.

El vuelo es suave, el mundo se encoge debajo de nosotros mientras ascendemos más alto en el cielo. Estamos en nuestra burbuja privada, a kilómetros de todo y de todos. Es liberador, esta sensación de desapego, de estar suspendidos entre nuestras vidas en Nueva York y la promesa del paraíso.

—Me alegro de que estés aquí conmigo —le digo, significando cada palabra. El viaje que estamos haciendo no se trata solo de la distancia física que estamos recorriendo; se trata de explorar los territorios inexplorados de nuestros corazones.

Ella apoya su cabeza en mi hombro, su cuerpo relajándose contra el mío, sus rodillas dobladas en una pequeña curva mientras se apoya contra mi regazo.

—Yo también —susurra, y la simplicidad de sus palabras me llena de una calidez que rivaliza con el sol que nos espera.

Las horas pasan con nosotros perdidos en la conversación, risas y silencios cómodos. Es como si cuanto más nos acercamos a nuestro destino, más cercanos nos volvemos, capas que se desprenden para revelar la cruda verdad de nuestros sentimientos el uno por el otro.

Cuando el piloto anuncia nuestra aproximación, Sophia se endereza, su curiosidad picada.

—Entonces, ¿me vas a decir ahora? ¿Adónde vamos?

Sonrío, el secreto casi demasiado bueno para guardarlo por más tiempo.

—Mustique. Una isla privada especial en el Caribe.

Su reacción es todo lo que esperaba: sorpresa, alegría y un toque de asombro.

—¿Mustique? Eso es... ni siquiera tengo palabras.

—Esa es la idea —digo, observando cómo la isla aparece a la vista debajo de nosotros. Las aguas turquesas, la exuberante vegetación... es como salido de un sueño, un telón de fondo perfecto para lo que espero sea un hito en nuestra relación.

Cuando aterrizamos y bajamos del jet, el cálido aire tropical nos abraza, un marcado contraste

con el fresco otoño que dejamos atrás. Sophia mira alrededor, sus ojos absorbiendo todo con el agudo interés de una artista.

—¡Esto es hermoso! Mira los ricos colores por todas partes —exhala, su mano apretando la mía. Es la artista en ella la que inmediatamente nota los ricos colores. Me encanta cómo funciona su mente. Y estoy obsesionado con su cuerpo, con lo que puedo hacerle. Lo que hace por mí.

Solo puedo asentir, la belleza del lugar reflejada en sus ojos. Este fin de semana se trata de nosotros, de crear y forjar recuerdos y lazos que resistirán las pruebas del tiempo y las circunstancias.

Un coche nos lleva a nuestro destino. Somos recibidos por el personal de la villa que alquilé, sus sonrisas acogedoras y genuinas. Mientras nos guían a través de exuberantes jardines hacia nuestro hogar temporal, la emoción de Sophia es palpable, su energía contagiosa.

La villa en sí es un refugio de tranquilidad y lujo, un lugar donde el tiempo parece ralentizarse, invitándonos a saborear cada momento. Observo mientras Sophia explora, su deleite en los detalles —una flor floreciendo junto al camino, la vista desde la terraza, la piscina infinita que parece fundirse con el mar más allá— recordándome por qué me enamoré de ella.

—Esto es el paraíso —dice, volviéndose hacia mí con una sonrisa que ilumina su rostro—. Nunca antes había estado en el Caribe, ni en ningún lugar tropical. ¡Esto es increíble!

—Lo es —estoy de acuerdo, atrayéndola a mis brazos—. Y es todo nuestro para el largo fin de semana.

Mientras estamos allí, envueltos en el abrazo del otro, espero que este viaje sea un viaje al corazón de lo que somos juntos, una exploración del amor que nos une, más fuerte y más profundo de lo que jamás imaginé.

Mientras el sol se hunde bajo el horizonte, pintando el cielo con tonos naranja y rosa, guío a Sophia por un sendero bordeado de antorchas parpadeantes que proyectan sombras en la arena. El sonido de las olas rompiendo suavemente contra la orilla llena el aire, mezclándose con la anticipación que se respira entre nosotros. Nos dirigimos hacia una sorpresa que he preparado— una cena a la luz de las velas en la playa, solo para nosotros dos.

La playa es impresionante bajo el crepúsculo, con el Mar Caribe extendiéndose hasta el infinito. Una mesa está dispuesta cerca de la orilla del agua, las velas brillan suavemente, su luz bailando en los ojos de Sophia, haciéndolos brillar de emoción.

—Guau, esto es... esto es jodidamente hermoso —dice ella, su habitual elocuencia reemplazada por un genuino asombro.

No puedo evitar sonreír ante su reacción. —Pensé que te gustaría, conejita.

Nos sentamos, nos quitamos los zapatos con la arena fría y suave bajo nuestros pies. La mesa está puesta con una variedad de platos, cada uno más tentador que el anterior, con un chef privado cerca listo para atender todos nuestros caprichos. Pero no es la comida ni el entorno lo

que hace que mi corazón se acelere—es la mujer sentada frente a mí, su belleza iluminada por la luz de las velas.

Levanto una copa de champán y ella se une a mí. —Por ti, y por nosotros —digo simplemente. Chocamos las copas y damos un sorbo, comenzando nuestra velada.

Mientras empezamos a comer, la conversación y las bromas fluyen fácilmente entre nosotros. Hablamos de todo como siempre lo hacemos. Nunca tuve una relación en la que pudiéramos hablar tan fácilmente de todo. Tal vez yo no era lo suficientemente abierto, o tal vez las mujeres que elegí eran equivocadas, no del tipo que comparte. Ella me pregunta más sobre mi infancia, mis días de universidad y mis primeros grandes negocios. La entretengo con historias.

Sophia ahora comparte divertidas anécdotas de su infancia en Kansas, luego más sobre sus sueños de convertirse en artista, y los miedos. Las emociones que atravesó para llegar a donde está ahora. Escucho, pendiente de cada palabra, encontrándome cada vez más enamorado de la profundidad de su alma.

—Nunca pensé que encontraría a alguien que me entendiera, ¿sabes? —dice ella, su voz suave contra el sonido del mar—. Alguien que no solo ve a la artista, sino a la persona detrás del arte.

Extiendo la mano a través de la mesa, tomando la suya. —Te veo, Sophia. Toda tú. Y estoy jodidamente asombrado por lo que veo. Cada maldito día.

Ella aprieta mi mano, una sonrisa rozando sus labios. —Y yo te veo a ti, Gabriel. No solo al multimillonario, no solo al empresario, sino al hombre que es apasionado, que comparte y protege, que se preocupa. El hombre que se trata de amar profundamente.

La conexión entre nosotros se profundiza con cada palabra, cada secreto compartido. Es como si el resto del mundo se desvaneciera, dejándonos solo a nosotros dos, desnudos el uno ante el otro de una manera que es a la vez emocionante y aterradora. Ella me hace querer ser una mejor persona. Necesito ser una mejor persona, y siento que hay un horizonte abriéndose para mí gracias a ella.

Después de la cena, caminamos por la playa, la arena fría bajo nuestros pies, las estrellas en lo alto como un dosel de luz. El sonido de las olas es hipnótico, su flujo y reflujo. El aire nocturno es cálido, envolviéndonos como una manta. Me detengo, volviéndome hacia Sophia, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho.

—Estar aquí contigo me ha hecho darme cuenta de algo —digo, mi voz apenas por encima de un susurro.

—¿Qué es? —pregunta ella, su mirada fija en la mía.

—Que quiero esto. Nosotros. Más que nada. —Las palabras se sienten como un salto a lo desconocido, pero con Sophia, no tengo miedo de caer.

Ella se acerca más, envolviendo sus brazos alrededor de mi cintura. —Yo también nos quiero, Gabriel. Más de lo que he querido nunca nada. Nunca pensé que querría a un hombre, que

confiaría en un hombre.

Nuestros labios se encuentran, el beso una promesa, una declaración. Es apasionado y tierno a la vez, un reflejo de las emociones que se arremolinan dentro de nosotros. Mientras nos separamos, sin aliento, sé que este momento, esta conexión, es algo que atesoraré para siempre.

Despertar con el sonido de las olas y la suave respiración de Sophia a mi lado es un lujo que nunca supe que necesitaba. La noche anterior, un testimonio apasionado de nuestra conexión, aún persiste en el aire, un recordatorio de cuán profundamente entrelazadas se han vuelto nuestras vidas. Cuando los primeros rayos de sol se filtran a través de las cortinas, me desentraño suavemente del calor de nuestro abrazo, con cuidado de no despertarla.

El personal ya ha sido informado sobre la sorpresa del desayuno en la cama. Me pongo algo de ropa y salgo a encontrarme con ellos, la emoción por los planes del día burbujeando bajo la superficie. La cocina de la villa es un hervidero de actividad, los deliciosos aromas de la comida cocinándose y el café llenando el aire.

—Todo se ve fantástico —le digo al chef, que sonríe con orgullo. Le entrego una generosa propina, una pequeña muestra de mi aprecio por los esfuerzos para hacer esta mañana especial.

Con la bandeja del desayuno en la mano, cargada con una variedad de frutas, tostadas francesas, huevos revueltos, scones y una humeante cafetera, me dirijo de vuelta al dormitorio. Sophia está apenas despertándose, las sábanas enredadas a su alrededor de una manera que hace que mi corazón se salte un latido.

—Buenos días —digo, mientras coloco la bandeja en la mesita de noche.

Ella se estira, una lenta sonrisa extendiéndose por su rostro. —Buenos días. ¿Qué es todo esto? —Sus ojos se abren de par en par al ver el festín frente a ella—. Estoy muerta de hambre —admite, sentándose y tirando de la sábana a su alrededor.

—¡Qué festín! —exclama.

Nos lanzamos al desayuno, la comida aún más deliciosa por la compañía. Sophia devora un scone y disfruta del café, su entusiasmo es contagioso. Luego añade sirope a las tostadas francesas. —Esto está increíble —dice, con la voz amortiguada por la comida.

La observo comer, la simplicidad del momento, de compartir el desayuno en la cama, sintiéndose más íntimo de lo que podría haber imaginado. —Me alegro de que te guste —respondo, alcanzando una taza de café y algunos huevos.

Mientras comemos, el cómodo silencio entre nosotros se llena de miradas compartidas y suaves toques, una conversación silenciosa que habla volúmenes sobre la profundidad de nuestros sentimientos el uno por el otro.

Finalmente, mientras nos recostamos contra las almohadas, saciados y contentos, Sophia se

vuelve hacia mí, con un brillo curioso en sus ojos. —Entonces, ¿qué hay en la agenda para hoy? —pregunta, su voz impregnada de emoción.

No puedo evitar sonreír ante su entusiasmo. Los planes del día, una serie de sorpresas cuidadosamente orquestadas, prometen ser tan memorables como la noche anterior. —Ya verás, conejita —digo, la anticipación creciendo entre nosotros.

Ella entrecierra los ojos juguetonamente. —Eso no es una respuesta —me provoca, pero hay un brillo en su mirada que me dice que está disfrutando del misterio.

—Solo confía en mí —le aseguro, mi mente ya en las aventuras que nos esperan—. Va a ser un día especial.

Capítulo diecisiete

Sophia

Todavía estoy emocionada por el desayuno en la cama; en realidad, estoy emocionada por todo desde que aterrizamos en este pedazo de paraíso. La mano de Gabriel es fuerte y segura en la mía mientras nos dirigimos a la playa, la arena suave y cálida bajo mis pies descalzos. Puedo oír las olas lamiendo suavemente la orilla, un sonido rítmico y relajante.

Caminamos una milla o más por la playa, admirando las aguas cristalinas, las nubes blancas y esponjosas en el cielo, las gaviotas revoloteando, y las hermosas plantas y árboles que salpican la playa. Respiro profundamente, saboreando el aire salado. Es un paraíso.

El sol de la mañana es caluroso.

—Vamos a nadar. Ven —dice, tirando de mí hacia el agua y salpicando en las olas.

El agua es deliciosa y nadamos, flotamos y nos besamos en el agua. Las nubes blancas y esponjosas flotan sobre nosotros y oigo gaviotas.

Volvemos a la playa y dejamos que el sol nos seque mientras continuamos nuestro paseo por la orilla.

Al doblar una curva más adelante, aparece a la vista un toldo blanco, ondeando suavemente con la brisa del final de la mañana. Debajo, hay dos camillas de masaje instaladas, una al lado de la otra, como si fueran sacadas directamente de una revista de viajes de lujo. Mi boca se abre de sorpresa.

—¿Vamos a recibir un masaje? ¿En la playa? —No puedo ocultar el asombro en mi voz.

Sonríe, claramente complacido consigo mismo.

—Sí, relajación en la playa, su alteza —dice, con un brillo en los ojos.

Los masajistas nos saludan con cálidas sonrisas, su presencia es tranquila y profesional. Nos entregan unas batas blancas y mullidas que nos ponemos. El aire está impregnado con el aroma a coco y sal marina, una fragancia embriagadora. Veo un delfín cuando miro hacia el agua.

Mientras me acuesto en la camilla, sin la bata, el sonido del mar se vuelve aún más pronunciado, una sinfonía natural que es a la vez relajante y vigorizante. Las manos del masajista son hábiles, deshaciendo los nudos de mis músculos con una suavidad casi reverencial. Gabe está a mi lado, y aunque no lo mire, puedo sentir su relajación, la tensión de su estilo de vida siempre activo desapareciendo bajo el toque experto del masajista.

El masaje es sensual, la combinación de las manos suaves, el aroma de los aceites y el sonido de las olas despierta algo profundo dentro de mí. La mano de Gabriel encuentra la mía, nuestros dedos se entrelazan de forma natural. Incluso en la relajación, la conexión entre nosotros es

palpable, un hilo tangible que nos une.

Después de lo que parece a la vez un momento y una eternidad, el masaje llega a su fin. Nos sentimos ágiles, con la piel radiante y nuestros cuerpos imbuidos de una sensación de calma. Es una experiencia lujosa, una que desearía que durara para siempre. Los masajistas nos dan agua fresca con pepino y nos hacen sentar en cómodas sillas frente a las olas.

—Relájense, hidrátense y disfruten de la vista —dicen.

Nos sentamos uno junto al otro, disfrutando de las olas de la playa, sintiendo los efectos del masaje en nuestros cuerpos.

Gabriel tiene más planes. Por fin, me ayuda a ponerme de pie, su toque es suave pero lleno de promesas.

—¿Lista para lo que sigue? —pregunta, con voz baja y tentadora.

Asiento, la emoción recorre mi cuerpo. Gabriel me lleva por la playa hasta donde nos esperan dos motos acuáticas en la orilla. Mi corazón da un salto ante la vista. Nunca he montado en una antes, pero la emoción de probar algo nuevo, especialmente con Gabriel, enciende una chispa de anticipación dentro de mí.

Me da una rápida explicación sobre cómo manejar la moto acuática, sus instrucciones son claras y concisas. Luego, con una sonrisa traviesa, añade:

—Veamos quién puede hacer el mayor chapoteo.

Arrancamos, los motores rugiendo bajo nosotros. La velocidad es emocionante, el viento azota mi cabello mientras nos deslizamos por la superficie del agua. Gabriel va adelante, pero no tardo en alcanzarlo, el filo competitivo entre nosotros se aviva mientras zigzagueamos y nos lanzamos sobre las olas.

Las risas y los gritos llenan el aire, un sonido alegre que se lleva el viento. Corremos, perseguimos y jugamos, el rocío salado refresca nuestra piel calentada por el sol. Es la libertad en su forma más pura, el tipo de alegría embriagadora que surge al compartir una aventura con alguien que amas.

Eventualmente, reducimos la velocidad, deteniéndonos suavemente en una cala apartada. El agua aquí es cristalina, tonos de turquesa y azul se funden en una paleta impresionante. Gabriel apaga el motor de su moto acuática y se acerca a la mía, su mirada suave pero intensa.

—¿Te estás divirtiendo? —pregunta, aunque la respuesta es evidente en mi amplia sonrisa y mejillas sonrojadas.

—Absolutamente —respiro, mi corazón aún acelerado por la emoción del paseo—. Esto es muy divertido.

Nos quedamos allí por un momento, flotando en el suave oleaje, el mundo a nuestro alrededor es

una postal de belleza natural. Es un momento de paz, una pausa en el torbellino de nuestras vidas. Gabriel se acerca, su mano rozando la mía, un simple toque que dice mucho.

Mientras regresamos, el sol sube más alto en el cielo, su calor es una suave caricia en nuestra piel. Las aventuras de la mañana nos han dejado eufóricos y conectados en un nuevo nivel, una experiencia compartida que es a la vez emocionante e íntima.

De vuelta en la orilla, desembarcamos, nuestras piernas inestables por el paseo pero nuestros espíritus se elevan. Gabriel me rodea con un brazo mientras nos dirigimos de vuelta a la villa, la promesa del resto del día es una incógnita emocionante que estamos ansiosos por explorar juntos.

Después de relajarnos en la villa y tomar un almuerzo ligero en la terraza, dormimos junto a la piscina y nos dimos unos cuantos chapuzones, disfrutando del sol y bronceando un poco nuestra piel. Luego nos damos cuenta de que es media tarde y pronto se pondrá el sol.

Cuando el sol comienza su descenso, pintando el cielo en tonos naranja y rosa, toma mi mano y me lleva hacia la orilla. La arena está fresca bajo nuestros pies, un suave contraste con el calor del día. Caminamos en un silencio cómodo, de ese tipo que solo se da cuando estás completamente a gusto con alguien.

Gabe me guía alrededor de un afloramiento de rocas, hacia un lugar que no había notado antes. Es una pequeña cueva, escondida como si fuera un secreto destinado solo para nosotros. La entrada es baja, y me ayuda a entrar, su mano firme en mi espalda. El sonido de las olas resuena a nuestro alrededor, un ritmo relajante que parece ser parte de la cueva misma.

En el interior, hay un saliente, y me sube a él con una facilidad que me estremece. Desde aquí, puedo ver el sol poniéndose a través de la abertura de la cueva, la vista enmarcada perfectamente por los bordes escarpados de la cueva. Es impresionante, el tipo de belleza que te roba el aliento y se graba en tu memoria.

—Impresionante —susurro, incapaz de apartar los ojos de la espectacular puesta de sol.

Se sienta a mi lado, lo suficientemente cerca como para sentir el calor de su cuerpo.

—Pensé que te gustaría —dice en voz baja.

Mientras vemos el sol descender cada vez más entre colores brillantes, pronto se hunde bajo el horizonte. Me apoyo en Gabriel, sintiendo una sensación de paz. Sin embargo, una vez que el sol se ha ido, el cielo comienza a oscurecerse, y no puedo evitar sentir un destello de aprensión.

—¿Deberíamos volver? —pregunto, pensando en el camino de regreso en la oscuridad y qué tipo de vida marina podría estar más activa después del atardecer.

—Todavía no —dice, con voz tranquilizadora—. No te preocupes, conejita.

Asiento, acomodándome de nuevo contra él. El calor de su brazo alrededor de mis hombros me hace sentir segura, a pesar de la creciente oscuridad. Y entonces, cuando el crepúsculo se asienta, jadeo. Las paredes de la cueva comienzan a brillar, una luz suave y etérea que parece provenir del interior de la roca misma.

—¿Qué es esto? —susurro, con los ojos muy abiertos mientras observo las algas luminosas que cubren las paredes de la cueva en patrones de luz.

—Es bioluminiscencia —explica—. Quería mostrártelo.

La cueva se transforma, las algas brillantes bañan todo con una luz mágica. Se siente como si hubiéramos entrado en otro mundo, uno iluminado por estrellas que cayeron del cielo para encontrar un hogar en estas paredes. Estoy cautivada, mi anterior aprensión totalmente olvidada ante esta maravilla inesperada.

Nos sentamos allí en silencio, dejando que la belleza del momento nos envuelva. Es algo raro, encontrar algo que se siente completamente nuevo y profundamente familiar al mismo tiempo. Pero eso es lo que es esto: un momento que parece pertenecernos, un recuerdo mágico que estamos creando juntos.

Finalmente, se levanta, ofreciéndome su mano.

—¿Lista para volver? —pregunta, con voz suave.

Tomo su mano, asintiendo.

—Sí.

Pero mientras salimos de la cueva y regresamos a la playa, me encuentro mirando hacia atrás, sin querer dejar atrás el brillo mágico.

Él lo nota, apretando mi mano.

—Podemos volver —promete.

De vuelta en la villa, el calor del interior nos envuelve como un abrazo reconfortante. La noche aún es joven, y el aire está cargado con una sensación de anticipación. Me lleva de la mano, con una sonrisa conocedora en sus labios, insinuando otra sorpresa.

Nos detenemos frente a una puerta a la que no había prestado mucha atención antes. Con un floreo, la abre, revelando una habitación bañada en luz suave, repleta de una variedad de materiales de arte que haría que el corazón de cualquier artista se acelerara. Lienzos, pinturas, pinceles y más, todo dispuesto como si estuviera esperando que la inspiración golpeará.

—Pensé que podrías disfrutar esto —dice, señalando la abundancia ante nosotros—. Me encanta verte trabajar.

Estoy sorprendida, una mezcla de emoción y nervios revolotea en mi estómago.

—¿Quieres que pinte? ¿Ahora? —Mi voz es una mezcla de incredulidad e intriga.

Asiente, sus ojos brillando con genuino interés.

—Sí, si te sientes inspirada. Sorpréndeme.

Entro en la habitación, la energía creativa del espacio envolviéndome. La idea de pintar aquí, con él como mi audiencia, es tanto intimidante como emocionante. Empiezo a preparar, mis manos moviéndose casi por sí solas mientras selecciono mis materiales.

—¿Qué pintar? —reflexiono en voz alta—. Tanta inspiración aquí...

—Lo que sea —dice, acomodándose en una silla con una copa de vino—. Lo que estés sintiendo ahora mismo.

Me paro frente al lienzo en blanco, las posibilidades desplegándose ante mí como un mapa inexplorado. Entonces, algo hace clic: la isla, nuestro día, el caleidoscopio de experiencias que hemos compartido. Sumerjo mi pincel en la pintura, los colores llamándome, suplicando ser moldeados por mi mano.

Empiezo con la mañana, el dosel bajo el cual recibimos nuestros masajes, capturando el suave balanceo de la tela en la brisa matutina. Las pinceladas vienen fácilmente, la escena desplegándose en el lienzo con cada trazo.

Luego, paso a la playa bajo el sol de la tarde, el brillo de la luz contra el agua, la libertad y alegría de correr sobre las olas en las motos acuáticas. La vivacidad de la escena me hace sonreír, los recuerdos frescos y vívidos.

A medida que la pintura evoluciona, represento la cueva al atardecer y después de oscurecer: la forma en que el sol se hundió bajo el horizonte, bañando el mundo en luz dorada, y luego el brillo etéreo de las algas bioluminiscentes. El contraste es impactante, la belleza del mundo natural una fuente constante de asombro.

Finalmente, pinto la vista desde nuestro balcón, la luna llena colgando baja en el cielo, proyectando su luz plateada sobre el agua. Es un momento de tranquilidad, un final perfecto para un día que ha sido todo menos ordinario.

Todo el proceso se siente como una danza, mis emociones guiando mi mano mientras doy vida a nuestro día en el lienzo. Él observa en silencio, su presencia es tanto reconfortante como inspiradora. La conexión entre nosotros, siempre palpable, se siente aún más fuerte en este momento.

Mientras añado los toques finales, retrocediendo para ver la obra en su conjunto, siento una sensación de logro y vulnerabilidad. He vertido una parte de mí misma en esta pintura, un testimonio de nuestro tiempo aquí, de la magia que hemos compartido.

—¿Y bien? —pregunto, mi voz una mezcla de nervios y esperanza—. ¿Qué piensas?

Se levanta, su mirada fija en el lienzo, absorbiendo cada detalle. El silencio se extiende, algo tangible, antes de que se vuelva hacia mí, sus ojos iluminados con algo que no puedo nombrar del todo.

—Es hermoso, lleno de alma —dice, su voz cargada de sinceridad—. Has capturado todo: la belleza, la magia, la esencia de nosotros, cómo me sentí hoy.

Me sonrojo, el elogio calentándome desde adentro hacia afuera.

—Me alegro de que te guste.

—¿Gustarme? —Se acerca, su mano extendiéndose para trazar suavemente el borde del lienzo —. Me encanta. Es más de lo que podría haber esperado jamás.

El resto de la noche es un borrón de risas y conversación, vino y comida del chef, vistas de la playa iluminada por la luna desde el balcón. La pintura, presente en la habitación con nosotros, es un nuevo puente entre nosotros. Es un recordatorio del poder del arte, de la creatividad, de compartir un pedazo de tu alma con alguien más.

Mientras nos dirigimos a la cama, la pintura como un centinela silencioso en la habitación de al lado, me siento más cercana a él que nunca. El acto de crear, de desnudar mi alma a través de mi arte, nos ha llevado a un nuevo nivel de intimidad.

Y mientras me quedo dormida, envuelta en sus brazos, no puedo evitar sentirme agradecida: por él, por este momento, por las infinitas posibilidades que nos esperan. Nuestra aventura continúa desarrollándose, y no puedo esperar para ver adónde nos lleva.

Capítulo dieciocho

Gabriel

Me despierto con el suave zumbido del aire acondicionado y el sonido distante de las olas rompiendo contra la orilla. La habitación está bañada por la tenue luz del amanecer, que proyecta un resplandor sereno sobre todo. Alcanzo mi teléfono en la mesita de noche y la pantalla se ilumina mostrando una notificación de correo electrónico sin leer.

Frotándome los ojos para disipar el sueño, abro el correo y mi corazón da un vuelco al leer el nombre del remitente: Galería Marlowe. Con la ayuda y orientación de Chad, he estado en conversaciones con ellos durante semanas, tratando de asegurar una exposición individual para Sophia. Es un gran acontecimiento, una de las galerías más prestigiosas de la ciudad. Escaneo el correo, las palabras se difuminan ligeramente mientras intento concentrarme.

—Estimado Sr. Ashford:

Nos complace confirmar la exposición individual de Sophia en la Galería Marlowe. Después de revisar su portafolio y considerar su entusiasmo por su trabajo, así como el acuerdo de Chad, creemos que será una fantástica adición a nuestro calendario de exposiciones. La muestra está programada para dentro de tres meses, lo que nos da tiempo suficiente para preparar y promocionar el increíble talento de Sophia.

Mierda. Dijeron que sí.

Una ola de emoción me invade y una sonrisa se extiende por mi rostro. No puedo esperar para contárselo a Sophia. Pero decido esperar hasta la cena. Será más especial así, una celebración de su talento y arduo trabajo. Se va a poner como loca. Este es el siguiente paso en su ascenso artístico.

Por ahora, la dejo dormir, deslizándome fuera de la cama en silencio. Parece un ángel, relajada y dulce, con su cabello esparcido sobre la almohada. Podría mirar a esta mujer para siempre, despertar con ella cada mañana.

Me dirijo a la cocina, preparo una cafetera y salgo al balcón para disfrutar de la tranquilidad matutina de la isla. El océano se extiende ante mí, una interminable extensión azul que es a la vez calmante y vigorizante. Me siento mejor de lo que me he sentido en años. Puedo sentir que un nuevo y mejor yo está emergiendo, día a día, gracias a Sophia.

Para cuando ella se despierta, el sol está más alto en el cielo, proyectando un cálido resplandor sobre la villa. Se une a mí en el balcón, con el cabello revuelto por el sueño y una sonrisa perezosa en los labios.

—Buenos días, Príncipe Azul —murmura, rodeándome con sus brazos por detrás. Me reclino en su abrazo, saboreando el calor de su cuerpo contra el mío, su aroma.

—Buenos días, mi ángel —respondo, girándome para besar su frente—. ¿Dormiste bien?

—Mmm, como un tronco. ¿Entonces, qué hay en la agenda para hoy? —Su voz aún está espesa por el sueño, sus ojos brillantes con la promesa de un nuevo día.

—Estaba pensando que podríamos ir a nadar, tal vez hacer algo de esnórquel alrededor del arrecife. Vi un lugar de alquiler en la playa ayer —mantengo un tono casual, conteniendo la emoción sobre el correo electrónico por ahora.

—Eso suena perfecto —dice, con entusiasmo claro en su voz. Pasamos la mañana holgazaneando por la villa, desayunando en la terraza y disfrutando del ritmo relajado de la vida en la isla, tan diferente de nuestras vidas en Nueva York.

Ya entrada la mañana, estamos equipados con el equipo de esnórquel, adentrándonos en las aguas cristalinas del Caribe. El océano es un mundo diferente, con corales vibrantes y bancos de peces de colores brillantes que nos rodean. El deleite de Sophia es palpable, su risa burbujea cuando una manada de delfines se arquea con gracia a través del agua cerca de nosotros.

—¡Míralos! —exclama, señalando mientras los delfines nadan cerca, sus cuerpos esbeltos brillando bajo la luz del sol. Observamos, hipnotizados, cómo juegan en el agua a nuestro alrededor, un momento de pura magia que se siente casi surreal.

El día pasa en un borrón de sol, mar y risas. Sophia encuentra algunas conchas para coleccionar y llevar a casa. Exploramos el arrecife, descubriendo maravillas ocultas bajo la superficie, cada nuevo avistamiento es un testimonio de la belleza del mundo natural. Es un recordatorio de cuánto hay por explorar, tanto en el mundo como el uno en el otro.

Al llegar la tarde, regresamos a la villa, con el agua salada secándose en nuestra piel, los corazones ligeros con la alegría de las aventuras del día. La promesa de la cena flota en el aire, una oportunidad para relajarnos y deleitarnos en la simplicidad de estar juntos. Nos duchamos juntos afuera, enjuagando el agua salada y salpicándonos juguetonamente.

—Empezaré a arreglarme para la cena —dice Sophia mientras entramos, su piel resplandeciente por el sol. Asiento, mi mente ya divagando hacia la noticia que compartiré con ella más tarde.

—Suena bien. Tengo una sorpresa para ti en la cena —digo, tratando de mantener mi voz uniforme—. Pero primero... He estado muriendo por tenerte todo el día.

Su respiración se entrecorta y asiente.

—Entonces tómame —exhala.

Alcanzo los cordones de su traje de baño, dejando que la parte superior caiga liberando sus hermosos pechos. La beso, tomando uno de sus senos en mi mano y atrayendo su trasero hacia mí con la otra, mientras comienzo a endurecerme en mi bañador.

—Balcón —ordeno. Ella obedece inmediatamente, moviéndose para apoyarse en la barandilla, su forma semidesnuda dorada bajo el sol poniente—. Joder...

—¿Sí? —pregunta provocativamente—. ¿Te gusta lo que ves?

Me acerco y guío su mano al frente de mis shorts, dejándola sentir la dureza que ha crecido aún más—. Tú dímelo.

Ella gime y echa la cabeza hacia atrás. Presiono mis labios contra el hueco de su garganta antes de bajar aún más para tomar un pezón en mi boca. Deslizo una mano dentro de la parte inferior de su bikini, encontrándola ya húmeda de deseo. Muevo mi dedo entre sus labios inferiores, encontrando su botón pulsante.

Ella jadea y se presiona contra mi toque, frotándome a través de la tela de mi propia ropa.

—A la mierda. No puedo esperar. Necesito tenerte.

Desato la parte inferior de su bikini y la libero, arrojándola detrás de mí al suelo antes de bajar mis pantalones cortos y observar su rostro mientras mi miembro queda al descubierto.

—Siempre olvido lo grande que eres hasta que...

—Entonces tal vez necesite hacerte recordar —digo, agarrando suavemente su cabello, solo para recordarle quién está al mando—. Ahora... date la vuelta. Mira las olas.

Ella gira, agarrando la barandilla. Doy un paso atrás solo para admirar su hermoso cuerpo mientras los últimos rayos del día se proyectan sobre su cabello, haciéndolo brillar.

Mía. Es toda mía.

Me acerco hasta que estoy presionado contra su espalda, dejando que mi erección se acomode entre sus nalgas. Ya estoy palpitando de necesidad por ella, y alcanzo entre nosotros, agarrando mi miembro y guiándolo más abajo. Ella arquea la espalda y separa las piernas para darme mejor acceso.

—Buena chica... —susurro, y ella se estremece mientras presiono hacia adelante, mi punta deslizándose más allá de sus labios y hacia su entrada. Me muevo lentamente, balanceándome hacia adelante y hacia atrás en lugar de empujar de una sola vez. Su cuerpo me da la bienvenida como a un viejo amigo, y pronto, tengo mis manos en la barandilla junto a las suyas mientras bombeo dentro de ella, el día moribundo proyectando su resplandor sobre las olas mientras le hago el amor en el balcón.

—Joder, Gabriel... mmm.

Me deslizo con más fuerza, su cuerpo estirándose a mi alrededor. Estoy golpeando ese punto dentro de ella que me envía escalofríos por la columna cada vez, y me balanceo hacia ella una y otra vez mientras gime y se queja. Alcanzo y agarro su cabello, tirando ligeramente mientras me inclino hacia atrás para tener aún mejor apoyo. Está de puntillas, sus dedos tornándose blancos. Mi miembro duro como una roca se desliza dentro y fuera de ella, creando fricción y placer con cada movimiento.

—Oh, Dios... voy a...

—Córrete para mí, nena —exijo—. Córrete para mí ahora.

Ella agarra la barandilla con fuerza, todo su cuerpo temblando mientras explota, gritando mi nombre en medio de su liberación. Sus estrechas paredes se cierran a mi alrededor, reteniéndome dentro mientras yo también me corro, la emoción de tenerla debajo de mí enviándome al límite. Gruño mientras termino, chorro tras chorro llenando su estrecha vagina mientras ella grita, su cuerpo sacudido por el placer. Suelto su cabello, dejando mis manos firmemente plantadas en su cintura mientras mi duro miembro continúa espasmos dentro de ella.

—Tan perfecta —respiro, saliendo de ella. Nos quedamos allí por un momento, absorbiendo el placer y el resplandor.

—Ahora... ve a ducharte. Tenemos una comida que disfrutar antes de que te haga eso de nuevo... toda la noche.

El aire fresco se siente como un bálsamo en mi piel acalorada mientras ella se escabulle para ducharse, y yo me derrumbo en la cama. No puedo evitar pensar, joder, soy el bastardo más afortunado del mundo. Ella es una maldita fuerza: sexy, inteligente, adorable y tan condenadamente talentosa. No hay nada que no haría por ella.

Me tomo mi tiempo para prepararme, mi mente reproduciendo momentos del balcón, cada recuerdo una chispa que enciende la anticipación por la noche que se avecina. Para cuando estoy vestido, el cielo se ha profundizado a un azul aterciopelado, las estrellas comenzando a brillar en la distancia.

La configuración de la cena está más allá de cualquier cosa que encontrarías en un restaurante de cinco estrellas. Solo hay una mesa, dispuesta bajo un dosel de luces, el susurro del océano como una suave banda sonora para la velada. Es íntimo, exclusivo, un mundo creado solo para nosotros dos.

Mientras tomamos asiento, el chef, un amigo mío, Marco, sale a saludarnos. Me pongo de pie, dándole una palmada en la espalda mientras intercambiamos un saludo rápido y familiar. Luego, volviéndose hacia ella, su comportamiento cambia al de un consumado profesional.

—Buenas noches —dice Marco, ofreciendo un asentimiento cortés—. Es un honor servirles esta noche. He preparado una cena de cinco platos que creo que disfrutarán. Cada plato está inspirado en la abundancia de la isla, una fusión de sabores locales y mi toque personal.

Ella está visiblemente impresionada, sus ojos se iluminan mientras le agradece.

—Eso suena increíble, gracias. Estoy deseando probarlo.

Nuestra charla y risas se mezclan con el sonido de las olas. Marco explica cada plato con una pasión que refleja la de ella cuando habla de su arte. Es una danza de palabras y sabores, cada plato más exquisito que el anterior, un testimonio de la habilidad y creatividad de Marco.

Entre platos, hablamos sobre la isla, los delfines, las algas bioluminiscentes. Es fácil, el tipo de conversación que surge cuando estás completamente a gusto con alguien. Y sin embargo, hay

una corriente subyacente de emoción, una emoción compartida al experimentar esto juntos.

Cuando Marco presenta el plato final, un postre de chocolate decadente que parece demasiado bueno para comer, nos desea una maravillosa velada y se retira a la cocina. Le agradecemos, nuestras voces un coro de apreciación por el viaje culinario al que nos ha llevado.

En el momento en que se ha ido, extendiendo la mano a través de la mesa, tomando la suya en la mía.

—Esto es perfecto —digo, significando cada palabra—. Tú eres perfecta.

Ella se sonroja, una sonrisa jugando en sus labios.

—Gracias por este viaje, Gabriel. No puedo creer que hayas organizado todo esto.

Me encojo de hombros, con una sonrisa juguetona en mi rostro.

—Solo lo mejor para mi conejita.

Después, la guío por la playa, la luna iluminando la arena en plata y haciendo que el océano brille como una manta de diamantes. La noche es nuestra, el mundo reducido solo al sonido de las olas y nuestros pasos.

—Y ahora, para la cereza del pastel, mi sorpresa —digo, sintiendo un zumbido de emoción.

Ella se detiene y se vuelve hacia mí con los ojos muy abiertos.

—¿La cena de Marco no era la sorpresa? —Su voz está llena de asombro, incluso de incredulidad, como si la velada no pudiera ser más perfecta.

No puedo evitar reír, el sonido mezclándose con el suave romper de las olas.

—Es mejor. Ven conmigo.

Continuamos nuestro paseo, el silencio entre nosotros lleno de anticipación. Finalmente, no puedo contenerme más. Me detengo y me vuelvo hacia ella bajo la vasta extensión de estrellas.

—Te he reservado una exposición individual —suelto de golpe, observando atentamente su reacción—. En la Galería Marlowe. He estado trabajando en ello con Chad desde hace un tiempo. El correo electrónico llegó esta mañana.

Ella se queda inmóvil, su mano apretando la mía.

—¿Hablas en serio? —Hay una vulnerabilidad en su voz, una incredulidad esperanzada que me conmueve—. ¿La Galería Marlowe?

—Sí —digo con firmeza—. Te lo mereces. Tu talento merece ser visto por el mundo.

—¿Cuándo?

—En unos tres meses, conejita. Ya tienes mucho trabajo nuevo hecho, ¿sabes?

—Sí, pero significa que tenemos que irnos mañana para que tenga tiempo de preparar —añade, observando mi rostro en busca de algún signo de decepción.

—¡Por supuesto!

Ella se lanza hacia mí, sus brazos rodeándome el cuello en un fuerte abrazo.

—¡Sí! ¡Dios mío, sí! —Su entusiasmo es contagioso, y la hago girar, riendo juntos bajo la luz de la luna.

Nos detenemos, sin aliento por nuestras risas, y ella me mira, con los ojos brillantes.

—No puedo creer que hayas hecho esto por mí —susurra, su voz cargada de emoción.

—Haría cualquier cosa por ti, conejita —digo, y lo digo en serio. Cada palabra.

Ella se acerca, sus manos acunando mi rostro, y me atrae para besarme. Es un beso de gratitud, de amor, de sueños y futuros compartidos. Siento su sonrisa contra mis labios, y es la mejor sensación del mundo.

Mientras nos separamos, puedo ver los engranajes girando en su cabeza, la artista en ella ya planeando, soñando.

—Hacemos las maletas esta noche —medita en voz alta, con un brillo de determinación en los ojos.

Asiento, apretando su mano.

—Harás que esta exposición sea inolvidable.

Volvemos a la villa, la noche envolviéndonos como una cálida manta. Nuestra conversación gira en torno a la exposición, las ideas yendo y viniendo entre nosotros. Ella es un torbellino de creatividad, su entusiasmo ilimitado, y me encuentro atrapado en su energía, su visión.

De vuelta en la villa, hacemos las maletas para partir mañana, la tarea teñida de un sentimiento agri dulce. Nuestro pequeño paraíso ha sido un refugio, un lugar de descubrimiento y conexión. Pero la promesa de lo que está por venir la llena de una nueva emoción, un nuevo propósito, lo que me hace feliz.

Nunca he conocido a nadie como ella, y mi espíritu se siente liberado, pleno gracias a ella. Y ella es mía.

Finalmente, caemos en la cama, exhaustos pero contentos. La rodeo con mis brazos, sintiendo su calor, su latido contra el mío.

—Estoy tan orgulloso de ti —susurro en la oscuridad.

Ella se acurruca más cerca, su voz somnolienta pero llena de felicidad.

—Gracias por todo. Estoy tan agradecida. Mi vida como artista exitosa se está haciendo realidad gracias a ti, cariño. —Era la primera vez que me llamaba así.

Pero sé que lo que dijo no era cierto. Su carrera no se debía a mí. Era todo ella. Ella es la que tiene el talento, la visión. Yo solo estoy feliz de ayudarla, de amarla.

El sueño me elude esta noche. Me deslizo fuera de la cama con cuidado, sin querer molestarla, y me dirijo al balcón. El aire afuera es más fresco de lo que esperaba, una suave brisa acariciando mi piel, pero es refrescante. Me apoyo en la barandilla, mis pensamientos volviendo a lo ocurrido esta noche, justo aquí, donde la pasión y el amor se mezclaron sin problemas.

Joder, hacer el amor con ella aquí mismo, bajo el manto de la noche, con solo las estrellas como testigos, fue surrealista. Cada caricia, cada beso, se sentía como si estuviera grabando una marca permanente en mi alma. Todavía puedo sentir el calor de su piel contra la mía, la forma en que se movía conmigo, una armonía perfecta.

No puedo evitar esperar que esta conexión, esta intensidad entre nosotros, se mantenga igual de fuerte de vuelta en el caos de la ciudad. Su próxima exposición va a ser un éxito; lo sé. El mundo necesita ver su arte, experimentar la emoción cruda que vierte en cada pieza. Y quiero ser parte de su viaje, estar a su lado y verla brillar. Estoy obsesionado con ella, cada minuto.

La quietud de la noche, el sonido rítmico de las olas rompiendo contra la orilla, todo es tan pacífico, tan diferente del constante zumbido de Nueva York. Dudo que hubiera notado los sonidos o hubiera estado tan tranquilo antes, sin ella en mi vida.

De pie aquí, dejando que los recuerdos y las esperanzas me inunden, me doy cuenta de cuánto me ha cambiado. Antes de ella, solo iba por la vida sin sentido, pero ella ha traído color a mi vida, me ha hecho sentir cosas que creía enterradas hace mucho tiempo. También me da un nuevo propósito. Es jodidamente divertido ayudar a un talento así en lugar de que siempre se trate de mí, de mi próximo gran negocio.

Respiro profundamente, llenando mis pulmones con el aire salado, y lo exhalo lentamente, tratando de grabar este momento en mi memoria. La tranquilidad de la isla, la belleza de la mujer que amo, todo es tan jodidamente perfecto que casi duele.

Eventualmente, el frío en el aire me empuja de vuelta adentro. No quiero dejar la serenidad de la noche, pero la idea de acostarme junto a ella, tenerla en mis brazos, es demasiado tentadora. Me deslizo de vuelta en la cama silenciosamente, con cuidado de no despertarla. Mientras la rodeo con mis brazos, la siento moverse ligeramente, murmurando algo ininteligible en su sueño antes de volver a acomodarse.

Tenerla así, sentir su calor, su respiración constante, es reconfortante. Me ancla. Mis pensamientos comienzan a calmarse, el torbellino de emociones se asienta en una sensación de satisfacción, de que todo está bien.

Mientras el sueño finalmente comienza a reclamarme, mi último pensamiento coherente es

simple: Soy tan jodidamente afortunado. Soy un hombre cambiante, no el lobo alfa solitario que lleva una existencia estéril. Estoy más abierto a la vida de nuevo. Gracias a ella.

Con ese pensamiento, me dejo llevar por el sueño, abrazándola, nuestros corazones latiendo juntos en la quietud de la noche.

Capítulo diecinueve

Sophia

Todavía estoy medio dormida cuando me despierto, enredada en sábanas que huelen a sal, sol y a él. Es nuestra última mañana en la isla, y estoy vibrando con una mezcla de emoción y nervios. La noticia de la exposición en solitario que Gabriel soltó anoche me tiene dando vueltas. No puedo creer que esté sucediendo.

Gabriel ha sido mi roca, su apoyo inquebrantable mientras nos preparamos para sumergirnos de cabeza en el torbellino de Nueva York. Lo sorprende observándome varias veces mientras desayunamos, con una sonrisa jugando en las comisuras de sus labios.

—¿Lista para conquistar realmente el mundo del arte? —me provoca, rompiendo el silencio.

—Joder, sí —respondo, sonriendo. Su confianza en mí enciende una obsesión en mi vientre.

El vuelo de regreso es un borrón de anticipación. Estamos cómodos durante el vuelo, y descanso mis piernas sobre él, anclándome. Estamos enredados cómodamente, queriendo estar físicamente cerca.

Aterrizamos por fin, y la ciudad nos da la bienvenida con su caos familiar, un marcado contraste con la tranquilidad que hemos dejado atrás.

Visitamos la Galería Marlowe, junto con Chad, para que pueda entender el espacio y saber qué esperar. El equipo es maravilloso y muy acogedor, pero un poco intimidante, no obstante.

Al ver el espacio y aprovechando mis pozos de inspiración, comienzo a pintar una serie de obras para Marlowe, para añadir a las piezas que he creado en el último mes más o menos.

Pinto en mi propio estudio algunos días, pero Gabe también preparó una habitación en su ático solo para mí. Puedo pintar cuando me llega la inspiración, o cuando termino quedándome en su casa por días seguidos.

Ahora solo trabajo en la cafetería un día a la semana. Quería renunciar por completo, pero Héctor me pidió que tomara los martes ya que aún no ha encontrado un reemplazo para ese día, y así podría seguir viéndolo a él y a la clientela que viene a la tienda al menos una vez a la semana.

Estos días, estoy viviendo la vida que siempre soñé, pasando mi tiempo creando, pintando, dando vida a obras en el lienzo. A menudo me sumerjo durante horas, y a veces pinto toda la noche después de hacer el amor con Gabriel. Él es una fuente de inspiración para mí. Encuentro que mis sentimientos más profundos se interpretan en los lienzos.

He creado más obras de las necesarias para la exposición, pero Chad me recordó que dentro de otros 2 meses, tengo una exposición en su galería también. Mi inspiración es profunda, la creatividad parece fluir de algún lugar dentro de mí cada día.

Los días previos a la exposición son una locura. Gabriel está a mi lado en cada paso del camino. Tiene conexiones que ni siquiera sabía que existían, y de repente se habla de mi trabajo en círculos aún más amplios que nunca soñé alcanzar, aunque Chad me dio un gran comienzo y continúa promoviéndome ampliamente también. Mis dos campeones...

Una noche, unas semanas antes de la exposición, estamos en la galería, de pie en medio de mis piezas que cuentan historias de amor, pérdida y todo lo demás. —Esto va a ser un éxito rotundo —dice Gabriel, rodeándome con un brazo mientras observamos la sala—. Tu talento merece este protagonismo.

Me apoyo en él, dejando escapar un suspiro que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo. —Gracias por creer en mí —digo, con la voz cargada de emoción—. No podría haber hecho esto sin ti.

Me besa la parte superior de la cabeza, un gesto tan tierno que casi me deshace. —Siempre te apoyaré —murmura.

Los días vuelan, llenos de toques de última hora y llamadas interminables. Gabe está constantemente al teléfono, llamando a sus amigos ricos y clientes, personas que sabe que aman el arte y quizás incluso coleccionan, mientras yo estoy enterrada en pintura y lienzo, añadiendo detalles finales a piezas que se sienten como extensiones de mi alma. Chad organizó entrevistas de prensa y cobertura, y tiene su propia lista de clientes principales en la ciudad y más allá. Ahora se comunica diariamente.

La noche antes de la exposición, estamos en la galería hasta tarde, el espacio iluminado por una luz suave que baña mis pinturas en un cálido resplandor. —Creo que ya estamos aquí, es como lo visualicé —respiro, mirando alrededor.

Gabriel me atrae hacia sí, sus ojos brillando de orgullo. —Vamos a cenar, necesitas comer. Y luego, una buena noche de sueño. Mañana es un gran día.

La cena es un asunto tranquilo, solo nosotros dos en un rincón acogedor de nuestro restaurante italiano favorito. —Estoy nerviosa —admito, jugando con el borde de mi servilleta.

Extiende la mano a través de la mesa, apretando la mía. —Respira profundo y relájate, conejita. Todos van a ver lo que yo ya sé.

El día de la exposición llega como un torbellino. La galería vibra de energía, el aire cargado de anticipación. Vanessa me ayudó a encontrar un impresionante traje blanco para el evento, y Gabe me regaló unos pendientes de diamantes para la ocasión.

—Pareces un ángel, conejita —dijo Gabe cuando llegamos a la galería, listos para una velada especial—. Estás radiante.

Gabriel está a mi lado cuando se abren las puertas, su presencia es una fuerza tranquilizadora en medio de la tormenta.

—¿Listos, chicos? —pregunta Chad, rebosante de orgullo por su cliente estrella.

Los invitados empiezan a entrar, una mezcla de rostros conocidos y desconocidos. Hay un murmullo de conversaciones, salpicado de risas y el tintineo de copas. Voy de grupo en grupo, respondiendo preguntas sobre mi trabajo, posando para selfies, sintiendo la presencia de Gabriel cerca de mí todo el tiempo.

A mitad de la velada, lo encuentro apoyado contra una pared, observándome con una sonrisa.

—¿Te estás divirtiendo? —me pregunta cuando me acerco.

—En realidad, sí —respondo, sorprendida por mi propia calma—. Es como un sueño.

Me atrae hacia sus brazos y, por un momento, somos solo nosotros dos en la sala.

—Estás brillando esta noche —susurra.

Estoy en el séptimo cielo, envuelta en los brazos de Gabriel, cuando su cuerpo se tensa. Su mirada se desvía por encima de mi hombro y un escalofrío recorre mi espalda. Me giro, siguiendo la dirección de su mirada, y mi corazón se hunde.

Una mujer, de la edad de Gabriel, se acerca a nosotros con una confianza que me revuelve el estómago. Es impresionante, de una manera que me hace ser consciente de repente de cada defecto que creo tener.

—Lana... ¿qué haces aquí? —la voz de Gabriel es tensa, con un tono que no logro descifrar.

Ella sonríe, un gesto que no llega a sus ojos.

—Me enteré de la exposición y quería ver qué podía hacer la artista con la que te han visto por toda la ciudad —dice, dirigiendo su mirada hacia mí y luego de vuelta a Gabriel. No parece importarle en absoluto los cuadros.

El aire se espesa con la tensión mientras Gabriel nos presenta.

—Sophia, esta es Lana, mi ex. Una de ellas.

Se me seca la boca. Lana extiende su mano, con las uñas perfectamente arregladas y una sonrisa ensayada. Mientras nos damos la mano, siento como si me estuviera evaluando y encontrando deficiente.

El contacto de Lana se demora en el brazo de Gabriel, una familiaridad que despierta en mí una punzada de inseguridad. Quizás celos. Ella es todo lo que yo no soy: refinada, glamurosa, mayor, segura de sí misma y, evidentemente, parte del pasado de Gabriel del que sé muy poco. Una parte de mí se pregunta, si ella no fue suficiente para él, ¿dónde me deja eso a mí?

—Así que, Sophia, Gabriel parece estar orgulloso de que seas la nueva sensación de la ciudad —ronronea Lana, escudriñando la galería con la mirada—. Tu trabajo es... diferente. —Hay una pausa, cargada de críticas no expresadas.

—Gracias —logro decir, con la voz más firme de lo que me siento—. Ha sido toda una noche.

Lana ríe, un sonido que tintinea como el cristal.

—Me lo imagino. Gabriel siempre supo cómo organizar una fiesta. —Se gira hacia él, su mirada se suaviza—. No has cambiado nada. ¿Recuerdas aquella fiesta en Southampton en mi casa? Bailamos hasta las tres de la mañana y pusimos la casa patas arriba. Eso sí que fue una fiesta —dice. ¿Está insinuando que esta "fiesta" es inferior?

Gabriel se mueve incómodo.

—Ha pasado mucho tiempo, Lana. Me alegro de que parezcas estar bien.

La conversación divaga, Lana rememora su pasado con una familiaridad que me oprime el pecho. Cada risa, cada mirada compartida entre ellos, cada roce en su brazo, se siente como un recordatorio de mi lugar fuera de su historia, de la historia de él.

La mano de Gabriel encuentra la mía, una silenciosa garantía, pero la duda ya se ha sembrado en mi mente. La presencia de Lana, su elegancia sin esfuerzo, arroja una sombra sobre la alegría de la velada.

Finalmente, Lana se disculpa, su partida deja un alivio palpable a su paso.

—Siempre supo cómo hacer una entrada... y una salida —murmura Gabriel, sin apartar sus ojos de los míos.

Mientras la exposición llega a su fin, la voz de Gabriel corta la niebla de mis inseguridades.

—Esto ha sido un gran éxito, Sophia. ¡El Marlowe dijo que ya han reservado más de la mitad de los cuadros! ¿Qué te parece si vamos a mi casa a celebrar?

Asiento, la idea de escapar a la familiaridad del apartamento de Gabriel me reconforta. Sin embargo, mientras nos despedimos de la gente que queda y nos marchamos, las palabras de Lana y la facilidad de su interacción con Gabriel me persiguen. La noche que debería haber sido una celebración de mis logros se siente empañada por la intrusión de su pasado.

Me doy cuenta de que no hemos hablado mucho sobre sus ex novias y de repente me siento inadecuada.

En el coche, las luces de la ciudad pasan borrosas, reflejando el tumulto en mi interior. Gabriel parece percibir mi estado de ánimo, sus intentos de conversación caen en saco roto mientras mi mente da vueltas. La presencia de Lana ha abierto una caja de Pandora de dudas e inseguridades que no puedo cerrar.

Al llegar a su casa, Gabriel me guía al interior, su toque es suave, pero me encuentro perdida en un mar de pensamientos.

—Tu exposición fue un éxito. Y estuviste increíble esta noche —dice, pero las palabras se

sienten distantes, eclipsadas por el espectro de Lana y las evidentes diferencias entre nosotras.

No puedo sacudirme esta sensación, la inquietud que la presencia de Lana ha despertado en mí. Sé que parte de esto es inseguridad, y parte podría ser celos. El apartamento de Gabriel, que suele ser un santuario, se siente demasiado silencioso, demasiado vasto. Él me observa, la preocupación grabada en sus facciones.

—¿Qué pasa por esa cabecita tuya, conejita? —pregunta, rompiendo el silencio que nos ha envuelto desde que dejamos la galería.

Dudo, mis pensamientos son un lío enredado. Lana, su elegancia, su historia con Gabriel, la forma en que sin esfuerzo captó su atención, todo se reduce a una pregunta que carcome mi corazón. Tomando una respiración profunda, finalmente expreso la inseguridad que me ha estado atormentando.

—¿Por qué tú y Lana terminaron?

Parece desconcertado, frunciendo el ceño.

—Porque a ella le gustaba montar escenas. Siempre aparecía sin invitación, incomodando a todos. Era una aprovechada, incluso conmigo. Una persona sin interés ni profundidad. Un corazón cruel. Era como Maléfica.

Me río un poco, a pesar del tumulto interior. Su analogía, cruda pero acertada, aligera la atmósfera por un momento. Sin embargo, el núcleo de mis inseguridades permanece intacto.

—¿Crees que no soy... lo suficientemente buena para ti? ¿No lo suficientemente refinada? ¿Demasiado joven? —Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, exponiendo el miedo crudo que la presencia de Lana ha inflamado.

Su reacción es inmediata, su sorpresa evidente.

—¿Por qué diablos pensarías eso? —Está genuinamente desconcertado, como si el pensamiento nunca hubiera cruzado por su mente.

Soy honesta, quizás más honesta de lo que he sido con él antes.

—Ver a Lana esta noche... me hizo sentir insegura. Ella es todo lo que yo no soy: refinada, sofisticada, muy hermosa. Está más cerca de tu edad. Y aquí estoy yo, simplemente... yo.

La respuesta de Gabriel es rápida. Me atrae hacia sus brazos, su abrazo una fortaleza contra mis dudas.

—Eres todo para mí. Todo lo que quiero. Eres una persona especial y soy mejor gracias a ti. Te amo, conejita.

Las palabras quedan suspendidas en el aire, cargadas de significado. Es la primera vez que lo dice, y penetra la niebla de mis inseguridades como un faro. ¿Me ama?

Estoy atónita, las tres palabras que secretamente he anhelado escuchar finalmente pronunciadas.

—¿De verdad? —Es todo lo que puedo decir, mi corazón late acelerado, con lágrimas en los ojos.

—Sí, te amo. Más de lo que creí posible. —Sus ojos buscan los míos, sinceros y abiertos.

La admisión desbloquea algo dentro de mí, un pozo de emociones que he estado conteniendo.

—Yo también te amo, Gabriel. —Decirlo en voz alta, afirmando nuestros sentimientos, se siente como un punto de inflexión.

Hablamos entonces, realmente hablamos. Me cuenta sobre su pasado con Lana, sobre la superficialidad de su relación, y cómo carecía de la profundidad y conexión que compartimos nosotros. Otras ex novias, a menudo la misma historia. Los errores que cometió. Es un alivio escucharlo abrirse, exponiendo las razones por las que somos diferentes, por qué funcionamos.

Después de un rato, hay un momento de silencio antes de que diga:

—Nunca me había abierto así con nadie antes.

La admisión me toma por sorpresa.

—¿En serio? ¿Por qué? —pregunto, curiosa a pesar de mí misma.

Toma una respiración profunda, sus ojos fijos en el líquido ámbar de su vaso.

—Perdí a mi madre muy joven, eso lo sabes —comienza, y hay un temblor en su voz que nunca había escuchado antes—. Me jodió, ¿sabes? Después de su muerte, hubo poco contacto con mi padre. Te lo he mencionado antes, conejita. Se alejó de todos, incluyéndome a mí. Su muerte lo golpeó fuerte y no sabía qué hacer. No es que estuviera muy presente de todos modos. En fin, este miedo profundo a que la gente me deje, me abandone, me deje solo, me ha perseguido toda la vida. Así que elegí estar con personas con las que no podía acercarme, aquellas que no conocían el significado de la palabra. Simplemente nunca dejé que nadie se acercara a mí. Pero me ha frenado, ¿sabes?

La cruda honestidad de sus palabras me atraviesa, y por un momento, me quedo sin palabras.

—Puedo entender eso —finalmente digo, mi propia voz cargada de emoción.

Entonces levanta la mirada, sus ojos buscando los míos. Asiente, y hay una vulnerabilidad allí que me rompe el corazón.

—No puedo predecir el futuro, pero puedo prometerte que nunca te abandonaré.

Deja su vaso y me alcanza, atrayéndome a sus brazos.

—Eso significa todo para mí —murmura, y puedo sentir el peso de sus palabras, la gravedad de este momento entre nosotros.

Nos quedamos así por mucho tiempo, envueltos en los brazos del otro, la ciudad extendiéndose debajo de nosotros. Es un momento de conexión, de entendimiento, y me siento más cerca de él que nunca.

Eventualmente, nos movemos al dormitorio, despojándonos de los restos de la noche junto con nuestra ropa. La conexión física entre nosotros se enciende, una expresión tangible de la intimidad emocional que acabamos de compartir. Nuestros cuerpos se mueven juntos, una danza de necesidad y deseo, y por un rato, nos perdemos el uno en el otro.

Después, yacemos enredados, los sonidos nocturnos de la ciudad un zumbido distante.

—Nunca me he sentido así con nadie —confiesa, su voz un susurro contra mi piel.

—Yo tampoco —respondo, trazando patrones en su pecho.

Hace que mi corazón se hinche.

—Contigo, todo vale la pena, conejita.

Capítulo veinte

Gabriel

Estoy acostado junto a ella, observando el suave movimiento de su pecho al respirar mientras duerme. Está tranquila, hermosa y completamente ajena a la sorpresa que tengo planeada para mañana. Me cuesta todo mi autocontrol no despertarla y revelarles el secreto. Pero quiero que sea una sorpresa, un testimonio de cuánto me importan ella y sus pasiones.

Cuando llega el lunes por la mañana, la despierto con suavidad, sintiendo una emoción burbujeante que rara vez he experimentado, excepto quizás por un gran negocio. —Vístete —le digo, con una sonrisa extendiéndose por mi rostro—. Vamos a salir. Es una pequeña sorpresa.

Me mira, desconcertada pero intrigada. —¿A dónde? —pregunta, frotándose los ojos para quitarse el sueño.

—Ya lo verás —prometo, con el corazón acelerado por la anticipación.

La ciudad está bulliciosa mientras nos dirigimos a nuestro destino. Ella intenta adivinar un par de veces, cada suposición más alejada de la verdad. Yo solo niego con la cabeza, disfrutando una vez más del suspenso que se acumula entre nosotros.

Llegamos al MoMA. El museo está cerrado los lunes por la mañana, abierto solo para miembros. He arreglado tener todo el museo para nosotros solos, gracias a mis grandes donaciones y a algunos favores que pedí. Vanessa también intercedió.

Los ojos de Sophia se abren de incredulidad cuando nos reciben en la entrada.

—No me jodas —exhala, llevándose la mano a la boca—. ¡Este es mi museo favorito en todo el mundo!

—Sí, lo sé —me río, guiándola adentro. Los pasillos del museo están silenciosos, sin las multitudes habituales, lo que nos hace sentir como si estuviéramos en nuestro propio mundo. Nuestro guía privado mantiene una distancia respetuosa y nos sigue mientras recorremos el magnífico espacio.

Mientras caminamos por el museo, su emoción es palpable. Se mueve de una obra a otra, sus ojos brillando de alegría y asombro. Habla animadamente sobre muchas de las piezas, aquellas que la inspiraron como estudiante y joven artista, su conocimiento y pasión por el arte haciendo que me enamore aún más de ella, si es que eso es posible.

—Esto es increíble, Gabriel —dice, volviéndose hacia mí con una sonrisa radiante—. ¿Cómo lograste esto?

—Tengo mis métodos —bromeo, deleitándome con su felicidad—. Quería hacer algo especial para ti. Compartir este momento, solo nosotros dos.

Ella me rodea con sus brazos, atrayéndome hacia un cálido abrazo. —Gracias —susurra, su voz

llena de emoción—. Esto es realmente especial.

Pasamos varias horas explorando la exposición, perdiendo la noción del tiempo mientras nos sumergimos en el arte y el uno en el otro. Me muestra sus artistas favoritos, explica las obras, me pregunta cuáles me gustan y por qué. Es un día que sé que ambos recordaremos para siempre, una mezcla perfecta de nuestras pasiones compartidas y amor.

Al salir del museo, despidiéndonos de nuestro asistente especial, caminamos de la mano, y ella se vuelve hacia mí con un brillo travieso en los ojos. —Yo también tengo una sorpresa para ti —dice, su emoción contagiosa.

—¿Ah, sí? —Arqueo una ceja, intrigado—. ¿En serio? ¿Qué tipo de sorpresa?

Ella solo sonríe, una promesa secreta flotando entre nosotros. —Ya verás —me provoca, tirando de mí. Se detiene para enviar un mensaje de texto, sin dejarme ver a quién lo envía. Mi interés está en su punto máximo.

Mientras Sophia me guía hacia un edificio en Park Avenue, se me forma un nudo en la garganta. Es un edificio antiguo, otrora glorioso, ahora conocido por apartamentos y condominios más pequeños pero majestuosos que alguna vez se extendieron por todo el piso o pisos. De hecho, este edificio fue alguna vez una mansión unifamiliar.

Sophia saluda al portero, y él nos conduce al ascensor. Mi curiosidad aumenta mientras subimos al tercer piso, su mano apretando la mía un poco más fuerte de lo habitual. ¿Quién podría estar aquí? ¿Qué es esta sorpresa?

Se detiene frente a una gruesa puerta de madera al estilo antiguo, las tallas necesitadas de un pulido, su nerviosismo palpable. —Espero no haber metido la pata, pero... —se interrumpe, sin terminar la frase. Antes de que pueda preguntarle, la puerta se abre, revelando un rostro que no he visto en más de una década o dos: mi padre.

Se ve mayor, con líneas del tiempo grabadas en su rostro, pero hay una alegría innegable en sus ojos. —¡Gabriel! —exclama, su voz espesa de emoción.

Por un momento, me quedo paralizado, el shock clavándome en el sitio. Una parte de mí quiere dar media vuelta y huir, escapar de la avalancha de recuerdos que amenaza con abrumarme. Pero hay algo en sus ojos, una felicidad genuina de verme, y un cansancio que me mantiene arraigado. Y tengo un destello de mi padre cuando yo era joven, asistiendo a mis partidos de rugby, apoyándome en los concursos de debate, enseñándome a volar aviones y helicópteros. Recuerdos de él más vibrantes y felices, un capitán de la industria y tan poderoso, un hombre al que admiraba antes de que mi madre muriera.

—Por favor, pasen —dice simplemente y en voz baja.

Sophia aprieta mi mano, una muestra silenciosa de apoyo. Respirando profundamente, entro, la puerta cerrándose detrás de nosotros con un suave clic.

El apartamento es cálido, con una vieja elegancia de alguien que ha conocido la riqueza y ha

reducido su estilo de vida. Está lleno de arte, libros antiguos, fotos de mi madre y mías, muebles bonitos pero gastados. Está reproduciendo un viejo disco de vinilo con canciones de Tony Bennett, uno de los favoritos de mi madre. Nos hace pasar a la sala de estar, ofreciéndonos asiento en el sofá.

—Me alegro tanto de que estéis aquí —dice, con la voz aún teñida de incredulidad—. No estaba seguro de si ocurriría.

Me vuelvo hacia Sophia, con evidente confusión.

—¿Cómo demonios lo encontraste? —pregunto, mi voz delatando un dejo de asombro y aprensión.

Ella se muerde el labio, claramente preocupada por mi reacción.

—Hice un poco de trabajo detectivesco —admite—. Encontré a Arthur en Facebook. Me puse en contacto con él y empezamos a enviarnos mensajes. Quería tener una segunda oportunidad contigo, reconectar.

Mi mirada vuelve a mi padre, con un millón de preguntas corriendo por mi mente.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué pareces tan emocionado de verme cuando antes no te importó un carajo perder el contacto? —Las palabras salen más duras de lo que pretendo, los años de dolor y confusión bullendo en la superficie.

Estoy paralizado, el aluvión de emociones que arremolina dentro de mí es casi demasiado para soportar. Los ojos de mi padre, llenos de algo que podría ser arrepentimiento o esperanza o ambos, me perforan.

—Gabriel, hijo, sé que he metido la pata más veces de las que puedo contar. Pero quiero intentar cambiarlo. No solo por mí, sino por nosotros, por vosotros dos.

Su voz se quiebra, y por primera vez en años, veo al hombre detrás del padre que creía conocer. Está vulnerable, un marcado contraste con la figura que una vez se alzó tan grande y poderosa en Nueva York, y tan ausente en mis recuerdos después de que mamá muriera y yo más lo necesitara.

—¿Por qué ahora? —pregunto de nuevo, mi voz más fuerte de lo que me siento—. Después de todo este tiempo, ¿qué te hizo querer cambiar?

Se inclina hacia adelante, con los codos sobre las rodillas, las manos entrelazadas como si aferrarse a sus próximas palabras pudiera anclarlo.

—No fue un solo momento, Gabriel. Fueron muchos. Me aislé cada vez más. Hace aproximadamente un año, toqué fondo. Me desperté y me di cuenta de que no tenía a nadie. A nadie. Me asustó muchísimo. La terapia no era mi idea de pasar un buen rato, pero era eso o... bueno, no quedaba mucho más.

Sophia me aprieta la mano, su tacto un susurro silencioso de apoyo. Le devuelvo el apretón, agradecido por su presencia, su fuerza inquebrantable a mi lado.

—Y cuando Sophia se puso en contacto —continúa—, se sintió como... como si tal vez hubiera una oportunidad de redención. No para poner excusas por el pasado, sino para intentar construir algo nuevo. Otra vez. Contigo.

Quiero creerle, quiero sumergirme en este futuro potencial donde mi padre no es solo una sombra de arrepentimiento y dolor en mi vida. Pero es difícil. Las heridas son profundas, las cicatrices bien merecidas.

—Así que has estado en terapia —comienzo, con la voz teñida de un escepticismo que no puedo ocultar del todo—. ¿Qué significa eso exactamente?

Las líneas de su rostro se profundizan, pensativo y con el peso de sus siguientes palabras.

—Gabriel, hijo... la cagué a lo grande. Era un desastre, un completo y absoluto desastre cuando tu madre murió. Ella era el amor de mi vida y todo para mí. Mi desesperación era tan profunda. Alejé a todos, incluido a ti. Contemplé el suicidio. Perdí el interés en mi fortuna, bebía demasiado, me quedaba en el extranjero. No pude ser el padre que necesitabas. Gracias a Dios que Priscilla intervino. Hablaba con ella con bastante frecuencia, mantenía el contacto, pero el dolor era demasiado. Te pareces a tu madre. Cada vez que te miraba caía más profundo en la desesperación. Apenas podía mantenerme entero. —Su voz se quiebra y baja la mirada, evitando la mía.

—¿Y qué? ¿Crees que unas sesiones en el diván de un psiquiatra borran la pizarra? —No puedo evitar que la amargura se filtre en mis palabras, la ira que ha sido mi compañera constante, asomando la cabeza a pesar de mis intentos por mantenerla a raya.

—No. No son solo unas pocas sesiones, Gabriel. Empecé hace cinco años, tomé un descanso y reinicié en serio hace un año. Años enfrentando a los demonios que dejé que me controlaran. He tenido que afrontar el hecho de que te abandoné, que elegí el alcohol por encima de mi propio hijo, tratando de borrar la profunda tristeza que tenía y el vacío que dejó tu madre.

El dolor en sus ojos es palpable, y escucho la aflicción en su voz y en su ser, incluso ahora. Por un momento, veo al hombre que podría haber sido, el padre que una vez pensé que era.

—Que te quité al único padre que te quedaba porque no pude ver más allá de mi propio dolor para estar ahí para ti. Te abandoné. No he podido perdonarme a mí mismo.

Sophia me aprieta la mano, un silencioso recordatorio de que tengo a alguien que está a mi lado, pase lo que pase. Respiro hondo, tratando de calmar la tormenta en mi interior.

—Háblame de los momentos en los que no te derrumbaste —digo, más suavemente esta vez, mi curiosidad venciendo a mi resentimiento.

Levanta la mirada, un destello de esperanza iluminando sus ojos.

—Bueno, cuando logré mantenerme sobrio. Conseguí una ficha por ello y todo. Me sentí como si hubiera escalado el Everest. Y continúo con eso ahora, ¿sabes? Eso fue hace tres años. Estaba tratando de salir de la desesperación y tuve una pequeña victoria. —Una pequeña sonrisa juega en sus labios, pero se desvanece tan rápido como apareció—. Pero son las victorias diarias las que realmente cuentan. Despertar cada mañana y elegir no beber, elegir intentar convertirme en una mejor persona, tratar de tomar buenas decisiones, intentar recuperarme, pensando en lo que perdí.

Escucho, realmente escucho, y por primera vez, veo el esfuerzo que le cuesta exponer sus fracasos, admitir sus debilidades no solo ante mí, sino ante sí mismo.

Sophia se inclina hacia adelante, su voz suave pero inquisitiva. —¿Qué cambió para usted, Arthur? ¿Qué le hizo decidir reiniciar la terapia, señor?

Él dirige su atención hacia ella, la gratitud mezclándose con alivio en su mirada por la distracción. —Fue tocar fondo. Despertar en un hospital sin nadie a mi lado, darme cuenta de que había alejado a todos los que alguna vez se preocuparon por mí. Ese fue mi llamado de atención. Supe entonces que tenía que cambiar, o moriría solo, un hombre olvidado. Que dejaría a mi único hijo solo sin saber por qué lo había abandonado.

Sophia toma una respiración profunda a mi lado.

—Mira, Gabriel —dice mi padre después de un silencio particularmente pesado—, no espero el perdón. Demonios, ni siquiera sé si lo merezco. Pero quiero que sepas que estoy aquí, que lo estoy intentando. Y tal vez, solo tal vez, podamos comenzar algo nuevo. Algo mejor.

Miro a Sophia, sus ojos me animan a dar el salto, a considerar la posibilidad de un futuro donde el pasado no tenga que definimos.

—Yo... creo que yo también podría querer eso —admito finalmente, las palabras sintiéndose extrañas pero correctas—. Pero no va a ser fácil para mí. Va a tomar tiempo. Y esfuerzo. De ambos. Tiempo.

Él asiente, comprendiendo el peso de mis palabras. —Estoy en esto a largo plazo, hijo. Lo que sea necesario.

La sorpresa de Sophia me ha lanzado a aguas desconocidas, pero mientras estoy aquí sentado, escuchando a mi padre hablar sobre sus esperanzas para el futuro, no puedo evitar sentirme agradecido. Ella vio algo que yo no pude, una oportunidad de reconciliación, de sanación.

Cuando es hora de irnos, mi padre se pone de pie, una vacilación incierta en sus movimientos. —Espero que podamos hacer esto de nuevo, muy pronto —dice, su voz cargada de emoción.

Asiento, la palabra "sí" se me escapa antes de que pueda pensarlo mejor. Sophia me sonríe, con una mirada de complicidad en sus ojos, como si dijera: "¿Ves? No fue tan malo".

El aire fresco roza mi piel mientras salimos a la bulliciosa calle, la incesante energía de la ciudad en marcado contraste con la pesadez emocional que acabamos de dejar atrás. La mano de Sophia

encuentra la mía, su agarre firme, anclándome. El ruido de la ciudad se desvanece a un suave rugido en el fondo mientras nos abrimos paso por las aceras llenas de gente.

—Entonces, ¿estás bien? —pregunta Sophia, su voz llena de preocupación, su mirada buscando en la mía cualquier señal de angustia—. Esperaba no haber cometido un error aquí.

Tomo una respiración profunda, dejando que la realidad de lo que acaba de suceder se asiente sobre mí. Ha sido un torbellino de emociones, una confrontación con el pasado que nunca pensé que tendría la fuerza de enfrentar. Nunca pensé que lo volvería a ver. Y sin embargo, aquí estoy, sintiéndome más ligero de lo que me he sentido en años.

—Sí —logro decir, apretando su mano en respuesta—. Estoy bien. Mejor que bien, en realidad. —Me detengo, girándome para mirarla, el resplandor de las farolas proyectando suaves sombras sobre su rostro—. Gracias —digo, las palabras apenas rascan la superficie de mi gratitud—. Nunca hubiera tenido el coraje de hacer eso por mi cuenta. Tú... has cambiado todo para mí.

Sophia sonrío, una sonrisa suave y comprensiva que parece decir que sabe exactamente lo que estoy sintiendo sin que tenga que expresarlo. —Me alegro de haber podido ayudar —dice, su voz suave—. Sé lo difícil que fue, pero estoy muy orgullosa de ti.

Reanudamos la caminata, la cacofonía de la ciudad envolviéndonos una vez más, pero el caos ahora se siente manejable, casi reconfortante. Mientras navegamos por las calles de regreso a mi apartamento, me encuentro reflexionando sobre la noche, sobre el cambio sísmico en mi relación con mi padre. Es un paso tentativo hacia algo que se asemeja a la reconciliación, una posibilidad que hacía mucho tiempo había descartado.

Todo el tema del abandono ha estado profundamente arraigado en mí durante años y años. Quizás ahora tenga la oportunidad de lidiar con ello.

La idea de lo que está por venir es intimidante, pero con Sophia a mi lado, siento una sensación de esperanza, una creencia de que tal vez, solo tal vez, la sanación es posible. Su fe en mí, su apoyo inquebrantable, ha sido mi roca, guiándome a través de los momentos más oscuros hacia la luz. Quería ser su roca cuando la conocí, y aquí estoy descubriendo que ella es mi roca.

Al llegar a mi edificio, el portero nos saluda con un asentimiento, familiarizado con nuestras idas y venidas. La familiaridad del vestíbulo, el viaje en el ascensor, todo se siente diferente esta noche, como si estuviéramos regresando no solo a mi lugar, sino a un nuevo comienzo, un nuevo inicio después de haber dejado atrás viejos fantasmas.

Una vez dentro, atraigo a Sophia a mis brazos, abrazándola con fuerza. La necesidad de expresar mi gratitud, de transmitir de alguna manera la profundidad de mi aprecio, es abrumadora. —Me has dado tanto —murmuro contra su cabello—. Más de lo que jamás sabrás. Te amo, Sophia. Amo lo que somos y lo que estamos construyendo juntos.

Ella inclina la cabeza hacia atrás para mirarme, sus ojos brillando con emoción. —Yo también te amo, Gabriel.

La promesa en sus palabras, la convicción en su voz, es todo lo que necesito escuchar. Esta

noche ha sido un testimonio del poder de enfrentar los miedos propios, de confrontar el pasado con alguien que cree en ti incondicionalmente.

Estoy tan cansado, abrumado, y nos dirijo hacia el dormitorio, los eventos de la noche aún frescos en nuestras mentes, sé que esto es solo el comienzo. Todavía hay desafíos que enfrentar, conversaciones que tener, pero por primera vez, no tengo miedo.

Y caigo en un sueño profundo casi inmediatamente, sabiendo que Sophia me respalda.

Capítulo veintiuno

Sophia

Mientras caminamos de regreso del apartamento de Arthur, todavía estoy emocionada por la noche, las revelaciones y las emociones a flor de piel que se desbordaron en la sala de estar de Park Avenue. La ciudad zumba debajo de nosotros mientras nos dirigimos de vuelta a su apartamento, una sinfonía silenciosa que parece hacer eco del tumulto en mi interior.

Al entrar en el ascensor, me mira con una sonrisa cansada que tira de las comisuras de sus labios. Mi alfa ha tenido una tarde profundamente emotiva.

La puerta se desliza y entramos en su apartamento, el espacio familiar nos da la bienvenida. — Me has dado tanto —susurra en mi oído—. Más de lo que nunca sabrás. Te amo, Sophia. Amo lo nuestro y lo que estamos construyendo juntos.

—Yo también te amo, Gabriel.

Se dirige directamente al dormitorio, el peso del día finalmente lo alcanza. Lo observo mientras se desploma sobre la cama, quedándose dormido casi antes de que su cabeza toque la almohada.

Pero el sueño me elude. Mi mente corre, ideas e imágenes parpadean en mis pensamientos como una presentación de diapositivas a toda velocidad. La inspiración me golpea, un relámpago que me impulsa a la acción.

Me escabullo a la habitación que Gabriel convirtió en un estudio improvisado para mí, el olor a pintura y trementina es un bálsamo para mi alma inquieta. Me paro frente a un lienzo en blanco, con el pincel en la mano, y dejo que el instinto se apodere de mí.

La noche se despliega en el lienzo, un tumulto de colores y emociones que bailan bajo mi pincel. Pinto la tensión de la reunión, los bordes irregulares del dolor de Gabriel suavizados por la promesa de sanación. El amor, en su forma más cruda y desprotegida, se derrama por el lienzo, entrelazándose con temas de renacimiento y renovación.

Las horas pasan inadvertidas, la noche se funde con el rubor del amanecer. Estoy perdida en el mundo que estoy creando, cada pincelada es una palabra en la historia que estoy contando.

La primera luz de la mañana se derrama en la habitación, proyectando las pinturas bajo una nueva luz. Doy un paso atrás, mi cuerpo dolorido, mi corazón lleno. He expuesto el viaje que hemos emprendido, los dolorosos pasos hacia la sanación, el amor que nos une, más fuerte por las pruebas que hemos enfrentado.

No lo oigo entrar, estoy demasiado absorta en mi trabajo. Pero entonces sus brazos me rodean, su calor contrasta con el fresco aire de la mañana.

—Soph, estos son... son impresionantes —susurra, su voz ronca por el sueño y la emoción. Da un paso atrás, sus ojos recorriendo cada pintura, absorbiendo la historia que he contado.

—Estos necesitan ir en la exposición de Marlowe —dice, con convicción en su voz—. Son de otro nivel, tan emotivos.

Me giro hacia él, sorprendida y emocionada por su reacción. —¿De verdad lo crees?

—Lo sé —dice, atrayéndome hacia él—. Son parte de nuestra historia, Sophia. Pertenecen allí. Y este —señala el más grande que acabo de terminar—, no estará a la venta. Este es nuestro.

La alegría que burbujea dentro de mí es indescriptible. Que mi trabajo, mi alma, sea entendida y apreciada por la persona que significa todo para mí, es más de lo que podría haber esperado jamás.

Prepara café y trae dos tazas al estudio. Pasamos la mañana hablando de las piezas, de lo que representan. Comparte sus pensamientos, sus interpretaciones, y me fascina la forma en que ve el mundo, la forma en que nos ve a nosotros. También habla un poco más sobre su padre y que irá despacio pero quiere reconectar, gracias a mí. Una nueva oportunidad para ambos...

A medida que el sol sube más alto, trayendo una luz dorada a la habitación, me doy cuenta de que este momento, esta conexión que compartimos, lo es todo para mí. Hemos llegado a un lugar de comprensión y amor incondicional.

Estoy vibrando con una mezcla de nervios y emoción mientras nos dirigimos a la galería Marlowe al mediodía con las nuevas piezas. Chad, siempre el buen agente, nos encuentra allí. Él y Gabriel me ayudan con los toques finales, junto con el personal de Marlowe. Trajimos las nuevas piezas de último minuto para colgarlas en sus lugares designados. La atmósfera de la galería es eléctrica, llena de la promesa de algo grandioso.

—Cuidado con la esquina —digo mientras navegamos un lienzo particularmente grande a través de la estrecha entrada. Gabriel asiente, maniobrando con una precisión que hace que parezca fácil.

—Lo tengo —responde, su concentración inquebrantable. Una vez que pasamos, coloca la pieza con un suave golpe.

Chad dice: —Vaya, Givens... esta pieza es incluso más fantástica que la anterior. Tu trabajo sigue evolucionando cada mes que veo algo nuevo. ¡Estás que ardes!

No puedo evitar sonreír ante su entusiasmo. —¿Tú crees?

—Lo sé —se seca la frente, dando un paso atrás para admirar la obra—. Son crudas, son reales. La gente se va a volver loca por esto.

Hablamos con el pequeño equipo encargado de los últimos detalles de colgado, ajustes, disposición de la iluminación, el catering y todo lo que conlleva una inauguración. Chad había hecho su trabajo de promoción, consiguiendo cobertura de prensa y enviando invitaciones a

todos los que importaban. Gabe también había llamado a sus clientes y contactos durante las últimas semanas. La Galería Marlowe tenía su propia lista mágica y trabajó con Chad para asegurarse de que esto fuera un gran éxito.

El sol proyecta un tono dorado a través de las altas ventanas de la galería mientras se dan los toques finales. Mis manos tiemblan ligeramente con un cóctel de nervios y emoción mientras echo un último vistazo a la exposición. Gabriel nota que estoy un poco nerviosa.

—Chicos, creo que esta necesita estar colgada unos 15 centímetros más arriba, ¿no creen?

Están de acuerdo, y un asistente sube los colgadores. Los tres levantamos ahora la obra a su posición más alta.

—Con cuidado —bromea Gabe, con voz ligera, tratando de aliviar la tensión—. No queremos que se caiga tu obra maestra antes de la gran revelación.

Pongo los ojos en blanco, con una pequeña sonrisa que rompe mis nervios. —Cállate, estoy bien. Solo... emocionada, ¿sabes?

—Lo sé —dice él, mientras Chad se ríe. Hay una calidez en la voz de Gabe que hace más para calmar mis nervios que cualquier palabra. La risa y el entusiasmo de Chad también ayudan.

Mientras retrocedemos para ver la última pieza en su nuevo hogar, siento una oleada de orgullo. La galería, que antes era un lienzo en blanco, ahora ha cobrado vida propia. Cada pieza se siente como un pedazo de mi alma cuidadosamente colocado para que el mundo lo vea.

Volvemos a su casa para ducharnos y vestarnos para la gran noche. Elegí un impresionante vestido negro que muestra un toque de escote, y largos pendientes que se asoman entre mi pelo rizado. Gabe se ve increíble como siempre, el alfa poderoso.

Cuando llegamos a la galería, está llena del suave murmullo de anticipación mientras los invitados comienzan a llegar con una fila afuera. Gabriel se queda a mi lado, una presencia sólida en el espacio que se llena rápidamente. El aire está cargado de electricidad con conversaciones susurradas, el tintineo de copas, y las suaves risas y discusiones que surgen de pequeños grupos reunidos alrededor de mi obra.

Una voz se abre paso entre el murmullo, alejándome de Gabriel. —Sophia, estas son increíbles —dice una voz familiar, y me doy la vuelta para ver al crítico de arte de una de las principales publicaciones. Mi corazón da un vuelco; es el tipo de reconocimiento con el que he soñado pero nunca me atreví a esperar tan pronto.

—Gracias —logro decir, con la voz más firme de lo que me siento—. Me alegro de que las aprecie.

Él asiente, sus ojos recorriendo la sala con ojo experto. —La profundidad, la emoción. Te has superado a ti misma. No puedo esperar para escribir sobre esto. Tu trabajo merece todo el reconocimiento que recibe. Me gustaría entrevistarte mañana.

Me quedo momentáneamente sin palabras, el peso de sus palabras asentándose a mi alrededor. —Eso significa mucho viniendo de usted. Sí, estaré disponible para hablar mañana, ¿digamos a las 3 de la tarde? —digo, entregándole mi tarjeta.

Mientras él se aleja, Gabriel vuelve a mi lado, sus ojos brillando de orgullo. —Te lo dije —susurra, su voz llena de una fe inquebrantable en mí.

Vanessa llega con varios de nuestros amigos de Parsons, y compartimos champán juntos.

Le doy un gran abrazo. —Gracias por venir, Nessa.

—¿Estás bromeando? ¡No me lo perdería por nada! Mi amiga, la estrella en ascenso —se ríe.

—¡Chica, estas obras son increíbles! —exclama Vanessa mientras mira alrededor. Después de saludar a Gabriel y presentar a nuestros amigos, se van a mirar cada obra más de cerca, zumbando de emoción.

Noto que Gabe está hablando con varias personas que parecen ser sus clientes o tal vez colegas banqueros de inversión. Chad ya ha puesto algunas etiquetas de "vendido" junto a varias piezas, guiñándome un ojo.

Apenas soy consciente del paso del tiempo mientras la galería bulle a mi alrededor. De vez en cuando, Gabriel aprieta mi mano u ofrece una sonrisa tranquilizadora que me ancla en medio del torbellino de actividad. Es como si compartiéramos una broma privada, un reconocimiento tácito de lo surrealista que se siente todo esto.

Una pareja bien vestida, con expresiones que mezclan curiosidad y admiración, se detiene frente a una de mis pinturas favoritas—un mar tumultuoso representado en trazos de azules profundos y grises dramáticos, un testimonio de luchas personales y eventual tranquilidad. Gabriel me empuja suavemente hacia adelante, su silencioso aliento empujándome a interactuar con ellos.

—¿Les gustaría saber sobre esta obra? —me aventuro a preguntar, con la voz más firme de lo que me siento. Asienten con entusiasmo y me sumerjo en la narrativa detrás del lienzo.

—Esta pieza —comienzo, señalando los remolinos caóticos que eventualmente se calman en un horizonte sereno—, es muy personal. Representa un período de intenso tumulto, pero también la paz que viene después. Se trata de encontrar la calma en el caos, de aprender a navegar a través de la tormenta de la vida.

Los ojos de la mujer se agrandan, llevándose la mano al pecho. —Es hermosa —exhala—, y tan poderosa. Realmente se puede sentir la emoción que emana de ella.

Su acompañante, un hombre alto de mirada pensativa, asiente en señal de acuerdo. —Hay una crudeza aquí que es bastante cautivadora. Dice mucho sin decir una palabra.

—Creo que debemos comprar esto para nuestra colección. Realmente nos habla a ambos —dice ella, mirando a su acompañante, quien asiente.

Su genuino interés y comprensión me envían una oleada de calidez. La mano de Gabriel encuentra la parte baja de mi espalda, una silenciosa muestra de apoyo y orgullo.

—Muchas gracias —digo, sintiendo que el rubor sube por mis mejillas—. Sé que tendrá el hogar perfecto con ustedes.

Mientras se dirigen a ver a Chad para finalizar su compra, Gabriel se inclina, con voz baja y burlona. —¿Ves? Te lo dije, conejita.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo reprimir la sonrisa que se extiende por mi rostro. —Está bien, está bien, tenías razón.

La velada avanza, y los comentarios siguen siendo abrumadoramente positivos. Cada comentario, cada elogio, se siente como un bálsamo para el alma. Gabriel y yo continuamos intercambiando miradas, cada una un recordatorio del viaje que hemos hecho para llegar aquí.

Otra invitada, una bloguera de arte a la que he seguido durante años, se acerca con una amplia sonrisa. —Sophia, he estado esperando ver tu trabajo en persona, y es aún más impactante de lo que imaginaba. La forma en que juegas con el color, la emoción... todo es tan palpable. Me enamoré de tu serie roja en la última exhibición. Estas muestran tu continua profundidad.

Sus palabras, viniendo de alguien cuya opinión respeto profundamente, casi me hacen llorar. —Eso significa mucho. Si quieres reunirte para tomar un café alguna vez y hablar, también podría mostrarte otra serie en la que estoy trabajando. Por favor, házmelo saber.

Gabriel observa el intercambio, su orgullo evidente en la forma en que se yergue un poco más. Mientras la bloguera promete presentar mi exhibición en su sitio, no puedo evitar sentir una sensación de logro que parecía tan distante hace solo unos meses.

Llega un visitante sorpresa. El padre de Gabriel, Arthur. Gabe había enviado a su chofer a buscarlo, y Edward lo escoltó adentro. Gabe y yo lo saludamos calurosamente. Gabe está un poco nervioso pero está feliz de mostrar mi trabajo. Mientras hablo con algunos compradores, observo a Gabe llevarlo por la sala a cada pieza, y su lenguaje corporal parece relajarse en compañía del otro.

Finalmente regresan a mí. —Qué éxito, qué talento tienes, Sophia —dice con sinceridad—. Gracias por invitarme. Ha sido un placer, casi abrumador. Y ahora debo irme —dice mientras se dirige de vuelta a Edward y al coche que espera—. Esto ha sido emocionante, querida —dice mientras me abraza. Gabe lo ayuda a salir, y parece más ligero cuando regresa.

Le aprieto la mano. —¿Todo bien?

—Sí, muy bien —susurra.

Más tarde, después de que todos los invitados se han ido y las luces se han atenuado, nos desplomamos en un sofá en la parte de atrás, con una botella de champán entre nosotros. Chad se une a nosotros, lista de ventas en mano. Gabriel descorcha la botella, y el corcho sale volando con un fuerte pop, desbordándose por la parte superior.

—Por Sophia —dice, sirviendo tres copas—. Por tu talento, tu pasión y esta increíble noche.

Choco mi copa contra las suyas, el sonido nítido en la galería silenciosa. —Y por ti, Gabe, por ser mi roca a través de todo esto.

—Y por Chad —dice Gabe—, viejo amigo. No podríamos haber montado este espectáculo sin tu apoyo.

Bebemos nuestro champán, las burbujas me hacen cosquillas en la nariz, y me inclino hacia Gabe, con mi cabeza en su hombro.

—Hey, chicos, me voy a casa. Me pondré en contacto con ustedes mañana sobre las ventas y el seguimiento. Que pasen una buena noche. Bravo por tu éxito, Sophia; mi cliente favorita a quien descubrí. Tu estrella en ascenso me está haciendo quedar bien —bromea mientras se va.

Las críticas, el reconocimiento y las ventas pueden esperar. Ahora mismo, en este momento, somos solo nosotros, Gabe y yo, disfrutando del resplandor de una noche exitosa.

—No puedo creerlo —murmuro, mientras la realidad de la noche se asienta—. Las críticas, la reacción positiva, las ventas. Se siente como un sueño, mi sueño de viaje artístico que comenzó en Kansas.

—Todo es gracias a ti, cariño —dice Gabriel, besando la parte superior de mi cabeza—. Te ganaste cada parte de esto.

Nos quedamos así por un rato, envueltos el uno en el otro y en el resplandor de la noche. Es una noche que nunca olvidaré, un hito en mi creciente carrera y en nuestra relación.

Cuando finalmente nos levantamos para irnos, Gabriel toma mi mano, acercándose. —Vámonos —dice, su voz suave pero llena de una promesa de más celebraciones por venir.

Capítulo veintidós

Gabriel

No puedo sacudirme esta sensación, esta energía vibrante que parece pulsar en el aire a nuestro alrededor mientras salimos de la galería. Es como si la ciudad misma estuviera viva con el éxito de Sophia, reflejando la alegría eléctrica que ha estado latiendo en mis venas toda la noche.

Decidimos cerrar la velada con una copa para celebrar, algo para brindar por su innegable talento y el reconocimiento que finalmente está alcanzando su brillantez.

Nos encontramos en un elegante bar de moda cercano, frecuentado por la élite de la ciudad. El ambiente es vibrante, cargado con el tipo de anticipación que se siente antes de que ocurra algo monumental. Es perfecto. Mientras nos dirigimos a la barra, el camarero nos saluda con una sonrisa cómplice, como si fuera parte del secreto de la creciente fama de Sophia.

—Dos copas de su mejor champán, por favor —digo, apoyándome en la madera pulida de la barra—. Estamos celebrando esta noche.

Sophia me mira, una mezcla de diversión e incredulidad, como si todavía no pudiera comprender el torbellino en el que se ha convertido su vida. —¿Puedes creer que esto esté pasando? —me susurra, sus ojos brillando bajo las tenues luces.

—Honestamente, sí —respondo, rodeándola con mi brazo—. ¡Porque eres jodidamente increíble!

Llegan nuestras bebidas y chocamos las copas, el sonido nítido y claro en el murmullo de la conversación que nos rodea. —Por tu increíble talento y por los muchos éxitos que vendrán —brindo.

—Por nosotros —añade ella, su voz suave pero cargada de una sinceridad que me estruja el corazón.

Mientras bebemos nuestro champán, algunos invitados de alto perfil de la exposición entran en el bar, sus ojos se iluminan al ver a Sophia. Se acercan a nosotros, sus felicitaciones fluyendo en oleadas efusivas. Me mantengo un poco al margen, observándola navegar estas interacciones con una gracia y aplomo que son únicamente suyos. Es jodidamente fascinante.

—Sophia, tu trabajo esta noche fue simplemente impresionante —dice un crítico de arte particularmente influyente, su admiración evidente—. Eres un verdadero talento. La escena artística de la ciudad estará hablando de esto durante mucho tiempo.

Ella le agradece, sus mejillas sonrojadas con una mezcla de orgullo y humildad. —Eso significa mucho para mí, gracias. Solo me alegra compartir mi trabajo con personas que lo aprecian.

Noto que un fotógrafo de Page Six toma una foto de ella y del bullicio de energía a su alrededor.

Se ve condenadamente hermosa, llena de vida.

No puedo sacudirme esta sensación, esta energía vibrante que ha estado corriendo por mí toda la noche. La exposición de Sophia fue nada menos que una revelación, una afirmación ardiente de su talento y trabajo duro. Y maldita sea, estoy orgulloso. Orgulloso de estar con ella, orgulloso de que su talento sea reconocido por quienes importan en esta ciudad. Es como ver nacer una estrella, y tengo la suerte de estar en su órbita. Pero más que eso, ella ha cambiado mi vida, ha añadido profundidad y significado. Hace solo unos meses, estaba en crisis, deseando algo significativo en mi vida. Y me doy cuenta de que lo tengo.

Mientras nos abrimos paso por el espacio abarrotado, puedo ver el reconocimiento en los ojos de algunas personas, tanto de Sophia como míos. Ahora saben quién es ella, y están impresionados. Demonios, estaría mintiendo si dijera que no estoy disfrutando del resplandor reflejado de su éxito.

—¿Puedes creer esto? —se inclina hacia mí, su voz una mezcla de emoción e incredulidad sobre el ruido de la conversación y el tintineo de las copas.

La rodeo con un brazo, acercándola. —Créelo. Te lo has ganado —digo, y lo digo en serio—. Cada pincelada, cada noche en vela en el estudio, tu vida desde Kansas, cada pedazo de vida que interpretas en el lienzo... todo ha llevado a este momento.

Un par de propietarios de galerías de alto perfil se abren paso entre la multitud hacia nosotros, sus sonrisas amplias y ensayadas. Uno de ellos, un hombre alto con un peinado engominado que grita "tengo un yate", extiende su mano primero a Sophia.

—Sophia, querida, eso fue todo un espectáculo esta noche —exclama, su voz lo suficientemente alta como para cortar el ruido de fondo—. Soy Mark, y esta es mi cómplice, Lila. Dirigimos la Galería L & M en el East Side. Hemos estado escuchando tu nombre zumbar por la escena artística durante un tiempo. Chad canta tus alabanzas, también. El querido Chad, siempre al tanto. Nos dice que él te descubrió. Y por supuesto, conocemos a Gabriel, aquí presente. Todo un hombre consumado —dice mientras ambos me miran con admiración y quizás un poco de temor—. Parece que son un equipo, al menos según las revistas de chismes —Mark se ríe.

El agarre de Sophia en mi mano se aprieta por un momento antes de soltarla para estrechar las de ellos. —Muchas gracias, Mark, Lila. Estoy encantada de saber que disfrutaron la exposición —responde, su voz firme, pero puedo notar que está vibrando de emoción por dentro.

Lila, una mujer cuyo cabello es tan audaz y colorido como el arte que vende, interviene: —No solo disfrutamos, querida. Estábamos hipnotizados. ¿No es así, Mark? —Le da un codazo a su compañero, con un brillo travieso en sus ojos.

—Absolutamente —Mark asiente con vigor—. Y nos encantaría hablar sobre la posibilidad de exhibir algunas de tus obras en nuestra galería. Toma mi tarjeta. Fijemos una fecha para charlar, ¿de acuerdo?

Sophia acepta la tarjeta con una sonrisa amable.

—Suenan maravillosos. Por supuesto, Chad es mi agente, así que estará involucrado. Me aseguraré de llamarlos, o lo hará Chad. Gracias a ambos.

Mientras intercambian algunas cortesías más, observo a Sophia con asombro. Está manejando esto como si hubiera nacido para hacerlo, su encanto y gracia brillando más que los reflectores sobre ella esta noche.

Después de que Mark y Lila se despiden, Sophia se vuelve hacia mí, sus mejillas sonrojadas de emoción.

—¡Estoy tan emocionada! —susurra, aferrándose a la tarjeta de presentación como si fuera un mapa del tesoro.

—Eres una estrella, nena —respondo, atrayéndola hacia mí—. Serían tontos si no exhibieran tu trabajo.

Mientras nos mezclamos entre la multitud, aceptando felicitaciones y brindando por el éxito de Sophia, me encuentro constantemente mirándola. Es un faro, atrayendo a la gente con su calidez, autenticidad y pasión. Y es mía. Esta realización me golpea de nuevo, una mezcla de incredulidad y orgullo hinchándose en mi pecho. Ella es mía. Estaba totalmente obsesionado con ella, quería hacerla mía. Y ahora lo es. Y sigo obsesionado.

—Oye —Sophia me da un suave codazo cuando encontramos un momento de tranquilidad lejos de la multitud—, gracias por ser mi roca durante todo esto.

—No estaría en ningún otro lugar, conejita —le aseguro, atrayéndola para un beso que promete más de lo que las palabras podrían expresar. La noche puede ser sobre su arte y su éxito, pero para mí, se trata de nosotros, de este increíble viaje que estamos haciendo juntos. Y mientras miro sus ojos, brillantes de felicidad y un toque de incredulidad, sé que esto es solo el comienzo.

Eventualmente, decidimos dar por terminada la noche, escabulléndose del bar hacia el aire fresco de la noche. La ciudad está viva a nuestro alrededor, pero en este momento, se siente como si fuéramos las únicas dos personas en el mundo.

Le envié un mensaje a mi conductor.

—Vamos a mi casa.

Ella asiente, su mano encontrando la mía mientras Edward se acerca, y nos deslizamos en el asiento trasero. El viaje a casa es tranquilo, un silencio cómodo que habla volúmenes sobre dónde estamos el uno con el otro. Es fácil, natural, y joder si eso no es aterrador y emocionante a la vez.

De vuelta en el apartamento, la adrenalina de la noche comienza a desvanecerse, reemplazada por una cálida y satisfecha fatiga. Ambos estamos achispados, no solo por el alcohol, sino por la noche, por la exposición, el uno por el otro.

En la cama, la atraigo hacia mí, su cabeza descansando sobre mi pecho. La sensación de su piel

contra la mía, la suavidad de su respiración... es todo. Y en este momento tranquilo, con el débil zumbido de la ciudad como nuestro telón de fondo, me encuentro lidiando con la magnitud de lo que siento por ella. Es intenso, abrumador en su profundidad y repentino.

—No puedo creer cuánto te amo —susurro en la oscuridad, las palabras escapándose antes de que pueda detenerlas. Es la verdad, cruda y sin guardia.

Ella se mueve, mirándome, sus ojos suaves en la tenue luz.

—Siento lo mismo —dice, y la sinceridad en su voz me deja sin aliento.

—¿Alguna vez imaginaste —comienza, su voz un suave murmullo contra el silencio de la habitación— que tu vida daría este giro?

Me giro para mirarla, sus rasgos medio ocultos en la sombra, medio iluminados por la luna.

—Honestamente, no —confieso—. Siempre pensé que estaría afuera mirando hacia adentro. Nunca imaginé que sería parte de algo, de una verdadera pareja. Estar con alguien que me intriga constantemente y a quien admiro. Alguien tan talentosa, además.

Ella ríe, un sonido que llena la habitación con su ligereza.

—¿Talentosa? Paso la mitad del tiempo pensando que solo estoy fingiendo lo suficientemente bien como para que nadie se haya dado cuenta todavía.

—Eso es una tontería, y lo sabes —le respondo suavemente, apretando su mano—. Lo que creas... es real. Conmueve a la gente, Sophia. Demonios, me conmovió a mí antes de conocerte. Es lo que te trajo a mí. ¿Recuerdas?

Ella permanece en silencio por un momento, contemplando.

—Supongo que todos estamos tratando de dar sentido al caos a nuestra manera, ¿no? El arte es solo mi método. Pero a veces, me pregunto si es suficiente. O si puede durar.

—Eres más que suficiente —insisto, girándome de lado para mirarla más directamente—. Tienes esta increíble habilidad para ver belleza en el caos, para convertirlo en algo que toca a otros. Eso es un don raro, Sophia.

Sus ojos se encuentran con los míos, una vulnerabilidad en sus profundidades.

—¿Y qué hay de ti? ¿Cuáles son tus miedos?

Dudo, la pregunta tomándome por sorpresa. Mis miedos siempre han sido una fortaleza celosamente guardada, pero con ella, las paredes parecen menos formidables.

—Supongo que... temo no ser suficiente, también. Temo despertar un día y descubrir que todo esto ha sido un sueño. Y por supuesto, ya sabes, mi miedo más arraigado es ser abandonado. Levanto barreras ásperas y difíciles, nunca dejo entrar a nadie. Sí, también elegí a las mujeres equivocadas en el camino. Pero creo que estoy trabajando lentamente en eso. Reconectarme con

mi padre está ayudando.

Ella extiende la mano, trazando la línea de mi mandíbula con las yemas de sus dedos.

—Me has mostrado una bondad, una pasión, una profundidad que no sabía que era posible. Mi arte puede tocar a la gente, pero tú... tú crees en mí. Tocas la misma esencia de mi ser.

La intensidad en sus palabras, la sinceridad, es abrumadora. Estamos en silencio de nuevo, el peso de nuestras confesiones flotando en el aire, pero no es un peso pesado. Es como una manta, ofreciendo calidez y confort.

—¿Me prometes algo? —pregunto, las palabras apenas un susurro.

—Lo que sea —responde sin vacilar.

—Prométeme que siempre tendremos esto, esta honestidad, esta conexión, sin importar a dónde nos lleve la vida.

Su respuesta es simple, un susurro contra mis labios antes de besarme suavemente.

—Lo prometo.

Capítulo veintitrés

Sophia

Dos meses después

La galería de Chad bulle de anticipación, una mezcla de emoción y nervios se arremolina en mi estómago. Nunca he sido buena para hablar en público, prefiero dejar que mi arte hable por mí. Sin embargo, aquí estoy, entre bastidores en mi nueva exposición, preparándome para salir a la luz de una manera que nunca antes había hecho. Esta es la misma galería donde todo comenzó, donde Chad me descubrió y vendí mi serie roja. Donde Gabe me descubrió.

Recuerdo el día en que me preocupaba regresar a Kansas sin dinero y sin éxito, y lo lejos que he llegado. Cuán agradecida estoy.

La presencia de Gabriel es una fuerza estabilizadora a mi lado, su mano encuentra la mía en la tenue luz, dándole un apretón tranquilizador. —Tú puedes hacerlo —susurra, su voz una mezcla de aliento y confianza—. Solo habla desde el corazón. Están aquí por ti, por tu increíble trabajo.

Asiento, respirando profundamente, tratando de interiorizar sus palabras. El calor de su mano es reconfortante, me da estabilidad. Le devuelvo el apretón, un silencioso agradecimiento por su apoyo inquebrantable. —¿Y si simplemente... me quedo en blanco? —Las palabras se me escapan, traicionando mi ansiedad.

Él se ríe suavemente, el sonido extrañamente reconfortante en medio de mis nervios. —Entonces subiré y haré el ridículo para distraer a todos. Fácil.

A pesar de mí misma, me río, el sonido más tembloroso de lo que pretendo. —Por favor, eso tengo que verlo.

—Conejita, imagina a todos desnudos. Eso nivelará el campo de juego. Solo respira profundo y concéntrate en tu arte y tus sentimientos. Y en todos desnudos.

Me hace reír. Quién hubiera pensado que este alfa intenso y obsesionado podría ser tan divertido y tan especial.

El momento llega demasiado pronto, la señal para que suba al escenario. Las luces parecen cegadoras cuando entro en escena, la sala cae en un silencio respetuoso. Escaneo la multitud, un mar de rostros, algunos familiares, muchos no. La vista de mis amigos dispersos entre el público, sus sonrisas alentadoras, me envía una ola de calidez. No es solo una multitud de entusiastas del arte y críticos; es una reunión de mi comunidad, mis seguidores.

Aclarándome la garganta, comienzo: —Gracias a todos por estar aquí esta noche. —Mi voz tiembla al principio, el micrófono se siente extraño en mi mano—. Esta exposición... es un pedazo de mi alma. Cada pintura, cada pincelada, es parte de un viaje, mi viaje. Y no podría haber llegado hasta aquí sin el increíble apoyo de muchos de ustedes.

Las palabras comienzan a fluir más naturalmente mientras hablo, mis nervios se calman a medida que encuentro mi ritmo. —El arte, para mí, siempre ha sido sobre conexión, sobre expresar lo inexpresable. Ver a tantos de ustedes conectar con mi trabajo, es... es más de lo que jamás esperé.

Miro a Gabriel, su sonrisa orgullosa refuerza mi valor. —Y necesito agradecer a alguien muy especial esta noche, alguien que, en poco tiempo, se ha convertido en mi roca, mi mayor animador. Gabriel Ashford. —Un rubor de calidez se extiende por mí al reconocerlo, no solo como mi pareja, sino como una parte fundamental de este viaje y mi inspiración.

La respuesta del público es una mezcla de aplausos y gritos de aliento, la atmósfera es de celebración comunal. —Pero no se trata solo de mí —continúo, sintiendo una nueva confianza—. Se trata de todos nosotros, reuniéndonos, compartiendo este momento de arte, de vida.

Mientras concluyo mi discurso, expresando gratitud a Chad y a todos los que jugaron un papel en hacer posible esta noche, los aplausos aumentan, una ola tangible de aprecio y apoyo. Al dar un paso atrás, mi corazón se acelera, ya no por los nervios, sino por una abrumadora sensación de logro y pertenencia.

Gabriel se acerca, su presencia imponente mientras toma el micrófono, sus ojos encuentran los míos con una mirada de admiración y amor. —Y yo también tengo algunas personas a quienes agradecer —comienza, su voz firme, profunda y segura, embarcándose en sus propias expresiones de gratitud, sus palabras tejiendo un puente entre mi mundo y el suyo, entre el arte en las paredes y las historias detrás de ellas.

Se aclara la garganta, y la sala queda en silencio, todos los ojos fijos en él.

—Primero quiero agradecer a Chad, quien descubrió a Sophia y le dio una oportunidad. Es el mejor agente de esta ciudad. Fue esa exposición la que marcó la diferencia en mi vida. — Escucho aplausos y todos miran a Chad.

—Quiero agradecer especialmente a todos los benefactores que han hecho posible esta noche — comienza, con voz fuerte y clara—. Sobre todo a aquellos que apostaron por alguien increíblemente especial para mí, basándose únicamente en mi palabra. Como todos pueden ver claramente —hace un gesto abarcando la sala, incluyendo el arte que cubre las paredes—, ella vale más que la pena.

Siento una oleada de calidez ante sus palabras, el orgullo mezclándose con un amor profundo e inquebrantable. La fe de Gabriel en mí, su apoyo incondicional, ha sido un faro durante los momentos de duda, un cimiento en el que he llegado a confiar más de lo que jamás creí posible.

—Pero no es solo su arte —continúa, su mirada encontrando la mía entre la multitud—. Ella ha traído belleza a mi vida de tantas maneras, formas que nunca anticipé.

La sala está embelesada, pendiente de cada una de sus palabras, pero todo lo que puedo ver, todo lo que puedo sentir, es la conexión entre nosotros, un vínculo que se ha fortalecido con cada día que hemos pasado juntos.

—Incluyendo devolverme el sentido de familia al que había renunciado —añade, su voz teñida de emoción mientras mira a su padre entre la multitud—. Por eso, y por tantas otras razones, necesito que ella sepa... que no quiero pasar un día más sin tenerla a mi lado.

El mundo parece detenerse, conteniendo el aliento, mientras Gabriel se gira para mirarme de frente. Se oye una inhalación colectiva de la multitud, un sentimiento de anticipación compartida. Escucho algunas exclamaciones ahogadas. Pero para mí, solo existe Gabriel, el hombre del que me he enamorado irremediablemente, de pie allí con su corazón al descubierto.

—Sophia —comienza, y la manera en que mi nombre sale de sus labios envía un escalofrío por mi columna, una caricia suave que habla por sí sola. La sala queda en silencio, todos los ojos fijos en nosotros, pero en este momento, su mirada sostiene la mía, y es como si fuéramos las únicas dos personas en el mundo.

—Has puesto mi vida patas arriba —continúa, su voz firme, cada palabra deliberada—. Antes de ti, mi mundo era de tonos grises: cómodo, predecible, un poco vacío y carente de la vitalidad que ni siquiera sabía que me faltaba. Entonces irrumpiste en mi vida, una tormenta de color y pasión y fuerza innegable, desafiándome, cambiándome. Me obsesioné contigo.

Da un paso más cerca, y puedo ver la sinceridad en sus ojos, la profundidad de su emoción expuesta. —Has llenado mi vida de color, de una pasión tan intensa que es como si estuviera viendo el mundo por primera vez. Con autenticidad y sencillez de alma. Cada momento contigo es un descubrimiento, una oportunidad para explorar no solo el mundo que nos rodea, sino las profundidades dentro de nosotros mismos.

Su mano encuentra la mía, su agarre cálido y reconfortante. —Contigo, he aprendido lo que realmente significa amar: entregarse sin reservas, valorar la felicidad del otro como si fuera la propia. Me has enseñado la belleza del compromiso, la fuerza que se encuentra en la vulnerabilidad y la alegría incomparable de la risa compartida.

Una suave risa se le escapa, un sonido que me calienta desde dentro. —Mi vida es ahora una aventura bien ordenada, un viaje sin mapa, donde cada día es una nueva oportunidad para amarte más, para aprender contigo, crecer contigo y explorar las infinitas posibilidades de nuestro juntos.

Sus ojos buscan los míos, sinceros y esperanzados. —Quiero pasar el resto de mis días haciéndote tan feliz como tú me has hecho a mí. Quiero estar ahí para ti, en los momentos tranquilos y en los caóticos, para apoyar tus sueños, para ser tu compañero en todos los sentidos de la palabra. Quiero construir una vida contigo, Sophia, una vida tan colorida y apasionada y llena de amor como tú lo eres.

Se arrodilla, y mi corazón da un vuelco. —Así que, con todo mi corazón, con cada fibra de mi ser, te lo estoy pidiendo, Sophia, ¿te casarás conmigo? ¿Me concederás el honor de ser tu compañero, tu confidente, tu cómplice en esta hermosa, desordenada y maravillosa vida? ¿Me dejarás amarte, atesorarte y estar a tu lado, a través de cada desafío y cada alegría, por el resto de nuestros días?

Su propuesta es una sinfonía de palabras, un testimonio de la profundidad de su amor y el futuro

que visualiza para nosotros. Es tan sincera y genuina, una promesa de compromiso y una vida compartida que se extiende ante nosotros, llena de potencial y colmada de la promesa de amor y aventura sin fin.

Mientras sostiene un magnífico anillo, símbolo de su amor y compromiso, me siento abrumada por la magnitud de este momento, por el amor que irradia de él, envolviéndome en una calidez que se siente como llegar a casa.

—Sí —susurro, la palabra apenas audible incluso para mis propios oídos. Más fuerte, digo—: Sí, me casaré contigo.

Un vítores estalla entre la multitud, el sonido abrumador, jubiloso. Gabriel se pone de pie, deslizándolo el anillo en mi dedo, un ajuste perfecto. Me atrae hacia sus brazos, y me veo envuelta en su abrazo, el mundo desvaneciéndose hasta que solo quedamos nosotros dos.

—Te amo —murmura en mi cabello, su voz cargada de emoción.

—Yo también te amo —respondo, mi voz firme a pesar de las lágrimas que pican en las esquinas de mis ojos—. Más que a nada.

Vanessa se apresura a abrazarme. Su padre Arthur se acerca, dándole una palmada en la espalda y diciéndole lo orgulloso que está. Chad choca los puños con Gabe, su viejo amigo, y me da un abrazo sincero.

El aplauso de la multitud se desvanece en el fondo mientras nos abrazamos, el momento se alarga, atemporal. Abrazo a Gabe, segura en sus fuertes brazos de nuevo, con lágrimas de alegría en los ojos. Cuando nos separamos, la mano de Gabriel permanece entrelazada con la mía, un recordatorio tangible de la promesa que acabamos de hacernos.

Más amigos, familiares, conocidos, todos se acercan para ofrecer sus felicitaciones, sus buenos deseos son una cálida marea que nos eleva, nos transporta. Pero a través de todo, la presencia de Gabriel a mi lado es constante, su mano en la mía una seguridad firme del futuro que vamos a construir juntos.

Seis meses después

El aire en Mustique está cargado con el aroma de sal y flores en flor, un perfume embriagador que me envuelve mientras estoy de pie al borde del pasillo, mi corazón golpeando contra mi caja torácica como si intentara liberarse.

Estoy vestida con un vestido que parece hilado de sueños, la tela susurra contra mi piel con cada paso que doy. Vanessa, siempre la amiga fiel, me había ayudado a vestirme y a maquillarme y peinarme para este día especial. Me acompaña a la boda en la playa, adornada con palmeras, flores coloridas, sillas blancas y una orquesta de cuatro cuerdas.

Es un evento exclusivo y pequeño. Aquellos que nos importan están aquí. Exactamente como

ambos queremos. Mi madre y su padre. Aquellos que han sido parte del mundo de inversiones de Gabe y de mi mundo artístico. Algunos de mis amigos de Parsons, incluyendo a unos profesores; Héctor, mi antiguo casero; Chad, por supuesto. Los amigos de Gabe que he llegado a conocer. Algunos de los que coleccionan mi arte y son siempre fieles.

Ahora el padre de Gabriel, Arthur, está a mi lado, ofreciéndome su brazo con una calidez que llena los espacios vacíos que la ausencia de mi propio padre ha tallado a lo largo de los años.

—¿Estás lista, pequeña? —la voz de Arthur es un suave rumor, lleno de afecto y un toque de nerviosismo que refleja el mío.

—Lo estoy —susurro en respuesta, las palabras apenas logrando pasar el nudo en mi garganta. El mundo se reduce al camino frente a mí, bordeado de rostros borrosos por mis lágrimas de alegría, que me lleva hacia Gabriel, quien está de pie en el altar como un faro, atrayéndome hacia adelante.

El recorrido por el pasillo se siente irreal, un momento suspendido en el tiempo donde cada paso acorta la distancia entre mi vida anterior y la nueva que me espera con los brazos abiertos. La presencia de Arthur a mi lado es un testimonio de la familia que Gabriel y yo hemos cosido juntos con los pedazos de nuestros pasados. Mi madre también está aquí, en la primera fila de sillas. Una madre orgullosa que se ha convertido en amiga del padre de Gabe.

Cuando llegamos a Gabriel, Arthur se inclina, su voz un bajo murmullo, —Cuídala bien, o tendrás que responderme a mí.

Gabriel sonrío, sus ojos iluminados con alegría y una promesa. —Ni soñaría con hacer menos, papá.

La ceremonia es un borrón de emociones, votos intercambiados con voces temblorosas y manos apretadas tan fuertemente que parece que nunca nos soltaremos. Los votos de Gabriel son una mezcla de promesas sinceras y bromas ligeras que me hacen reír a través de mis lágrimas, un equilibrio perfecto que encapsula al hombre del que me he enamorado tan profundamente.

—Prometo siempre robar las sábanas en medio de la noche —comienza, y una ola de risas recorre la multitud reunida—, pero también asegurarme siempre de que estés bien abrigada. Prometo apoyar tus sueños, ser tu ancla en cualquier tormenta, y mantener siempre nuestra vida llena de aventuras, e incluso risas, aunque sea solo por tropezar con mis propios pies.

Sus palabras me envuelven como un cálido abrazo, y cuando es mi turno, encuentro mi voz más firme de lo que me siento. —Prometo ser siempre tu cómplice, especialmente cuando se trate de escapadas nocturnas por helado. Juro estar a tu lado, construir una vida juntos que esté llena de aventuras, amor y apoyo sin fin. Y prometo siempre reírme de tus chistes, sin importar lo terribles que se vuelvan. Y pasar por alto tus ronquidos.

El momento en que nuestros labios se encuentran en nuestro primer beso como pareja casada, el mundo estalla en vítores, pero por un momento, somos solo nosotros en nuestra pequeña burbuja de felicidad.

La recepción es un evento animado, lleno de baile, música, risas y un flujo interminable de historias compartidas entre amigos y familiares. En un momento, Gabriel me lleva aparte, con un brillo travieso en los ojos que he llegado a reconocer muy bien.

—¿Una carrera hasta la playa? —me desafía, ya quitándose los zapatos.

—Acepto —río, el sonido perdiéndose en el viento mientras corremos de la mano hacia el mar, nuestras risas nos siguen como una cometa atrapada en la brisa.

Llegamos al agua, nos detenemos y nos abrazamos en un suave y cálido beso, el sonido de las olas subiendo y bajando cerca de nosotros.

—Hola, esposa —dice él.

—Hola, esposo —respondo y ambos sonreímos—. Me gusta cómo suena eso.

Regresamos a la fiesta, tomados de la mano, listos para lo que venga, juntos. Los desafíos, las alegrías, los momentos mundanos y los extraordinarios, todos son piezas de la vida que estamos construyendo, una vida tan hermosa y compleja como el tapiz de estrellas sobre nosotros.

Y en este momento, con el hombre que amo a mi lado, sé que no importa lo que el futuro nos depare, lo enfrentaremos juntos, con el amor como nuestra luz guía.